

Star Wars

El Último de los Jedi

1 - Misión Desesperada

Jude Watson

CAPÍTULO UNO

El crepúsculo siempre le cogía por sorpresa. En este mundo de dos soles, empezaba temprano, un sol descendía primero, luego el otro le perseguía en un rápido deslizamiento hacia el horizonte. La áspera luz del sol dejó paso a las largas sombras que pintaban de gris el suelo del cañón. Otro día se iba. Otro día venía. Cada uno igual al anterior.

Obi-Wan Kenobi agachó la cabeza mientras salía de su pequeña morada de Tatooine. Era el momento de hacer un viaje sobre el árido paisaje de los Eriales de Jundlandia. El momento de acechar sobre una granja de humedad y observar a un pequeño bebé gatear alrededor del complejo. El momento de reasegurarse que había pasado un día más, y Luke Skywalker estaba bien.

Se aseguró de que la puerta estaba bien cerrada. Los Moradores de las Arenas tenían cuidado con él, pero era precavido con la seguridad. Nadie estaba a salvo del salvajismo de sus incursiones de saqueo.

Su morada era pequeña y sencilla, un cobertizo, en realidad, labrada en la pared del cañón. Él la había hecho comfortable, no porque se preocupase por su comodidad, sino porque le proporcionaba algo que hacer. En aquellos primeros y furiosos meses, le había apaciguado barrer la arena de los suelos, modelar un sistema calentador, reparar un muro agrietado que dejaba pasar la luz al amanecer, y expulsar pequeños volcanes de arena durante las frecuentes y feroces tormentas de viento.

Había encontrado la casa por accidente, por suerte. Simplemente había empezado a cabalgar en su eopie en círculos que iban haciéndose más grandes alrededor de la granja Lars hasta que encontró un lugar lo suficientemente cerca para poder acercarse andando a la granja, pero lo suficientemente alejado para que la familia no notase demasiado su presencia. Un transeúnte, buscando empezar una granja o comerciar con los Jawas la había abandonado, probablemente. Sin duda él o ella había descubierto finalmente que sólo los más duros y afortunados sobrevivían en Tatooine.

Owen y Beru Lars sabían que estaba aquí. Su amistad con él era una amistad incómoda; ellos sabían que había salvado a Luke, pero el tío y la tía de Luke también conocían la amenaza que había traído con él a Tatooine. Eran conscientes de que se acercaba para observar al niño, pero acordaron ignorarle, así Luke aprendería a ignorarlo también. Él estaba agradecido por su vigilancia, por que eso significaba que estarían vigilando también a cualquier extraño.

¿Y quién podría culparlos?, pensaba Obi-Wan, caminando con dificultad a través de la arena. Luke había nacido en tiempos de violencia y miseria. Naturalmente querrían protegerlo. No querrían que acabase en manos del Imperio o en las de los Moradores de las Arenas. O acabar como Obi-Wan, un guerrero convertido en un viejo hombre acosado por el dolor y la pena.

¿Volvería a haber algo dentro de él? se preguntaba, tumbado en su jergón por la noche, mirando al áspero techo de piedra. ¿Cómo podría una persona estar adormecida y llena de dolor al mismo tiempo?

Había habido tanto de lo que se preocupaba. Y ahora casi todos a los que había amado estaban muertos.

Los nombres y caras empezaban en su mente. Qui-Gon. Siri. Tyro Caladian. Mace Windu. Los aprendices, Darra Thel-Tanis. Tru Veld. Sus Maestros, Ry-Gaul. Soara Antana.

Y los Jedi masacrados en la purga. Pues había sido sólo eso, una masacre, impactante, devastadora, rápida... pero no lo suficientemente rápida para las víctimas.

Sus queridos amigos, Bant y Garen. La imperiosa Jocasta Nu. Los amables Ali Alann y Barriss Offee. Los guerreros, Shaak Ti, Kit Fisto, Luminara Unduli. Y los grandes Maestros Jedi, Ki-Adi-Mundi, Adi Gallia, Plo Koon...

Idos. La palabra resonaría en su cabeza.

Idos.

Idos.

Jedi con los que luchó, estudió, rió, un pase de lista de los muertos que marcaba un ritmo de tambor de dolor con cada latido.

Y entonces, mientras el amanecer traía un rubor de luz a su techo, se giraba, como siempre hacía, hacia la última y peor cosa. La cosa a la que no podía evitar mirar, la cosa que le producía el dolor más terrible.

El chico al que había educado y amado como un hijo se había convertido en un traidor. Un asesino. Un monstruo. Un converso del lado oscuro, un testamento del fallo de Obi-Wan en guiar y proteger. El chico, Anakin Skywalker, había muerto a manos del Emperador, y el Lord Sith Darth Vader había nacido en su lugar.

Al principio, Obi-Wan había pensado que Anakin había muerto en las llamas del volcán de Mustafar. Fue meses después cuando se dio cuenta de lo que había pasado, que el Emperador le había mantenido con vida, o al menos la parte que él quería que quedase, el odio y el poder. Obi-Wan había visto la imagen de Darth Vader en una grabación que encontró en un callejón de Mos Eisley, contenía un informe de la HoloRed, y supo de inmediato, con una sensación de choque tan profunda que le puso enfermo, que Lord Darth Vader había sido una vez Anakin Skywalker.

El único ser de la galaxia que podría entender la profundidad de su sufrimiento también estaba en el exilio, y le había prohibido contactar con él. Yoda estaba en Dagobah, viviendo en aislamiento en el medio de una ciénaga tan escondida que nadie se aventuraría hasta allí. Y el espíritu que podría ayudarlo, que había prometido ayudarlo, Qui-Gon, no se le podía aparecer. En lugar de eso, sólo había oído su voz.

—No estás listo para el entrenamiento.

—Pero lo estoy, Maestro. No tengo nada más ahora.

—Eso es precisamente, mi Pádam, por lo que no estás preparado.

Era difícil no sentir impaciencia, o incluso rabia contra Qui-Gon. Obi-Wan luchaba contra esta emoción diariamente. Fue su Maestro el que le había encargado tomar a Anakin como su aprendiz. Y ahora era Qui-Gon el que estaba conteniendo el conocimiento que había aprendido de la Antigua Orden de los Whills, un entrenamiento que podría darle a Obi-Wan un poco de paz.

Podía aprender a ser uno con la Fuerza pero manteniendo su conciencia.

¿Significaría eso que podría perder su dolor, su pena? se preguntaba Obi-Wan.

Obi-Wan vio la propiedad de los Lars en frente. Se paró un momento para asegurarse de que Owen no estaba patrullando el perímetro. Era tarde, las sombras lagas, los soles se ocultaban detrás de las colinas. Beru y Owen se aseguraban siempre de estar dentro del complejo subterráneo cuando llegaba el crepúsculo.

Siguió caminando, sintiéndose como una sombra como las que se extendían como dedos desde las colinas. Se agachó, tumbándose contra el suelo, y mirando sobre el borde hacia el patio principal, debajo de él.

El bebe tenía el pelo rubio, y brillante, incluso en esta luz crepuscular. Estaba riendo mientras gateaba detrás de una pelota que Beru le lanzaba. ¿Eran imaginaciones de Obi-Wan, o el chico era capaz de ralentizar la bola sin tocarla? Sí, la Fuerza estaba allí, y él sabía que Luke era sensible a la Fuerza, no sabía si el chico era consciente de ello. Aún no. No durante mucho tiempo, si es que alguna vez lo era, sin entrenamiento.

Beru se balanceo en lo alto de la puerta, riendo. Normalmente, tenía algo cocinándose en este momento, y desaparecería dentro unos segundos para comprobarlo. Luke gatearía hacia la puerta para mirarla. Parecía tener la necesidad de mantenerla a la vista.

Obi-Wan escuchó la risa de Beru, vio a Luke hacer una voltereta y reírse con ella. Él ni siquiera tuvo la tentación de reír. Ver a Luke le producía satisfacción, pero había dejado las sonrisas y las risas atrás, en otra vida.

La satisfacción era suficiente para él ahora mismo. Le había prometido a Padme que sus niños estarían a salvo, y él se encargaba de eso. Leia crecía en Alderaan, la hija adoptiva de Bail Organa, el hombre más amable y noble que Obi-Wan conocía, y su mujer, la Reina. Deseaba que Padme pudiese saber que sus hijos eran más que bien cuidados, eran amados.

Pero Padme, feroz, triste, bella Padme, también estaba muerta.

Owen Lars surgió de la vivienda. Esa era la señal de Obi-Wan para partir. La oscuridad estaba cayendo rápido, y Owen estaba a punto de activar los droides KPR del perímetro. Obi-Wan se detuvo un momento, observando como Beru intentaba perseguir a Luke al interior de la vivienda. Vio la luz apagarse en la entrada y casi pudo sentir el agradable calor, casi oler la comida.

Le dio la espalda a todo eso y sintió el frío contra la cara. Sin que nadie lo notara, Obi-Wan Kenobi camino hacia el interior de la creciente oscuridad.

La noche siguiente, Obi-Wan maniobraba a través de la ruidosa multitud en la cantina de Mos Eisley. Viajaba en un eopie a través de rutas secretas hasta el espaciopuerto una vez al mes a por suministros, y siempre al amparo de la oscuridad. Cuando lo hacía, siempre se detenía en la cantina. Era un imán para lo peor de la galaxia, itinerantes pilotos espaciales, aventureros, criminales. Criaturas que codiciosamente tragaban poco a poco chismorreos y rumores así como estofado de bantha y cerveza. Obi-Wan necesitaba mantener el contacto con lo que estaba pasando en la galaxia. Podía estar retirado, pero tenía que permanecer informado.

El Senado Galáctico aún seguía operando, pero servía más como un grupo de debate que cómo un cuerpo de gobierno. El Emperador controlaba a la mayoría, que simplemente aprobaba cualquier cosa que propusiera. Bail Organa aún seguía allí, luchando cuando y como podía. Se negaba a darle al Emperador la satisfacción de verle rendirse. Obi-Wan seguía estos acontecimientos, pero decidió mantenerse apartado de ellos. Veía la enorme erosión diaria de las libertades, aunque ellas ya no tenían relación con cómo vivía su vida. Si se permitiese sentir frustración o rabia, temía que esto lo superaría.

Llevaba la capucha puesta sobre la cara y escogió una esquina oscura. Gracias al amplio uso de sobornos, el cantinero abyssino cuidaba de él y se ocupaba de que le dejaran sólo. Aquí él era Ben Kenobi, un ermitaño medio loco que no necesitaba compañía. Un apresurado camarero le trajo una bebida, la dejó y salió corriendo a servir una mesa de comerciantes que estaban casi preparados para pelearse antes de que llegaran sus brebajes multicolores.

Obi-Wan había escogido su mesa cuidadosamente. Reconoció a uno del grupo sentado a su lado, un piloto espacial llamado Weasy. Eran un musculoso y peludo Bothan

que era conocido por llevar cualquier mercancía, sin hacer preguntas. También era una excelente fuente de información que no exageraba. Estaba sentado con los otros pilotos, bien dentro de una enorme jarra de cerveza.

Obi-Wan reunió la Fuerza para ayudarlo a filtrar el ruido y escuchar lo que los pilotos estaban diciendo. Escuchó un momento para asegurarse de que estaban relativamente sobrios. Estaba acostumbrado a los alardes y fábulas que creaban las noticias en esta cantina.

—Las restricciones en los viajes se están estrechando cada vez más —estaba diciendo uno de los pilotos, ondeando sus antenas con ansiedad—. Se está volviendo más difícil sobornar a los oficiales. Todos ellos están asustados... de qué, no lo sé. Los rumores hablan de castigos por corrupción.

El otro piloto bufó. —Los sobornos no van a parar, ni siquiera en el Imperio.

Weasy tomo un trago de su bebida. —Mientras haya algo de lo que puedan conseguir un pedazo, seguirán mirando hacia otro lado.

—Mira, no me estoy quejando —dijo el primer piloto—. El Imperio ha mejorado mis negocios. No más piratas espaciales en la ruta del sistema Rutan. Pero ahora están apretando las clavijas. ¿Habéis oído lo que ocurrió en Bellassa?

—Claro, llegaron y depusieron al gobernador, colocando a su propio tipo —dijo el segundo piloto—. ¿Y qué? Han hecho esto en gran cantidad de mundos. Les gusta decirle a los gobiernos lo que hacer. No les gustan los gobernantes que gobiernan realmente —se rió a carcajadas de su propia broma.

—Sí, bueno, tenían algunos problemas en Bellassa. Testarudos son esos seres. Todos los ciudadanos tomaron las calles —dijo el primer piloto—. Hubo arrestos en masa en todas las ciudades. Creo que deben haber arrestado a media Ussa. Os lo digo, este es el comienzo de algo grande.

—Yo estuve atrapado en el espaciopuerto cuando ocurrió —dijo Weasy—. Todo fue cerrado porque alguien escapó de prisión, y hubo una alerta a gran escala para cogerle.

Obi-Wan dejó a un lado su bebida. No había nada aquí que le interesase. Sólo los rumores habituales. Las diversas medidas de fuerza del Imperio no eran noticias.

—Solo un tipo ¿puedes creerlo? Y detuvieron el tráfico durante una semana. Me estaba impacientando, ni siquiera me dejaban salir del espaciopuerto de Ussa —continuó Weasy.

Obi-Wan se levanto. El ruido de la cantina le absorbió mientras soltaba la Fuerza.

—...así que me dije a mí mismo, ¿Quién es este Ferus Olin, de todas formas? —terminó Weasy.

Ferus Olin.

El nombre envió una descarga a través de su cuerpo.

Lentamente, Obi-Wan se sentó de nuevo. Apagó el ruido para escuchar. No iba a ir a ninguna parte esta noche. No hasta que descubriese todo lo que pudiese sobre Ferus Olin.

Porque una vez Ferus Olin había sido entrenado como un Jedi.

Y ahora, podía ser uno de los únicos que quedaban.

CAPÍTULO DOS

—Cualquiera que atraiga la atención del Imperio tiene que ser valiente o estar loco —dijo el primer piloto.

—O muerto —dijo el segundo mientras todos reían.

—He oído que es valiente y está loco —dijo Weasy—. Pero no muerto, aún no, en cualquier caso. Han pedido tropas extra por él, y ya habían llevado uno de esos batallones Imperiales. Les ha puesto las cosas difíciles a las tropas de asalto. Se ha convertido en una leyenda en Bellassa.

—¿Y qué le ocurrió?

—Nadie lo sabe. Escapó. Tienen a un comandante intentando cazarle —quieren convertirlo en un ejemplo para otros que podrían intentar rebelarse. Vale una recompensa o dos, si estáis interesados.

—Yo no —dijo el primer piloto—. No me enredo con el Imperio. Ni siquiera para ayudarles. Es mejor quedarse a un lado. Pásame esa jarra, ¿quieres? Aún estoy sobrio.

—Su compañero todavía sigue en prisión —dijo Weasy—. Creo que piensan que Ferus Olin intentará un rescate, pero hasta ahora, está desaparecido —gruñó mientras dejaba su bebida—. Sería mejor para él que siguiese desaparecido. Tengo que hacer otro viaje a Ussa esta noche. Los suministros escasean allí, y hay créditos por hacer.

Obi-Wan le dio un sorbo a su bebida, intentando encontrarle sentido a los sentimientos que se enredaban en su interior.

Ferus estaba vivo. Obi-Wan había asumido que estaba muerto.

Ferus había sido un aprendiz Jedi. No importaba que hubiese dejado la Orden a los dieciocho años y hubiese sido un civil desde entonces. Había sido uno de ellos, y seguía con vida.

Al principio había seguido la pista de Ferus. Siempre pensó que después de las Guerras Clon contactaría con él. Después de que hubiesen derrotado a los Separatistas.

Eso fue antes de comprender que el lado oscuro no sería derrotado tan rápidamente.

Sabía que Ferus había empezado un negocio con un socio, Roan Lands. Los dos se habían alquilado a los gobiernos interesados en proteger ciudadanos que eran soplones, aquellos que exponían las fechorías de las corporaciones especialmente crueles. Ferus y Roan les buscaban nuevas identidades y les vigilaban.

Obi-Wan no sabía mucho más que eso. Había oído que Ferus y Roan se convirtieron en oficiales del Ejército de la República durante las Guerras Clon, pero nunca tuvo tiempo de seguirles la pista.

Después de que Anakin se pasara al lado oscuro, Obi-Wan tuvo motivos para recordar a Ferus. Había sido Ferus el que le había advertido primero sobre Anakin. Ferus había sentido que los grandes dones de Anakin escondían un gran malestar. Ferus vio el poder de Anakin, y lo temió.

Se lo debía.

—Todo lo que sé es que la próxima vez que vayas a Bellassa, no tendrás problemas —dijo el segundo piloto—. Ferus Olin estará muerto.

Obi-Wan estaba sentado, las manos en su regazo, su cabeza ocupada. Sentía emociones dentro de él que no había sentido en mucho tiempo.

En otra vida, no lo habría dudado. Habría despegado para Bellassa. Pero todo había cambiado. Estaba al cargo de permanecer aquí y vigilar a Luke. Luke y su hermana era las últimas y mejores esperanzas para la galaxia. Él debía ser protegido. Obi-Wan le había prometido a Yoda, le había prometido a Bail Organa, le había prometido a Padme en su lecho de muerte que le vigilaría.

—Hasta que llegue el momento, desaparecer debemos —había dicho Yoda.

Pero Ferus también le había llamado.

No podía contactar con Yoda para pedirle consejo. Qui-Gon no estaba fácilmente disponible para él. Tenía que decidir. Tenía que responsabilizarse.

Al igual que me responsabilicé de Anakin.

Sí, y mira lo que pasó por tu buen juicio.

Las voces en su cabeza eran familiares pero no menos reales. Confiar en sí mismo se había vuelto difícil.

Su tarea era proteger a Luke. Se quedaría. Y si iba a lamentar esa decisión, aprendería a vivir con ello. Al igual que había aprendido a vivir con todas las otras.

Obi-Wan salió fuera y respiró el frío aire, deseando que se llevase el ruido y el humo de la cantina. Buscó su eopie por los alrededores. Los eopies no eran conocidos por su inteligencia, pero esta bestia en particular podía arreglárselas para escapar de sus ataduras y vagar, ávida de líquenes de arena que crecían entre la basura. Recogiéndolo su capa a su alrededor, Obi-Wan empezó a buscar, regañando al eopie en su cabeza. Piensas que si alimentos y cuidas de una bestia te recompensará con su lealtad, no largándose al primer signo de escarcha.

—No es con el eopie con el que estás enfadado —La voz fue seca, divertida—. Aquí estás, un Maestro Jedi, y ni siquiera has aprendido a identificar correctamente tus sentimientos.

La voz de Qui-Gon parecía venir de las sombras. Obi-Wan se paró de repente. Estaba sobrecogido. Era su Maestro. Incluso el sonido de sus palabras trajo a la mente de Obi-Wan la amable y robusta cara de Qui-Gon. Y después, el toque irónico de su sonrisa.

—Dijiste que no estaba preparado para empezar el entrenamiento...

—No lo estás —dijo Qui-Gon—. Pero necesitas ayuda.

CAPÍTULO TRES

—Estás aquí —dijo Obi-Wan. Las palabras se atascaban en su garganta. Sintió un arrebató de emoción al escuchar de nuevo a Qui-Gon.

Obi-Wan se había metido en un edificio libre en frente de la cantina. El refugio abandonado no tenía tejado, así que las estrellas brillaban claramente por encima.

—Siempre he estado aquí —dijo Qui-Gon—. Estar preparado es decisión tuya, mi Páawan.

—Pero yo lo elijo —dijo Obi-Wan—. Quiero empezar el entrenamiento. No entiendo a qué te refieres.

—Cuando sepas por qué no estás preparado, estarás preparado —dijo Qui-Gon.

—Ahora suenas como Yoda.

—Gracias por ese cumplido —replicó Qui-Gon, su voz provenía de las estrellas y del interior de la propia cabeza de Obi-Wan—. Ahora estoy aquí, viéndote cazar un eopie, que está justo detrás de la cantina por cierto, en lugar de prestar atención a tus sentimientos.

Obi-Wan suspiró. Se sentía viejo, mucho más que viejo. Aun así parecía que todavía tenía mucho que aprender.

—La Fuerza Viva, mi Páawan —dijo Qui-Gon—. Eso incluye conocerte a ti mismo al igual que a los otros.

—¿Qué me estás preguntando?

—Simplemente esto: ¿Cómo te sientes?

—Abrumado de oírte.

—Es un comienzo.

—Enfadado con el eopie...

—Nada de eso. Prueba de nuevo.

—Irritado por tus acertijos...

—¡Bien! Ahora estamos llegando a alguna parte.

—Enfadado conmigo mismo —estalló Obi-Wan.

Qui-Gon no dijo nada. El corazón de Obi-Wan estaba muy lleno. No pudo hablar durante un momento. Los recuerdos lo inundaban, años de misiones, de conversaciones, de las muchas maneras en las que Qui-Gon le había ayudado y guiado. Después de su muerte, Obi-Wan había echado de menos a su Maestro cada día de su vida.

—Dime —dijo Qui-Gon amablemente.

—Estoy enfadado con mi propia confusión —dijo Obi-Wan finalmente—. Solía tomar decisiones fácilmente. Sabía que rumbo tomar y lo tomaba. Si otro Jedi estaba en peligro, iba. Y ahora, aunque mi misión está clara, mi mente no lo está. Quiero ir. Pero me encargaron permanecer aquí. Luke es la nueva esperanza para la galaxia, y debo proteger eso.

—Todo eso es cierto —dijo Qui-Gon—. Pero no es la única verdad. La esperanza no florece de una raíz.

—¿Significa...?

—Si Luke tiene un destino, Ferus también. Si el Imperio tiene que ser derrotado, si el equilibrio tiene que regresar a la Fuerza, la resistencia vendrá de muchos lugares. Todo esto junto marcará la diferencia.

—¿Crees que debería ir?

—Es decisión tuya, Obi-Wan. Debes seguir a tus sentimientos. Yo sólo puedo decirte lo que veo. Puedo asegurarte esto, marcharte ahora no pondrá en peligro al chico. Eso lo sé. Lo otro es algo que tu también sabes, que si Luke va a crecer, debe de tener algo a lo que unirse.

—Así que Ferus podría ser parte de eso.

—Habla de lo que sabes sobre Ferus, no de lo que puedes especular.

—Él era el aprendiz más dotado, sólo inferior a Anakin.

—Con tantos dones, es un oponente formidable del Imperio.

—Pero tendría que dejar solo a Luke —dijo Obi-Wan de nuevo. Era una misión que Yoda le había encargado, y sabía que era vital.

—No lo estarías dejando solo. Yo le vigilaré. Estará a salvo por un tiempo. Hay peligro para Luke, un peligro que está cerca. Puedo sentirlo pero no puedo verlo. Siento que Ferus es la clave.

Obi-Wan estaba alarmado. — ¿Ferus sabe algo sobre Luke?

—No, no es tan sencillo. Siento una conexión... aunque Ferus no sabe que está ahí.

La certeza inundaba a Obi-Wan. Certeza y alivio. Todos sus sentidos habían señalado eso. Quería ayudar a Ferus si podía—. Entonces debo ir.

—Al fin —dijo Qui-Gon—, hablas con el corazón.

Había mucho más que quería decir, e incluso más que quería preguntar, pero la presencia de Qui-Gon se desvaneció. Dejó a Obi-Wan sintiéndose tembloroso, pero al menos tenía una dirección.

Esperó fuera en el frío, sin sentirlo más. Los clientes emergieron de la cantina, muchos de ellos tambaleándose. Se quedó aliviado cuando Weasy salió solo. Incluso mejor, caminaba con paso decidido. Estaba sobrio, al menos.

Obi-Wan le siguió. Después de haber dado unos cuantos pasos, Weasy sintió que alguien estaba detrás de él y se dio la vuelta. — ¿Quién anda ahí?

Obi-Wan se acercó un poco más. Había dejado deliberadamente que Weasy supiera que alguien le seguía; como Jedi, podía seguirle fácilmente sin ser visto que quería.

—Oh, eres tu —Weasy aún le miraba con cautela—. Creo que no he oído tu nombre, pero te he visto en la cantina.

—Ben.

—Bien, Ben, ¿qué puedo hacer por ti?

—Pasaje para Ussa.

Los ojos de Weasy se estrecharon —Peligroso lugar, Ussa —Obi-Wan esperó—. Sin embargo, no es asunto mío, si tienes los créditos —Weasy dijo un precio.

Obi-Wan le dio los créditos, casi los últimos que trajo con él de Coruscant, y Weasy se giró y comenzó a caminar, sin esperar a ver si Obi-Wan le seguía.

—Mi transporte está en el espaciopuerto. Espero que no te importe, pero no quiero ninguna charla en el viaje a Ussa. No necesito saber la historia de tu vida, o tú la mía. ¿Entendido?

—No creo que eso sea un problema —dijo Obi-Wan.

Weasy le mostró el camino hasta la plataforma de aterrizaje. Señaló a un yate estelar corelliano. —Sube a bordo mientras hago las comprobaciones previas.

Obi-Wan subió a bordo y tomó asiento. En pocos minutos Weasy subió a bordo y se sentó en el asiento del piloto. Los motores cobraron vida con un zumbido, y salieron disparados hacia la oscuridad. Dejaron la atmósfera de Tatooine, y Weasy fijó curso hacia Bellassa.

CAPÍTULO CUATRO

Bellassa había sido un mundo próspero con un gobierno electo cuando comenzaron las Guerras Clon. Había enviado un ejército para luchar al lado de los Jedi contra los Separatistas. Era un mundo abierto y pacífico con muchos recursos, y por eso, cuando se estableció el Imperio, fue un objetivo para la dominación. Su gobernador fue depuesto, y las restricciones en las libertades personales comenzaron.

Los periodistas fueron silenciados. Los disidentes fueron encarcelados.

Todo esto Obi-Wan ya lo sabía. Pero esto ni siquiera era suficiente. En los viejos tiempos, habría contactado con Jocasta Nu en el Templo y le habría pedido detalles. Después de sermonearle porque él podía buscar las cosas tan bien como ella, lo que por supuesto, no era cierto en el fondo, habría puesto sus manos en la información en pocos segundos, lo que a él le habría llevado horas encontrar.

Obi-Wan sintió una sacudida de dolor en lo más profundo.

Madame Nu, asesinada en su amada biblioteca. El Templo Jedi en llamas.

Sacó las imágenes de su mente. No podría funcionar si les permitía permanecer mucho tiempo. Tenía que sentir el dolor, y dejarlo marchar.

—Aquí estamos —Esas fueron las primeras palabras que Weasy había dicho desde que dejaron Tatooine—. Controles de seguridad antes de que aterricemos. Querrán saber que he tomado para desayunar. Querrán saber lo que mi madre ha tomado para desayunar.

Después de un control extenso, permitieron que la nave aterrizara. Weasy la dejó en un área libre cerca del borde del espaciopuerto. Activo la rampa de aterrizaje, después se giró hacia Obi-Wan mientras cogía su identificación y las especificaciones de la nave. —Los pasajeros se registran por ahí. Yo tengo que hacer los preparativos para atracar. Buena suerte.

Obi-Wan asintió. —Gracias por el viaje.

— Y ¿Ben?

Obi-Wan se giró, ya impaciente por marcharse. —Me debes una jarra en Mos Eisley.

Obi-Wan se dio cuenta que en su brusca forma, Weasy le estaba diciendo que tuviese cuidado. Él asintió y bajó por la rampa.

Era pronto por la mañana, y el espaciopuerto de Ussa ya estaba ajetreado. Se registró con la seguridad y después se pasó un buen rato parado en la plataforma de aterrizaje, mirando a la ciudad, intentando orientarse. Aunque tenía un mapa en su datapad, ayudaba ver el terreno.

Ussa era una ciudad de distritos circulares construida alrededor de siete lagos. Los edificios de viviendas y comerciales se mantenían a unos bajos límites de altura. Anchos bulevares corrían en círculos concéntricos alrededor de cada lago. Era, había sido, un lugar agradable para vivir.

Podía ver Los Comunes, un gran parque verde en el mismo centro de la ciudad. Una vez había sido un lugar de encuentro, un lugar de celebración y comunidad. Ahora, una gigantesca estructura negra ocupaba la mayor parte de la hierba. Árboles y arbustos autóctonos habían sido devastados para acomodarla. El Imperio había traído una guarnición Imperial, una enorme estructura prefabricada que contenía barracones para los batallones de tropas de asalto y una prisión enorme para el excedente de prisioneros.

Podía sentirlo crecer desde abajo. La ciudad de Ussa era ahora una ciudad de temor.

Cogió un turboascensor hasta el nivel del suelo. Era un día frío y nublado que amenazaba con lluvia. Obi-Wan se mezcló con los peatones, esquivando deslizadores y aerotaxis mientras se habría paso a través de las calles. Era extraño estar en un mundo muy poblado de nuevo, extraño sentir aire frío. Había estado sólo mucho tiempo. Caminó lentamente mientras se aproximaba a Los Comunes. La presencia de tropas de asalto era intensa aquí, mientras entraban y salían de la guarnición. La visión de los soldados y el edificio tenía un efecto escalofriante. Cuando las Guerras Clon empezaron, las tropas de asalto habían simbolizado la seguridad de la República. Ahora eran instrumentos de intimidación.

Y había sido él el que los encontró en Kamino. El que había llamado la atención de los Jedi sobre ellos. Habían pensado que el vasto ejército de tropas de asalto les ayudaría después de la Batalla de Geonosis. En lugar de eso, habían sido engañados. Traicionados. Obi-Wan miró las blancas columnas marchar a través de las calles, viendo como la gente se encogía ante ellos, y sus sentimientos de culpa y desesperación golpearon contra él de nuevo hasta que sus pasos vacilaron y sus oídos resonaron con la amenaza de los pasos de los soldados.

La gente intentaba evitar mirar a la guarnición, pero le lanzaban miradas ansiosas de soslayo. Tantas calles daban a Los Comunes que no podían evitarlo, pero paraban de hablar mientras pasaban. Incluso las pisadas parecían silenciarse y el paso acelerarse mientras los bellasanos se apresuraban.

Los pasos de Obi-Wan se aceleraron de nuevo con el resto. Su primera parada sería la antigua oficina de Ferus. Estaba en una calle en el distrito Lago Nublado, una larga caminata que también le daría una idea del trazado de la ciudad.

Había visto esto antes. Todos los signos estaban aquí, la amenaza en el aire, el extraño silencio. Las tropas en las calles, los deslizadores negros corriendo por ahí, llenos de oficiales uniformados. Obi-Wan conocía bien las técnicas de una poderosa fuerza estrechando su agarre en una sociedad que una vez fue pacífica. Pero esto era peor. No era sólo miedo en el aire, era terror.

Empezó a llover, una fina niebla que hacía que el aire brillase. Lago Nublado era un disco plateado delante mientras caminaba a través de las calles que lo rodeaban.

La oficina de Ferus estaba cerrada, las persianas bajadas. Fuera un pequeño letrero láser decía OLIN/LANDS. Eso era todo. Era una calle tranquila, una de las bandas exteriores desde el lago, que era visible sólo como una bruma de luz en la distancia. Tiendas y un café rodeaban la puerta de la oficina de Ferus. Pequeños negocios la mayoría, una oficina de contabilidad, una sastrería, una tienda que vendía platos y teteras de cerámica.

La puerta de la sastrería estaba directamente en frente. Un letrero en el exterior decía DISEÑOS EXQUISITOS Y MODIFICACIONES DE MARIANA, PARA TODAS SUS NECESIDADES DE SASTRERÍA. Obi-Wan cruzó la calle. En la puerta, un pequeño letrero decía CERRADO, pero la puerta estaba levemente entornada. La abrió y escuchó un zumbido en el interior.

Una mujer rellenita de mediana edad salió corriendo de la trastienda. Su pelo estaba trenzado en gruesas trenzas alrededor de su cabeza, pero había sido hecho precipitadamente, y algunos mechones caían sobre sus hombros. —Lo siento, está cerrado —dijo en un tono agradable, pero claramente, estaba ocupada.

—Siento molestarla —dijo Obi-Wan—. Estoy buscando Olin/Lands.

Su sonrisa se apagó. —Ese negocio ha sido cerrado.

—El letrero sigue en la puerta.

—No tuvieron oportunidad de quitarlo. Lo siento...

—¿Sabe que les pasó? Tenía una cita...

—Lo siento. No puedo ayudarlo.

La nota de finalidad en su voz era inconfundible. Obi-Wan se inclinó dando las gracias y se marchó. Un pequeño y estrecho callejón llevaba a la puerta de atrás de la tienda. La puerta de atrás estaba cerrada, pero detrás de una serie de cubos de basura Obi-Wan pudo divisar un trineo gravitatorio colocado contra el muro. Un muchacho joven estaba tumbado encima, moviendo las piernas. Parecía tener doce o trece años, alto y delgado con una mata de pelo azul.

Obi-Wan entró en el callejón. —¿Trabajas en la sastrería?

El chico le lanzó una mirada astuta. —Hemos cerrado.

—Eso he oído. Pero tal vez puedas ayudarme. He llamado al timbre de Olin/Lands, pero nadie responde.

—¿Y qué se supone que puedo hacer yo?

—Con servicio al cliente como este, era un milagro que la tienda sobreviviese. Me preguntaba si sabías lo que les ocurrió.

—No.

—¿Sabes si volverán...?

—No. Mira, estoy apunto de hacer una entrega, así...

—¿Conoces algún lugar en el que pueda conseguir información?

—No, pero sé donde puedes conseguir una nueva capa de viaje —el chico le dio una mirada evaluadora—. Podrías usar una nueva, si me lo pregunta. Tenemos de todo, romex, chaughaine, leathris, incluso tejido blindado. Pero tienes pinta de ser un tipo de seda Ramordiana. Puedes ponerte esa.

Hubo un leve rastro de una risa disimulada en la cara del chico. Por alguna extraña razón, a Obi-Wan le recordó a Anakin de niño. Anakin tenía esa misma manera de tomarle el pelo astutamente, mientras intentaba mantener una expresión neutral en la cara. Esto le había irritado tanto como encantado. Cada momento que un recuerdo de Anakin le venía a la memoria, un dolor nuevo le sobresaltaba, como una carga eléctrica.

—No, gracias —Obi-Wan se giró y salió del callejón, seguido de la carcajada del chico, que finalmente había salido a la superficie.

Cruzó la calle de nuevo y se dirigió hacia el Café de Dorma al otro lado de la puerta de Ferus. Pidió el especial, se sentó en el mostrador, era el único cliente del lugar. La mujer detrás del mostrador tenía una cara ancha y plana y una cálida sonrisa.

—No hay mucho trabajo hoy —comentó Obi-Wan. Tuvo que esforzarse para que su comentario sonase natural, relajado. Había pasado tanto tiempo desde que tuvo una pequeña charla que fue un esfuerzo recordar cómo hacerlo.

—No hay mucho trabajo ningún día —replicó la mujer—. Así van las cosas. El barrio solía tener tráfico peatonal. Pero nadie quiere caminar por la ciudad en estos días. Los negocios cierran día tras día.

—Debe ser duro —dijo Obi-Wan.

La mujer señaló con la barbilla hacia el otro lado de la calle. —Mariana —la sastrería — apenas se mantiene. Pobre querida. ¿Quién tiene créditos ahora para ropas nuevas excepto los Imperiales? —se mordió el labio y miró hacia la puerta. Él sabía que no era seguro decir esas cosas.

—Me he fijado que el negocio al lado ha cerrado.

Ella asintió, y él pudo ver tristeza en sus ojos. —Pobres tipos.

— ¿Qué ocurrió? —preguntó Obi-Wan.

Vio cómo se cerraba. Casi podía sentir lo que estaba pensando. Un extraño, haciendo preguntas. Podía ser un espía Imperial. Esto es lo que ocurría en la nueva galaxia. El intercambio más simple era complicado por el miedo, por la cautela.

—Ferus Olin era amigo mío —dijo Obi-Wan—. He hecho un largo camino para verle.

Ella se giró y empezó a limpiar el mostrador. —Si eres un amigo, entonces ya deberías saber lo que ocurrió. Y tendrías mejor criterio que decir que eres un amigo.

La conversación había terminado. No conseguiría ninguna información de los vecinos de Ferus. Ya fuera por lealtad o por miedo, mantendrían sus bocas cerradas.

Al menos la comida era buena. Obi-Wan se inclinó, inspirando el aroma, y le dio otro mordisco. Qui-Gon siempre le aconsejaba comer. Nunca creyó en desperdiciar una oportunidad, ni siquiera para comer. Recordaba un de las lecciones vitales de los Maestros cuando sólo era un Páawan, algo que a Qui-Gon le gustaba citar: Cuando llega la comida, come. Por supuesto el dicho significaba más que eso. Se refería a disfrutar lo que tienes en ese momento. Pero la bondad de Qui-Gon siempre se había extendido para reconocer el hambre de un niño en crecimiento.

Estaba apunto de felicitar a la mujer por su cocina cuando ambos escucharon el sonido atronador de botas en el exterior. La mujer corrió hacia la ventana.

—Una redada de tropas de asalto —dijo, con el miedo en la voz—. No necesitan una razón. Vete. Si está vacío, puede que no entren.

Obi-Wan se encontró empujado hacia la calle. Las tropas de asalto estaban llamando a la puerta de una galería de arte, varias puertas más abajo. No quería que le preguntasen. Los documentos de identidad que Bail le había conseguido eran buenos, pero como forastero corría el riesgo de ser detenido.

Obi-Wan se giró y empezó a alejarse. — ¡Tú, el de ahí! ¡Alto!

Siguió caminando. Había un callejón justamente delante.

Escuchó los pasos rápidos de las tropas de asalto detrás de él. Obi-Wan hizo un giro brusco y se metió en el callejón.

Casi fue derribado por un trineo gravitatorio que salía del callejón, el mismo que había estado parado en la puerta trasera de la sastrería. Ahora estaba cargado con cajas de duracero llenas de ropa. Obi-Wan se movió hacia atrás a tiempo para ver la cara sorprendida del chico, que estaba pilotando el trineo.

Obi-Wan saltó a bordo.

CAPÍTULO CINCO

— ¡Hey, lárgate! —el chico intentó empujarle. Era sorprendentemente fuerte.

Obi-Wan le mantuvo alejado con una mano mientras se agachaba y agarraba los controles con la otra. Vio al soldado de asalto detenerse y mirar a su alrededor. Aún no había visto a Obi-Wan. Las pilas de tejido, las cajas y los lados altos del trineo le tapaban.

El chico le pateó con fuerza en la espinilla. Obi-Wan se sobresaltó. El trineo dio un bandazo, y el soldado de asalto miró hacia allí y llamó. — ¡Tu! ¡Detén ese trineo!

Obi-Wan accionó el freno e hizo un giro inverso, dirigiéndose en dirección opuesta. El torpe trineo gravitatorio a duras penas pudo ejecutar la maniobra, pero lo consiguió. Una de las cosas que había aprendido de Anakin era que la mayoría de las máquinas podían actuar más allá de sus capacidades y las forzabas en el sentido adecuado. Había visto a Anakin hacer cosas increíbles con un trineo gravitatorio.

Obi-Wan hizo un giro brusco hacia la derecha y se metió por un callejón.

— ¿Qué estás haciendo, apestoso mono-lagarto! —Gritó el chico—. ¡Yo estaba aquí primero!

Hizo un giro brusco a la izquierda y sobrepasó la velocidad máxima.

— ¡Esos son soldados de asalto Imperiales! —chilló el chico.

Amablemente, Obi-Wan empujó al chico encima de una caja volcada. —Relájate.

Una moto rugió girando una esquina detrás de ellos, después otra. Dos soldados de asalto. Bien. Dos era mejor que uno.

Cada uno se metería en el camino del otro.

El chico se levantó con los puños apretados y cargó. Invocando la Fuerza, Obi-Wan quitó una mano de los controles y alzó la otra. El chico no podía moverse. Sus ojos se desorbitaron.

—Te devolveré tu trineo. Simplemente no te muevas —un delicado empujón con la Fuerza y aterrizó de nuevo en la caja. Esta vez, el chico se quedó allí.

Los controles del trineo ardían bajo sus manos. Temblaban. Estaba empujando a la máquina mucho más allá de sus límites. Aguanta un poco más, le dijo.

Ahora estaban en un distrito de almacenes. Aparcados a lo largo de las calles había vehículos de construcción con hidroelevadores, trineos gravitatorios más grandes que ese, y deslizadores de transporte. Uno de los soldados de asalto voló más alto, intentando caer sobre ellos desde arriba. El otro se inclinó hacia la derecha. Estaban intentando encajarle contra el gran almacén de su derecha.

La precisión lo era todo. Y un trineo gravitatorio no era tan ágil como una moto deslizadora. Pero algo que había aprendido sobre las tropas de asalto era que a pesar de su armamento, su inagotable energía y su necesidad incansable de terminar el trabajo, no tenían mucha imaginación. No podían elaborar una estrategia. Sólo podían seguir órdenes.

Moviéndose a máxima velocidad ahora, Obi-Wan tuvo que invocar la Fuerza y usarla. Su visión se agudizó. El tiempo se ralentizó. Delante vio una oruga de construcción montada en una vía que subía rápidamente por el lado de un edificio. Los trabajadores se habían detenido en mitad del trabajo de restauración de un muro de piedra en la pared frontal.

Obi-Wan desenganchó su sable láser y lo mantuvo a su lado, oculto por su capa. Tenía que mantenerlo oculto a menos que fuese absolutamente necesario, si descubrían que

era un Jedi, pronto tendría a todo el planeta buscándole. Elevó el trineo un poco más arriba, sabiendo que sólo tendría unos pocos segundos antes de que las motos se elevasen siguiéndolo. Mientras pasaba a la oruga, alcanzó la cabina del vehículo y cortó el panel de instrumentos con un golpe limpio y preciso.

La oruga inmensa calló con un estruendo. Aplastó a las dos motos antes de que pudieran esquivarla.

Obi-Wan se alejó, libre... e intranquilo.

Obi-Wan detuvo el trineo en la calle fronteriza con el Lago Piedra Azul al lado de Los Comunes. Aquí había tráfico y peatones. Serían menos perceptibles.

Tan pronto como paró el trineo, el chico se alzó indignado. — ¡Podías haberme matado! ¡Y has puesto a los soldados de asalto tras de mí!

—No, no lo hice. Nadie te vio a parte de los dos que acaban de ser aplastados por la oruga —dijo Obi-Wan—. Estarás bien.

— ¡No estoy bien! —Gritó el chico—. No se lo que pretendes, pero no cuentes conmigo —empezó a lanzar cajas fuera del trineo—. ¡Cógelo y lárgate de aquí!

— ¡Hey! ¿Qué estás...? —Obi-Wan se detuvo, recordando el grito del chico, ¡Yo estaba aquí primero! La forma en la que esperaba por el callejón. Había asumido que el chico trabajaba para Mariana la modista. El chico había pretendido eso.

—Espera —dijo, cogiendo una caja del chico y volviendo a ponerla en su lugar—. No estabas haciendo una entrega. Estabas robando esas ropas.

El chico alzó la barbilla a modo de desafío. —Mira quien habla. ¡Tú me las robaste a mí! Bien, quédatelas. Veremos que ocurre cuando intentes venderlas.

Obi-Wan se apoyó contra una pila de cajas. —No es muy agradable por tu parte aprovecharte de las desgracias ajenas, ya sabes. Ese sastre está a punto de cerrar el negocio.

Se oyó a sí mismo, ese tono de voz al que Anakin siempre se había resistido. Obi-Wan esperaba la afilada respuesta de Anakin... entonces se dio cuenta que nunca más llegaría.

En su lugar, estaba este chico, que bufó con disgusto. —Y ahora me estás sermoneando. Este es el día perfecto. ¿De que estás escapando, jefe?

Obi-Wan dejó pasar un momento. Miró hacia el lago. Un vendedor estaba vendiendo zumo y aperitivos bajo una flexible y clara sombrilla. Tomaría su siguiente paso de Qui-Gon. Los chicos siempre están hambrientos.

— ¿Qué te parece algo de comer?

El chico bufó de nuevo. —Gracias por la invitación, pero piérdete.

Obi-Wan saltó del trineo. Camino hacia el vendedor y compró un par de zumos y un paquete de bollitos de frutadulce.

Podía sentir que el chico aun dudaba. Dio un buen mordisco a un bollito. No está mal.

Obi-Wan se sentó en un banco. Puso el otro zumo a su lado y empujó esto y el bollo dulce hacia el centro del banco. Tomó un sorbo de zumo.

El chico bajó del trineo y caminó lentamente hacia él. Se sentó en el otro extremo del banco. Entonces, repentinamente, cogió el bollo. Lo desenvolvió y empezó a masticarlo.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Obi-Wan.

— ¿Qué te importa?

—Sólo te daba conversación.

—Así que ahora que me has comprado comida, ¿tengo que ser tu amigo?

—Bueno, amigable, al menos.

El chico abrió el zumo. —Trever —dijo.

—Yo soy Ben —dijo Obi-Wan.

—Bien, Ben, me pareces un forastero —dijo Trever, agitando el bollo—. Así que déjame darte un consejo. Si quieres un pedazo del mercado negro de aquí, vas a meterte en problemas. Somos un grupo muy estrecho. No nos gustan los forasteros.

—¿Dónde están tus padres?

—Muertos.

—Lo siento.

—¿Por qué? Tú no les mataste.

—¿Qué les ocurrió?

Trever se encogió de hombros. —Mi madre era un capitán en el Gran Ejército de la República. Murió en la batalla de T'olan, en el sistema Wuun...

Obi-Wan asintió. —Lo sé. Fue una batalla terrible —Fue al comienzo de las guerras. Trever debía haber tenido alrededor de nueve años. Cuando Trever no añadió ninguna información más, Obi-Wan preguntó amablemente —¿Tu padre?

—Trabajaba en una clínica médica, era doctor. Murió justo después del fin de las Guerras Clon. El Imperio envió tropas aquí. Querían asumir el control del sistema de defensa del planeta, para nuestra protección, dijeron —Trever bufó—. Así que un puñado de ussanos decidieron ocupar pacíficamente la planta de defensa como protesta. Él estaba dentro cuando la planta explotó. Boom. Adiós, Papa.

Obi-Wan sabía que la actitud del chico enmascaraba un profundo dolor, un dolor sentido por muchísimos a través de la galaxia.

—¿Entonces quién cuida de ti? —preguntó Obi-Wan.

—Nadie.

—No tienes una tía, o un tío...

—No hay nadie, ¿de acuerdo? —Trever le dio otro mordisco al rollo. No expresaba ninguna emoción. Obi-Wan esperó mientras mascaba y tragaba—. Puedo cuidar de mí mismo.

Obi-Wan sacudió la cabeza. Él conocía cada precio pagado en la guerra, pensó. Cada sufrimiento. Cada injusticia. Todo ellos eran descorazonadores, pero uno era el peor de todos. La guerra creaba huérfanos.

—Por eso aprendiste a robar.

—Voy mucho de arriba a bajo. Las fuerzas de seguridad en Ussa están ocupadas con otras cosas. La gente se distrae cuando hay una ocupación. Y conozco lugares a los que ir, gente que me dará comida o un lugar donde dormir. Dorma me da un almuerzo algunas veces. Y Ferus solía...

Trever se detuvo.

—Así que conoces a Ferus Olin —señaló Obi-Wan.

Trever no dijo nada.

Obi-Wan continuó. —Él solía ayudarte también, ¿verdad?

Trever permaneció callado.

—Escucha, Trever, necesito tu ayuda. Soy un amigo de Ferus Olin. Un viejo amigo. Oí que estaba en problemas. Sólo intento encontrarle.

El chico masticó, después dio un sorbo al zumo. —¿Qué gano con eso?

—Ferus te ayudó. ¿No quieres ayudarlo? ¿No quieres hacer que el Imperio deje de destruir tu planeta?

—Dije ¿Qué gano con eso?

Obi-Wan suspiró y sacó unos cuantos créditos.

Mientras Trever los cogía, sus ojos oscuros estudiaban a Obi-Wan.

— ¿Cómo hiciste que la oruga se estrellara? —preguntó.

— ¿Dónde está Ferus?

— ¿Cómo hiciste que me parase así? ¿Quién eres?

—Eso no importa. Lo que importa es que puedo ayudar a Ferus. ¿Le has visto desde que le arrestaron?

La cara se endureció. —Está muerto.

— ¿Cómo lo sabes?

—Porque ellos le querían muerto. Y ellos consiguen lo que quieren.

—Pero no lo sabes seguro.

—Sé seguro que si no estuviese muerto, estaría aquí. Nunca dejaría que Roan siguiese en prisión. Intentaría rescatarle.

Obi-Wan soltó el aliento. Ferus no estaba muerto. Trever no sabía nada seguro.

—Yo también tenía un hermano, ya sabes —dijo Trever de repente—. Tike. Él estaba en la planta de defensa también. Era demasiado joven para unirse al Ejército de la República, pero quería defender Bellassa. Por eso fue mi padre a la planta. Él sabía que Tike estaba dentro, y ofreció negociar un trato entre los protestantes y los Imperiales. Pero una vez estuvo dentro, hicieron volar el edificio.

Un recordado sentimiento se alzó en Obi-Wan, furia. Sabía de lo que era capaz el Imperio. Estaban dirigidos por un Sith, y habían masacrado cruelmente a los Jedi y causado la muerte de millones. No habían sido solo los soldados de asalto los que se habían vuelto contra ellos. Tendría que luchar para doblegar su furia, porque sabía que esta sólo nublaría su mente. Tenía que convertirla en acción tranquila.

Tomo aire y miró al lago. —Todo el mundo al que amaba esta muerto también, Trever.

Trever hizo una bola con el envoltorio y con su caja vacía de zumo y lo lanzó a la papelera. —Sí, bueno. Acaban con todo el mundo al final. La cuestión es permanecer con vida.

Obi-Wan quería decirle a este chico que meramente estar vivo no era suficiente. Sobrevivir era fácil. Vivir con un propósito era difícil. Pero el muchacho era demasiado joven para saberlo. —Creo que puedo salvar a Ferus. Creo que sigue vivo.

— ¿Cómo lo sabes?

—Creo que si estuviera muerto lo sabría —incluso mientras Obi-Wan decía esto, se preguntaba si era cierto. Con el lado oscuro tan poderoso, ¿podía confiar en la Fuerza? Siendo incrédulo a su manera, Trever bufó. — ¿No crees en conexiones entre dos personas? —preguntó Obi-Wan.

—Creo en mi conexión conmigo mismo. De eso se trata —Trever le miró, entonces pareció tomar una decisión—. Ven aquí —le llevó de vuelta al trineo gravitatorio—. ¿Crees que me estoy aprovechando de Mariana? Qué gracioso. Su tienda le va muy bien. Solo que ella no quiere que nadie lo sepa.

— ¿A qué te refieres?

Trever apartó las cosas de la parte de arriba de una de las pilas de ropa. Por debajo había uniformes imperiales. —Lavados y remendados —dijo el chico—. Para ellos. Para la guarnición entera.

—Bien —dijo Obi-Wan—. Ella tiene que ganarse la vida, ¿verdad? Y ellos tienen que lavar su ropa.

—Claro, ¿por qué no ayudar al grupo de asesinos que robaron tu planeta? —la cara de Trever estaba sonrojada. Le dio una patada a otra caja—. ¿Sabes qué es esto? ¡Uniformes de prisionero! ¡Tienen tantos de nosotros en prisión que no pueden apañarse con sus suministros! Y hay más pilas y pilas de material en su tienda. Se esconde allí, haciendo uniformes de prisionero para su propia gente. Creo que eso apesta como un mono-lagarto bajo un caluroso sol. ¡Se merece que la roben! Nadie más en Ussa cooperaría con ellos, pero ella lo hace.

Obi-Wan subió al trineo. Miró los uniformes, amarillo brillante, para que los prisioneros pudieran verse fácilmente. Había cajas y cajas de ellos, ¿y ella estaba almacenando material para más? ¿Cuántos ussanos planeaba arrestar el Imperio?

Su bota golpeó algo metálico, y se agachó. Sus dedos se cerraron sobre un pequeño objeto. Era un cilindro imperial de códigos, un dispositivo que permitía al usuario acceder a información de un ordenador o conseguir entrar en áreas restringidas. Debía haberse caído del bolsillo de uno de los uniformes durante el salvaje paseo. Lo metió en su bolsillo.

— ¿Qué dices ahora, jefe? ¿Por qué no debería robar las ropas? —preguntó Trever con impaciencia.

Obi-Wan lo pensó un minuto. El cilindro de códigos solo valdría durante un corto periodo, hasta que el soldado se diese cuenta de que lo había perdido. Pero pondría su cuarto patas arriba para encontrarlo, antes de informar de su pérdida. Un cilindro de códigos perdido le haría ganarse un castigo severo.

— ¿Sabe Mariana que estos han sido robados?

—No, ella tiene una rutina. Esperé a que se marchara y entonces me colé en la tienda. Va a recoger la ropa sucia de la prisión todos los días a las diez.

Obi-Wan miró su crono. —Tenemos que devolver las ropas a la sastrería —le dijo a Trever—. La guarnición no puede saber que han sido robadas.

— ¿Nosotros? — Trever se echó para atrás—. ¿Quieres saber el secreto de mi éxito? No soy voluntario para nada. Nunca.

—Ibas a vender esas ropas, ¿verdad? Te pagaré lo que habrías sacado por ellas, si las devuelves. Di un precio.

Trever dijo una cifra.

Obi-Wan hizo una mueca. —Te daré la mitad. Y añadiré un extra si puedes descubrir algo sobre Roan Lands —algo destelló en los ojos de Trever—. Sabes algo —observó Obi-Wan. Trever se encogió de hombros.

Obi-Wan le dio los créditos. —Te daré la mitad ahora, y la otra mitad después —el chico estaba saliéndole caro, pero tenía la sensación de que Trever podía decirle cosas que necesitaba saber.

—La antigua socia de mi padre, dirige una clínica médica. Llevaron allí a Roan Lands. Casi le matan, y le quieren vivo. Le llevaron allí en secreto.

Un deslizador imperial pasó lentamente por ahí, y Obi-Wan y Trever se dieron media vuelta casualmente. El deslizador continuó.

Trever brincó de un pie a otro. —No es una buena idea permanecer en un lugar demasiado tiempo en Ussa, ya sabes. Deberíamos movernos. Podemos devolver el trineo gravitatorio ahora.

—Primero necesito que me dejes en la clínica médica y me esperes.

— ¿No me has oído? No soy el tipo de persona que se ofrece voluntario.

Obi-Wan subió de un salto al trineo. —No sé si te has fijado, pero sólo te he pagado la mitad del precio.

— ¿Cómo sabes que no cogeré el dinero, te abandonaré, y luego robaré las ropas de todas formas?

—Me arriesgaré —dijo Obi-Wan.

—Que valiente.

—Y además —dijo Obi-Wan—, si te marchas, te encontraré.

CAPÍTULO SEIS

Bien, aquí estaba, en una misión. Algo que nunca había esperado que ocurriese otra vez.

Obi-Wan enrolló su capa en una apretada pelota y la lanzó detrás de una caja. Se puso un mono de trabajo. Trever conducía bien el trineo, ejecutando giros cerrados y maniobras arriesgadas. Fue Qui-Gon el que le había enseñado a Obi-Wan que en una misión, cualquiera podía ser de ayuda, desde un anciano hasta un chico como este.

Le parecía familiar estar dirigiéndose hacia posibles peligros. Familiar mantener la mirada en movimiento, revisando la calle y el tráfico aéreo, siempre alerta ante la necesidad de una posible ruta de escape. La leve elevación en su pulso le dijo que estaba listo para cualquier cosa que viniese.

Todo le era familiar, y aun así todo había cambiado. Él estaba solo. Una vez se había aprovechado de una floreciente red de apoyo, miles de Jedi por toda la galaxia. Había información y ayuda en el Templo cuando la necesitaba. Ahora no había nada. No había nadie. Y ningún planeta buscaba ayuda en los Jedi nunca más.

Él era el último. Y esta misión probablemente sería su última, también.

Pasaron la clínica. Obi-Wan se encogió detrás de las cajas. No podría entrar usando el cilindro de códigos; eso estaba reservado para la seguridad de la guarnición.

—No entrarás —dijo Trever.

—Entraré.

—Bien, si lo consigues, lo cuál no harás, encuentra a la Dra. Amie Antin. Ella es la que reanimó a Roan. Por ahí —Trever señaló hacia un pequeño edificio gris, arriba a la izquierda. Dos soldados de asalto estaban afuera. —No dejes que esos dos te engañen. Hay seguridad por todas partes. En el tejado, también. Nadie entra o sale sin una comprobación. Si traes la colada, tienes que estar en el manifiesto.

—Encontraré la manera. Sólo detente unos pocos segundos, lo suficiente para que me baje de un salto. Luego espera en ese callejón de allí. No tardaré.

—Hecho.

El trineo desaceleró. Alzando el manojito de la colada sobre su hombro, Obi-Wan se bajó de un salto. Subió las escaleras sin mirar atrás.

Un soldado de asalto avanzó hacia él, con el rifle láser preparado. —Exponga sus asuntos.

—Entrega de la colada —dijo Obi-Wan.

—Déjeme comprobar el manifiesto.

Obi-Wan movió la mano. —No necesita comprobarlo. La colada puede continuar.

—No necesito comprobarlo. La colada puede continuar —el soldado de asalto le indicó con un gesto que siguiese adelante. Obi-Wan pasó caminando a su lado, conservando el manojito en su hombro. Miró furtivamente hacia atrás. Trever se había detenido en el callejón. Pero cuando vio que Obi-Wan pasaba el punto de inspección, agitó una mano y se marchó.

Así que no podía confiar en el niño. No era una sorpresa. Encontraría su propia salida.

En el interior, pasó rápidamente por las salas iniciales de reconocimiento donde los pacientes se sentaban esperando a ser examinados por un droide médico que estaba

introduciendo información. Esperaba que Roan Lands estuviese retenido en una de las habitaciones posteriores.

Pasó a un médico de asolada apariencia. —La lavandería está por ahí —dijo el médico bruscamente, señalando hacia un grupo de puertas dobles.

Dentro había un gran armario de suministros. Obi-Wan dejó el fardo de la lavandería en el suelo, se quitó rápidamente el mono de trabajo y lo echó en un cubo de basura. Sacó una túnica de médico del armario y se la puso. Entonces salió de nuevo al corredor.

Nadie le detuvo esta vez cuando pasó de largo un escritorio lleno de médicos introduciendo información en ordenadores y comprobando carritos de medicamentos. Alguien estaba repartiendo bandejas de comida. Obi-Wan pasó desapercibido entre el barullo.

No le costó mucho encontrar la habitación donde tenían a Roan Lands. Dos soldados de asalto hacían guardia en el exterior.

Obi-Wan avanzó hacia delante.

—Estoy aquí para examinar al prisionero —dijo—. Lo ha solicitado la doctora Antin.

—Ella no mencionó nada.

—Ella no tiene que consultar las decisiones médicas con ustedes —dijo Obi-Wan brevemente. Empezó a rodearlos, pero el soldado de asalto alzó su rifle. —Necesito ver sus documentos de identificación.

Justo entonces la puerta se abrió levemente. Una mujer con una túnica médica estaba allí. Era de mediana edad, y bonita, con una cara firme y unos penetrantes ojos negros. Su pelo rubio platino estaba cortado muy pegado a su cabeza.

— ¿Quién es este?

—Dice que usted le ha llamado para una consulta, doctora Antin —dijo el soldado de asalto.

Obi-Wan colocó su mano casualmente a un lado, preparado para alcanzar su sable láser. Miró directamente a los ojos a la doctora Antin. Sólo pasó un momento durante el que sintió la agudeza de su mirada en él.

—Sí. Entre, doctor —la doctora Antin abrió más la puerta.

Obi-Wan entró. Pudo ver que estaba en una sala médica para los pacientes más enfermos. Había una cápsula médica en una pared, y una variedad de instrumentos. Un hombre joven yacía en la cama. Sus ojos verdes estaban abiertos, pero miraba inexpresivamente al techo. No se movía. Su pelo oscuro flotaba hasta sus hombros, y parecía ser de constitución fuerte. Todavía estaba vestido con una túnica de prisión de color amarillo brillante.

— Su diagnostico, ¿doctor? —Su voz era clara—. No te molestes, sé que no eres un doctor, y podríamos no tener mucho tiempo. ¿Eres de los Once?

A veces, si no respondías preguntas directas, podías conseguir la información que necesitabas. Obi-Wan esperó.

—Mira, he terminado esto con Wil Asani. Simpatizo con lo que estáis haciendo, pero no puedo involucrarme. Demasiados pacientes dependen de mí para su tratamiento. Te daré información, eso es todo, y no mucha —la doctora Antin suspiró y miró a Roan—. Puedes decirle a Wil que no sé lo que está mal, y no sé si sobrevivirá. Quieren que le mantenga con vida, pero no me dicen lo que le administraron. No fue Loquasin o Mangoriza, no los sospechosos habituales. Le he dado Spectacilina, tiene una leve infección, pero eso no es lo que le está matando. Y le he hecho una ligadura de gases, eso debería limpiar su sangre de las toxinas restantes. Pero a menos que sepa exactamente lo que le han administrado, no

puedo tratarle. Está demasiado inestable. Podría matarle. He visto antes estos casos. La Prisión Imperial debe de estar probando una nueva droga, algo que yo no conozco. Lo que es obvio para mí, es que ellos tampoco tienen un antídoto. Sólo esperan que yo encuentre uno. He hecho un montón de investigación con neurotoxinas, así que sospecho que eso es lo que es.

Puso su mano en el hombro de Roan. —Está consiguiendo aguantar. Esperemos lo mejor.

Alzó la mirada hacia Obi-Wan. —Puedo sacarte de aquí. Pero no vuelvas. Esto es todo lo que puedo hacer.

Obi-Wan escuchó revuelo en el exterior. La doctora Antin frunció el ceño. Fue rápidamente hasta una videopantalla y el monitor cobró vida. En la pantalla apareció la desalentadora visión de muchos soldados de asalto entrando por la puerta principal de la clínica. En medio de ellos caminaba una figura alta, vestida con una túnica marrón en un tono tan oscuro que casi era negro, como si quisiera parecer tan cercano al Emperador como pudiera sin suplantarle, pensó Obi-Wan. Su capucha le cubría completamente la cara.

—Malorum —dijo la doctora Antin con una exhalación—. Esto no es bueno.

—¿Quién es? —preguntó Obi-Wan.

—Uno de los Inquisidores, un grupo establecido por el propio Emperador. Está aquí como jefe de seguridad en el planeta. Llegó con un equipo para entrenar a los Cuerpos de Vigilancia y Seguridad recién formados. Serán parte de la Oficina Imperial de Seguridad. El OIS necesita una presencia local para ir detrás de ti y de tu grupo —se giró hacia él—. ¿No sabes eso?

—Podrías decir que soy el chico nuevo —dijo Obi-Wan.

—Es demasiado tarde para salir. Tienes que esconderte.

Obi-Wan sintió algo acelerándose en el aire. ¿La Fuerza? No era fuerte, solo un destello, pero había sido lo suficientemente largo ya que lo había sentido de otra fuente que no era él mismo.

Miró de nuevo al monitor. Malorum. Esa era la fuente de la Fuerza.

¿Quién eres tú, Malorum?

—¡Vamos! —le apresuró la doctora Antin hacia el muro. Apretó un botón y abrió la cápsula médica. Ahora podían oír ruido en el vestíbulo, botas golpeteando.

—No olvides sacarme de aquí —dijo Obi-Wan, mientras ella cerraba la puerta de la cápsula y la bloqueaba.

Obi-Wan tuvo que reunir la Fuerza para poder escuchar lo que estaba pasando en el exterior de la cápsula. Las palabras estaban amortiguadas, pero pudo distinguirlas.

—Mi paciente está muy enfermo. ¡No permito visitas!

—Difícilmente soy una visita —la voz era suave—. Un consejo, doctora. Recuerde que ya la hemos fichado.

—Sí, son muy buenos fichando cosas. Estoy aquí para servir a mis pacientes. No a sus reglas.

—¿Y tendría pacientes si cerrásemos su clínica?

—No puede hacer eso. Ni siquiera el Imperio quiere cerrar hospitales, y tener a los enfermos muriendo en las calles por falta de cuidados.

—Le aseguro, que el Imperio hace lo que beneficia a la galaxia como un todo. No es lógico considerar lo derechos de unos pocos frente a los de muchos. Traemos libertad para muchos, pero eso requiere sacrificios. Siento que no vea eso.

—Buena retórica. Habla de libertad, pero mete en prisión sin cargos ni juicio.

—Un ajuste necesario a las leyes. Estos son tiempos peligrosos.

—Administra drogas ilegales con propósitos de tortura.

Obi-Wan no podía creerlo. Sabía que la doctora Antin estaba asustada, podía sentir su miedo. Aun así estaba combatiendo a Malorum, rehusando retroceder.

Sintió el rugido de la rabia de Malorum. —Suficiente. Ha traspasado mi buen humor, doctora Antin.

Pudo visualizar a la doctora Antin alzando una ceja cuando escuchó "buen humor".

—Esta en terreno peligroso. Sabemos que tiene conexión con los Once.

—Eso es falso.

—Trata a uno de ellos.

—Estoy aquí para servir a los enfermos.

—Tiene un hijo, ¿no es cierto? Adam ¿sí? —la doctora Antin no dijo nada, pero Obi-Wan pudo sentir su miedo aumentando... así como su rabia.

—Tiene diez años, creo. Va solo al colegio, imagínese.

Obi-Wan quería abrir la puerta de la cápsula médica y enfrentarse a Malorum. Pero tenía el presentimiento de que la doctora Antin podía cuidar de sí misma.

—Es cierto —dijo la doctora Antin. Su voz estaba tranquila, tan suave como la de Malorum—. Es un colegial, y sólo los cobardes amenazan a los niños. ¿Es eso parte de su gran esquema para la galaxia?

—Está escondiendo a Ferus Olin. Le ha visto. Tenemos informes de un personaje sospechoso entrando en la clínica.

—Ese fue un doctor al que llamé. Doctor Merkon —dijo la doctora Antin—. Se marchó.

—No tenemos registro de él saliendo.

—Entonces vuelva a comprobar sus registros —contestó la doctora Antin.

—Tendrá noticias nuestras, doctora Antin —Obi-Wan escuchó los pasos retirarse, y el oscuro mal de la habitación lo siguió.

Un momento después la puerta de la cápsula se abría. —No hay tiempo que perder —dijo la doctora Antin—. Tengo que sacarte de aquí.

—Puedo salir por mi mismo.

—No, han acordonado la zona. Yo tengo una salida.

—Han amenazado a tu hijo.

El color había abandonado su cara. Sus labios estaban casi blancos cuando dijo, —Sí. Ese fue su error. Antes trataba de ser neutral. Ya no lo haré más —miró a la camilla médica—. Y debemos llevarnos a Roan.

— ¿Llevarlo a donde?

—A vuestro refugio, por supuesto. Con los Once.

Obi-Wan sólo esperaba que la doctora Antin conociese el camino.

CAPÍTULO SIETE

Con la ayuda de Obi-Wan, la doctora Antin puso a Roan en la cápsula médica. La habitación se abrió directamente a una pequeña plataforma de aterrizaje, donde esperaba un deslizador médico. La doctora Antin quitó hábilmente un panel de un lado del deslizador. Había espacio suficiente para que Obi-Wan se agazapara.

—Lo construí durante las Guerras Clon —dijo ella—. Resulta útil de vez en cuando.

Obi-Wan se deslizó en el interior, metiendo las piernas.

—Aguanta —le advirtió ella—. Me gusta conducir rápido.

Deslizó de nuevo el panel en su sitio. Sintió la revolución de los motores debajo de él, y entonces salieron disparados hacia delante. Apparentemente había un punto de control, porque ella desaceleró un momento después.

—Paciente transferido a la clínica de enfermedades contagiosas —oyó que decía ella.

— ¿Autorización?

—Aquí.

Él esperó.

—Todo en orden.

El deslizador salió disparado de nuevo hacia delante. Lo sintió serpentear, los motores corrían a toda velocidad. Después de un tiempo, los motores redujeron la potencia hasta un ronroneo. Entonces se detuvieron.

El panel se abrió. —Bienvenido a casa —dijo la doctora Antin.

Obi-Wan podía ver que se encontraban en un pequeño patio interior. Varios deslizadores, la mayoría de ellos viejos modelos magullados, estaban esparcidos por todo el espacio.

—Creo que es el momento de te lo diga —dijo él—. Yo no...

De repente una puerta se abrió de golpe, y un bellassano apareció parado allí, rifle láser en mano. Era bajo y de complexión compacta, con el pelo canoso. Obi-Wan se puso tenso, pero el hombre meramente frunció el ceño hacia la doctora Antin.

—Amie. No te esperaba.

—No podíamos avisarte. Tuve que traerle de vuelta rápidamente. La clínica estaba acordonada.

La mirada plateada del hombre se posó en Obi-Wan. — ¿Quién es él?

— ¿No es... uno de los tuyos? —por primera vez en ese día, la doctora Antin vaciló.

El hombre apuntó su bláster hacia Obi-Wan. —Me temo que no.

La doctora Antin retrocedió y fue a colocarse al lado del hombre. —Lo siento, Wil. Simplemente asumí...

—Después —Wil se acercó un poco más a Obi-Wan, con el rifle láser todavía apuntado a su cabeza. Obi-Wan podía decir por la manera en que agarraba el arma que era un excelente tirador. — ¿Por qué no nos informas? —dijo.

—Me llamo Ben —dijo Obi-Wan—. Soy un viejo amigo de Ferus Olin. Me enteré de sus dificultades y vine para ayudarlo, si podía.

— ¿Quién te envió? ¿Para quién trabajas?

—Yo trabajo solo —dijo Obi-Wan—. Escuché que Roan Lands estaba en la clínica, así que fui a verle. Pensé que él podría darme alguna pista.

— ¿Cómo sabías que Roan Lands estaba en la clínica? —preguntó la doctora Antin bruscamente.

—Un chico que conocí en la calle me lo dijo. Se llama Trever.

— ¿Trever Flume? —la doctora Antin parecía verdaderamente sorprendida—. ¿Le has visto? ¿Está bien?

—Parece ser capaz de valerse por sí mismo.

—Le conocí hace años —le dijo ella a Wil—. Mataron a toda su familia. Su padre era un colega. —Wil aún no había bajado el rifle.

—Wil, debería ver a Roan —dijo la doctora Antin—. Está en la cápsula médica.

— ¿Le has traído aquí?

—Puedo tratarle aquí igual de bien —dijo ella—. Creo que las fuerzas del Emperador estaban planeando devolverle a la prisión. Habían renunciado a mantenerlo con vida.

—De acuerdo —Wil miró a Amie Antón evaluándola—. ¿Y tú? ¿Vas a volver?

—No. Ahora soy uno de vosotros. Malorum amenazó a Adem, y esa fue la gota que colmó el vaso.

—Protegeremos a tu hijo. Enviaré a alguien ahora.

—Gracias.

Wil devolvió su atención a Obi-Wan. —Llamaré a los otros. Nos encargaremos del prisionero.

¿Prisionero? pensó Obi-Wan. Eso no sonaba bien.

Estaba sentado en una pequeña habitación con cinco hombres y cinco mujeres, una de ellas era la doctora Antin. Diez miradas hostiles apuntaban ahora hacia él, así como un rifle láser.

— ¿Por qué dijiste que eras de los Once? —preguntó uno de ellos.

—No lo hice —dijo Obi-Wan—. He llegado hoy a vuestro mundo. Ni siquiera sé que son los Once.

—Somos un grupo dedicado a combatir al Imperio —dijo Wil—. Once de nosotros iniciamos el grupo, pero ahora somos muchos más. Nosotros —Wil hizo un gesto alrededor de la sala— somos el núcleo.

—Me temo que yo no puedo aceptar esa distinción —dijo Amie Antin tranquilamente—. Me he unido a los Once hoy. Debería haberme unido antes.

—Aceptamos tus razones para permanecer neutral —dijo Wil—. Eran buenas razones. —se giró hacia Obi-Wan—. Empezamos manejando una SombraRed, noticias que llegaban al resto de Bellassa. Transmitíamos noticias de lo que estaba ocurriendo, lo que realmente estaba ocurriendo, no lo que ponen en las emisiones de la HoloRed controladas por el Imperio. También hacemos asaltos dirigidos a objetivos específicos. No es un secreto. Por eso el Imperio quiere encontrarnos. Ya han intentado antes infiltrarse entre nosotros con espías.

—Ya te lo he dicho, no soy un espía. Sólo un amigo. ¿Ferus es uno de los Once?

—Ferus y Roan iniciaron el grupo —dijo Wil—. Eso es bien sabido, incluso por el Imperio. Por eso fueron fichados. No sabemos cómo descubrió el Imperio que estaban en el grupo, pero sabemos que no nos infiltraron. Hasta ahora.

—No quiero infiltrarme —dijo Obi-Wan—. Quiero ayudarlos.

—No podemos dejar que te marches de aquí.

—Me temo que no podéis detenerme.

Wil le apuntó con el rifle láser. —Las bravuconadas son algo estúpido cuando uno está mirando directamente al cañón de un láser.

—Cometerías un gran error —dijo Obi-Wan tranquilamente.

Wil lo consideró durante un momento. —Si verdaderamente conoces a Ferus, sabrás su secreto. Él lo compartió con nosotros. Sabrás como pasó sus primeros años.

Obi-Wan vaciló. —Ferus tenía dones especiales... —vio como los otros intercambiaban miradas. Lo sabían. Él no iba a contarles nada que Ferus no les hubiera confiado ya. Ferus confiaba en esta gente—. Estaba estudiando para ser un Jedi. Vivía en el Templo Jedi de Coruscant.

—Y tú sabes esto porque... —Wil se detuvo—. Sólo hay una forma de que puedas saberlo. Eres un Jedi.

—Si realmente fuera un Jedi podría haberte desarmado en dos segundos —dijo una mujer de pelo oscuro desdeñosamente—. No creo que...

Obi-Wan ondeó una mano. El láser de Wil voló desde sus manos hasta las de Obi-Wan. Entonces Obi-Wan metió el rifle láser por su cinturón de utilidades, y se sentó de nuevo. Sólo usaría su sable láser si tenía que hacerlo. Y no tenía que hacerlo por el momento, eso estaba inmediatamente claro.

—Oh —dijo la mujer con los ojos bien abiertos.

La mirada de atónita sorpresa de Wil cambió lentamente a una mueca. —Bienvenido a los Once —dijo.

—Me habéis confiado vuestro secreto —dijo Obi-Wan—. Ahora yo os he confiado el mío.

—Lo guardaremos —dijo Wil—. Pero no sabemos donde está Ferus. Yo también sospecho que Roan podría saberlo.

—Él y Ferus tenían una relación muy estrecha —dijo una mujer con pistoleras de láser cruzadas sobre el pecho—. Roan me dijo una vez que tenían un plan por si se veían obligados a pasar a la clandestinidad.

—El Imperio ha hecho de él una prioridad —dijo Obi-Wan—. Hoy ya he visto dos redadas.

—Han clausurado toda la ciudad —dijo la doctora Antin—. No van a rendirse.

—Tenemos que encontrarle antes de que lo haga el Imperio —dijo alguien. Era un hombre alto con una cara grave que no había hablado todavía—. Están ensanchando la red. Empezando con Ussa y yendo hacia el campo. Cubrirán todo Bellassa si tienen que hacerlo. Quieren enviar un mensaje con Ferus, esta rebelión no será tolerada, esta resistencia será doblegada. Esto es más grande que un planeta. Así es cómo el Imperio espera controlar la galaxia. Bellassa es sólo un primer paso entre muchos primeros pasos.

Eso tenía sentido para Obi-Wan. Y ahora sabía por qué tenía que estar aquí. No estaba sólo ayudando a un viejo amigo. Estaba ayudando a iniciar el espíritu de la rebelión. Si atrapaban a Ferus, eso daría el mensaje a través de la galaxia de que todos los rebeldes serían capturados. Pero si Ferus podía seguir libre... bien, entonces la esperanza también podría seguir libre.

—No hemos oído eso, Loran —murmuró alguien. Todos ellos intercambiaron miradas preocupadas.

—Ferus es más que un hombre para los Bellassanos. Es un símbolo —dijo Wil.

—Y es nuestro amigo —dijo la mujer del pelo oscuro suavemente—. No tenemos líder, aquí todos somos iguales, pero...

—Sí, Rilla, Ferus era nuestro líder —dijo Wil, asintiendo—. Era el que nos mantenía unidos.

—Echo de menos sus bromas —dijo la mujer de las pistoleras.

—Él nos hizo valientes —dijo un hombre—. Me uní por él.

Obi-Wan no podía creer lo que estaba oyendo. El Ferus que él había conocido como niño había sido un cuidadoso seguidor de las normas. Sus habilidades habían sido excelentes, pero su estilo carecía de la brillantez de Anakin. ¿Qué le había dicho Ferus una vez? A todo el mundo le gusta, pero nadie es su amigo. Ese sonaba como un Ferus diferente. ¿Ferus un líder carismático? ¿Ferus con sentido del humor?

Aun así fue Ferus el que había visto el interior del corazón de Anakin. Fue Ferus el que se enfrentó con él, con el Maestro de Anakin, y le dijo: Algo no va bien aquí. Había sido un movimiento atrevido para un Pádawan, cuestionar a un Maestro sobre su propio aprendiz. Tal vez no debería sorprenderle que ahora Ferus fuera capaz de esto. Las semillas del liderazgo habían estado ahí. Simplemente él no las había visto entonces...

Porque siempre había estado pensando en Anakin. Él había sido el Elegido. Y su cercanía le había cegado.

—Ferus regresará a por Roan. Cree que todavía está en prisión. Debemos encontrarle y decirle que no regrese.

—Roan sabe donde está —dijo la mujer llamada Rilla—. Sé que lo sabe.

Todo el mundo miró a la doctora Antin. Ella extendió las manos. —Lo siento. Todo lo que puedo hacer es mantenerle estable y esperar que él luche por salir de esta. Las neurotoxinas son tramposas. Los antídotos son potentes. Podría matarle.

—Entonces si supieras lo que le han dado, podrías salvarle —dijo Obi-Wan.

—Eso creo —dijo ella.

—Amie Antin es uno de los mayores expertos de la galaxia en neurotoxinas —dijo Wil. Obi-Wan oyó el orgullo en su voz y vio la manera en la que su mirada se suavizaba cuando la miraba—. Si ella no puede salvarlo, nadie puede.

—Y también puedo salvar a otros —dijo la doctora Antin—. Estos demonios usan cualquier cosa para obtener lo que quieren. Nuestras prisiones están atestadas de presos políticos.

Obi-Wan toqueteó el cilindro de códigos imperiales de su bolsillo. —Te conseguiré lo que necesitas —alzó la mirada hacia las diez caras preocupadas a su alrededor—. Todo lo que tengo que hacer es colarme en la guarnición imperial.

Hubo una pausa conmovida.

—Ah —dijo Rilla—. Ahora sé que eres amigo de Ferus.

CAPÍTULO OCHO

Ferus Olin siempre se había prometido a sí mismo tener unas vacaciones en el aire fresco de la montaña. Ahora aquí estaba. Una cabaña en la montaña, un cielo lleno de estrellas. Debería estar agradecido. Aprovechar el tiempo para respirar, descansar, fortalecerse. Sí, debería estar agradecido, de acuerdo. Si no estuviera a punto de volverse rematadamente loco.

Ferus estiró una pierna y después la otra. La herida casi estaba curada. El mareo cada vez que se ponía de pie había pasado. Cada día se sentía más fuerte. Dona le había traído medicinas, bacta y Polibiotico para su herida, así como hierbas y tónicos de su cultura montañera. Le había traído comida, demasiada comida. Ella cocinaba sopas, panes y asados, y siempre estaba tratando de tentarle. Había comido tanta sopa que sus globos oculares estaban flotando. Ella le había cuidado con gran paciencia y amabilidad, y él quería recompensarla saliendo de aquí tan rápido como pudiese.

Ferus gruñó suavemente cuando se levantó de su sofá-cama. Si permanecía mucho tiempo en una posición, su pierna se agarrotaba.

La habitación era auxiliar, con sólo una cómoda y un sitio en el que dormir. Estaba oscuro, a pesar de que era mediodía.

Dona había fabricado cortinas de tejido blindado y las había mantenido estrechamente cerradas.

Dona no creía en la ornamentación. Pasaba sus días en las montañas, reuniendo hierbas y cazando, o realizando el largo viaje bajando la montaña hasta el pueblo a por suministros. Ferus no podía ir, ni siquiera podía ayudarla a recoger leña para el fuego, porque salir al exterior podría significar la muerte. Ya llevaba una semana atrapado en esta diminuta cabaña de piedra.

Era como estar de nuevo en prisión, sin la tortura. Eso si no tenías en cuenta la charla constante de Dona.

Allí no les llegaban muchas noticias de Ussa. Estaban tan aislados que eso tardaba días, y la conexión de la HoloRed iba y venía. No había ninguna SombraRed de noticias reales, sólo la información controlada por los imperiales, así que no sabía lo que era cierto. Hasta donde sabía, Roan seguía en prisión. No le gustaba pensar en lo que le estaba pasando allí. Pero lo hacía. En todo momento.

Ferus pasó la mano sobre un sensor para abrir la pesada cortina. Se paró frente a la ventana que miraba hacia el valle. La abrió levemente para respirar el aire gélido. La nieve era profunda en pleno invierno, hoyada y salpicada de azul por la luz rebotada desde el cielo. Allí estaban sobre la línea de los árboles, rodeados de rocas y barrancos. Los nativos árboles pinir estaban más abajo, magníficos especímenes con troncos derechos extendiéndose cientos de metros en el aire, perforando el cielo con sus erizadas copas.

En la parte baja de la montaña había una pequeña colección de viviendas que apenas eran un pueblo. Solía ser una población minera en los viejos tiempos. Cuando el mineral se agotó, la gente se fue. Pero algunos se habían quedado, por alguna razón que Ferus no podía entender. Los inviernos eran duros, los veranos breves. El pueblo más cercano estaba a una hora.

Un poco demasiado aislamiento para su gusto. A él le gustaban las ciudades.

Qué divertido, meditó Ferus mirando al paisaje invernal. Como Jedi, realmente no había sabido lo que preferiría. Los Jedi no se preocupaban por las preferencias. Ellos eran enviados aquí o allí. Cogían una línea espacial o un carguero abarrotado. Comían buena comida o aguachirle. Nada de eso importaba. Lo único que importaba era la misión.

Le había llevado meses y meses como ciudadano privado descubrir que podía hacer elecciones. Que podía preferir una cosa sobre otra. La ciudad al campo. El color azul al color rojo. Cada tomaba miles de decisiones, y tenía que pensar en cada una de ellas. Al principio, había estado exhausto y furioso. Se había odiado a sí mismo por su vacilación; solía ser más decisivo. Había conocido a Roan una mañana en un café, cuando Roan había estallado en carcajadas por la larga consideración de Ferus sobre si quería un pastelito o un bollito. Roan había lanzado ambos a la bandeja de Ferus con tan agradable buen humor que habían desayunado juntos y hablado hasta el almuerzo.

El recuerdo de Roan estallando de risa hizo que el pecho de Ferus se estrechara. Después de dejar a los Jedi, se había sentido como si el suelo desapareciera bajo sus pies. Había vagado de planeta en planeta. Los Jedi le habían dado créditos suficientes, contactos y ayuda para empezar una nueva vida. Pero aquellas cosas prácticas no le habían ayudado con el desconcierto que sentía.

Fue Roan el que le había salvado. Roan el que le había enseñado lo que significaba tener un hogar. Cuando Ferus llegó con la idea del negocio, Roan había vendido todo lo que tenía para financiarlo. Se había hecho socios al igual que amigos.

Él y Roan había hecho un acuerdo tan pronto como prometieron luchar contra el Imperio: Si uno de ellos era capaz de escapar, no volvería a por el otro. Había prometido esto usando el método bellassano de agarrar los hombros del otro y mirarse a los ojos.

Ferus lo había prometido por su honor, y aun así sabía que rompería esa promesa en un latido tan pronto como fuera capaz. Cada día estaba más fuerte. Cada día que pasaba estaba más cerca de marcharse.

Escuchó el chirrido de la puerta a su espalda. Instintivamente su mano fue hacia el cinturón. Habían pasado años desde que dejó a los Jedi, y no podía deshacerse del hábito de alcanzar un sable láser que ya no estaba allí.

— ¿Qué estás haciendo? ¡No puedes pararte delante de la ventana! —Dona se movió hacia adelante rápidamente. Movié una mano gruesa y ancha sobre un sensor y la cortina blindada se cerró de golpe—. Ya te lo dije, los imperiales están enviando droides buscadores a todas partes. Finalmente los enviarán incluso aquí, o antes de eso. —Dona lanzó su trenza gris, que le llegaba por la cintura, por encima del hombro y fue de un lado a otro de la habitación, alisando una manta termal, moviendo una jarra de agua de aquí para allá, ajustando la inclinación de una pantalla de datos. Siempre estaba moviéndose, normalmente hablando, y volviéndole loco.

Sin embargo estaba encariñado con ella. Le debía su vida. Había llegado hasta aquí, herido, medio loco por el dolor y el agotamiento, y ella le había acogido sin hacer preguntas. Le había escondido y cuidado y moriría por él si tenía que hacerlo.

Ella había sido su primer cliente. Él y Roan había empezado el negocio, y a penas habían abierto sus puertas cuando ella había entrado. Había reunido pruebas contra su jefe durante tres meses, tan pronto como descubrió que estaba recortando gastos en una vacuna para niños que podía estar contaminada. Estaba lista para llevarlo ante las autoridades, pero sabía que no sólo la despediría sino que posiblemente podría ser el objetivo de un asesinato. Ferus y Roan habían pensado que estaba exagerando, pero la habían aceptado. Ella había estado en lo cierto. El gobierno de su planta natal, había estado involucrado en el

encubrimiento así como la corporación. Intentaron desacreditarla, después intentaron arrestarla, y finalmente, intentaron matarla.

Roan y Ferus la habían hecho desaparecer, encontrándole una nueva identidad, y ella había testificado contra ellos en una tribunal galáctico. Había derribado un gobierno así como una corporación, y seguía teniendo enemigos.

Dona era tan ingeniosa que Ferus no se atribuía el mérito de salvarle la vida. Había cogido la cabaña de la montaña que encontraron para ella y la había transformado en un fuerte. Había puesto trampas y había ideado sus propias técnicas de vigilancia. Él le había dicho que tendría que derrotarlos sin la ayuda de Olin/Lands. Pero no podía apartarla de su creencia de que él y Roan le habían salvado.

Escuchó el zumbido de su conversación como estática, entonces se giró. —...el problema con la galaxia ahora, es que no puedes confiar en nadie. Al menos antes, sabías en quién podías confiar y en quién no, al menos la mayor parte del tiempo. Yo debería ser la última en decir esto, por supuesto. Yo no confío en nadie. Pero ahora realmente no lo hago. Así que no te quedes delante de la ventana, eso es todo lo que pido. Ahora, ¿quieres algo? Acabo de hacer una olla de...

Más sopa no, pensó Ferus. —No, gracias, Dona —la interrumpió rápidamente—, yo...—Ferus encendió lo que él pensaba que era un interruptor de una lámpara fluorescente, y repentinamente, el suelo se abrió. Se deslizó hacia abajo por una rampa y aterrizó sobre el suelo de piedra, golpeándose la cabeza en el proceso.

Alzó la mirada hacia el resplandor. Dona miraba hacia abajo dentro del pasaje, mirándole con los ojos entrecerrados mientras él se frotaba la cabeza. — ¿Sopa? —preguntó ella.

Roan, no puedo esperar para contarte esto. Sigue con vida. Sigue con vida, para que podamos reírnos de nuevo, rogó Ferus en su cabeza mientras asentía.

CAPÍTULO NUEVE

Obi-Wan caminaba a través de las estrechas calles del área de alrededor del Lago Piedra Lunar, el lago más alejado en los suburbios de la ciudad. Comparado con el resto de Ussa, este era un distrito mugriento. Las calles eran estrechas y se retorcían unas con otras en desconcertantes patrones. Las casas se amontonaban juntas, y los peatones caminaban rápidamente, mirando hacia abajo. Obi-Wan estaba alerta ante movimientos en los oscuros callejones. Había obtenido un curso intensivo sobre cómo operaba el mercado negro de Wil y Rilla. Mantenía su mano izquierda libre y sujetaba una taza desechable con te humeante. No lo bebía, sólo lo sujetaba. Había muchos puestos de te en Ussa, y se obtenía fácilmente. Todo lo que uno tenía que hacer, le habían asegurado Wil y Rilla, era caminar por las calles del Distrito Piedra Lunar sujetando una taza en la mano izquierda. Tarde o temprano, alguien se le acercaría. Era un sistema que todo el mundo conocía, y por ahora, el Imperio no había sido capaz de descubrirlo. El mercado negro florecía en Ussa, algo que enfurecía a las fuerzas imperiales, le habían dicho a Obi-Wan.

—Ves —había dicho Wil—, ellos podrán tener nuestro gobierno, nuestra prensa y nuestras fábricas. Pero no pueden tener nuestra lealtad. Sus espías no funcionan aquí.

Rilla había asentido. —Por eso odian tanto a Ferus. Nadie le traicionará, ni por todos los créditos de Bellassa. Esto les da esperanza a otros planetas.

No le costó mucho a Obi-Wan hacer contacto. Una mujer joven, con el pelo metido en una gorra oscura, se acercó disimuladamente a él.

—¿Qué estás buscando?

—Ropas —dijo él.

Ella suspiró de decepción. —Tengo objetos tecnológicos... algunos datapads en funcionamiento, partes de un coche de las nubes...

—Hoy no, lo siento.

—Entonces gira a la izquierda en el siguiente callejón y silba.

Obi-Wan siguió sus indicaciones. El callejón estaba oscuro, a pesar de que aún no había caído la noche. Silbó suavemente.

Un momento después, hubo un sonido crujiente. Un trineo gravitacional zumbó hacia delante, con las ropas extendidas sobre él en un sin fin de colores y tejidos. Parecía como si ya hubiesen sido revueltas. Detrás de los mandos estaba Trever. Cuando vio a Obi-Wan, el chico sacudió la cabeza.

—Oh no. Tú no.

—Yo también me alegro de volver a verte —dijo Obi-Wan—. Pensaba que teníamos el acuerdo de que me esperarías.

—Me entran picores cerca de los soldados de asalto. Soy así de gracioso.

—Me debes créditos. Y mi túnica, espero que no la hayas vendido. Te pagué para que esperases.

Trever cambió el peso de un pie a otro. —Mira, no tengo los créditos, ¿vale? Ya los he gastado. Puedes coger alguna ropa. Sigo pensando que te verías mejor en seda Ramordiana. Creo que todavía tengo tu túnica por aquí... —Trever empezó a rebuscar entre las prendas de vestir. Dio con la túnica de Obi-Wan y se la lanzó—. Aquí tienes. Ahora estamos en paz, ¿de acuerdo?

—Todavía no. Quiero un uniforme imperial.

—Me dijiste que se los devolviera a Mariana, ¿recuerdas?

—Pero no lo hiciste. Podrían ser valiosos. Habrás guardado esos para ti.

Trever gruñó. —Sabía que hoy sería un día sin luna. Vamos.

Obi-Wan siguió el trineo por las pavimentadas piedras del callejón. Trever se abrió paso a través de una estropeada puerta de metal e hizo señas a Obi-Wan para que pasara. Trever dejó el trineo gravitacional en una pequeña entrada atestada con vehículos elevadores destrozados, la mayoría de ellos con objetos en diversas condiciones de deterioro.

No había ningún lugar a donde ir excepto a través de otra puerta maltrecha. Obi-Wan fue a abrirla, pero Trever dijo, —Espera. —pasó delante y movió su mano sobre un destrozado y mugriento sensor que Obi-Wan había asumido que estaba roto.

En los viejos tiempos, habría sabido mejor qué asumir. ¿Estaba perdiendo su percepción Jedi? Obi-Wan se corrigió a sí mismo. Tenía que tener el mismo enfoque que siempre tuvo. No podía dejar que los días de aislamiento, las semanas y los meses de sufrimiento embotaran sus habilidades.

La puerta hizo un clic, y Trever la empujó abriéndola. Dentro había una sala grande, ocupando todo el primer piso del almacén. Estaba repleta de contrabando. Obi-Wan se detuvo, maravillado. El material estaba dividido en montones separados. Hombres y mujeres cogían objetos de diversas pilas y los colocaban en carritos, o escondían pequeños objetos bajo sus túnicas, y salían de nuevo al exterior. Algunos parecían estar comprando, seguidos de cerca por los vendedores.

—¿Cómo vigilan sus propios objetos? —preguntó Obi-Wan.

—Honor entre ladrones. Vamos.

Guió a Obi-Wan a un rincón alejado. Un grupo de recipientes de duracero estaban pulcramente dispuestos en filas. Fue directamente hacia uno en la parte de atrás. Sacó un uniforme imperial de un oficial de bajo rango. Pero antes de dárselo a Obi-Wan, vaciló. —No me digas lo que vas a hacer con esto. Y este es el último favor que te hago.

—El último favor. Prometido —Obi-Wan cogió el uniforme.

—Y no te cambies aquí —le advirtió Trever—. Desatarías el pánico. Todo el mundo pensaría que estás aquí para arrestarles —vaciló un momento—. ¿Esto tiene que ver con Ferus?

—Pensaba que no querías saberlo.

—Bueno, si le encuentras, dile...

Obi-Wan esperó. Vio el esfuerzo en la cara del chico. Se preocupaba por Ferus.

—Dile que apesta como un bantha —dijo Trever rápidamente.

—Lo haré —le prometió Obi-Wan, y se dirigió hacia la puerta.

CAPÍTULO DIEZ

Una vez, hace mucho tiempo, Obi-Wan y Qui-Gon habían estado caminando bajo una tormenta torrencial. La lluvia parecía golpear a Obi-Wan con implacables capas de agua. Forcejeaba con cada paso, mientras delante de él la espalda ancha de su Maestro se movía hacia delante firmemente. Obi-Wan se había sobresaltado por el embate, se había quitado la lluvia de los ojos para poder ver, y había patinado en las resbaladizas piedras del camino que estaban siguiendo. Qui-Gon jamás se sobresaltaba.

Había forcejeado durante kilómetros, esperando que su Maestro no se diese cuenta de su dificultad. Cuando por fin se detuvieron para descansar, Obi-Wan se había apoyado contra la pared de la cueva que habían encontrado para resguardarse. Todo estaba mojado, su túnica y su capucha, su mochila, sus botas. Sentía como si hubiese estado llevando piedras en los bolsillos.

Todavía recordaba a Qui-Gon mirando la lluvia cayendo del metálico cielo. —Debes ser el dueño de la lluvia, Obi-Wan. Debe ser parte de ti, una extensión de ti. Si luchas contra ella, ganará. La aceptación es la clave de todas las dificultades.

Había tenido catorce años entonces. Había aprendido aquella lección, y como todas las lecciones de Qui-Gon, se había extendido a muchas cosas. Calor, viento, frío, había aprendido cómo aceptarlos, no a combatirlos.

Ahora, llevaba puesto el uniforme de un oficial imperial, y le pertenecía. Su cara estaba recién afeitada, su expresión impasible. Avanzó a grandes pasos por las calles, y no le importó que los Bellassanos se encogiesen cuando le veían, que se apartasen ante él como si fuese un viento tóxico. Desde el momento en que se lo puso, no se encogió por el contacto con su piel. No traicionaría, por una mirada o un gesto, que odiaba cada fibra, pues representaba todo contra lo que luchaba.

El cilindro de códigos imperial le permitió pasar la puerta principal de la guarnición sin problemas. Eso significaba que el dueño no había informado del robo. Aun así, tenía que trabajar rápido. Obi-Wan avanzó pasillo abajo. Sabía que los clones eran crueles y poco imaginativos. Los oficiales imperiales eran o brutos u oportunistas, o ambas cosas. Todos ellos se movían con la seguridad arrogante que da el poder absoluto. Todos ellos había sido parte de la traición del Emperador Palpatine a los Jedi... pero Obi-Wan tenía que bloquear eso para seguir adelante. No podía dejar que la rabia o la tristeza se apoderasen de él. Ni ahora, ni nunca.

Nadie le detuvo o le echó un segundo vistazo. La guarnición estaba ocupada, con tropas llenando los corredores y oficiales caminando enérgicamente, intentando no apresurarse. El Imperio había ampliado sus rangos, y notó que la mayoría de los seres no eran clones sino astutos oportunistas reclutados desde todos los rincones de la galaxia. Los soldados de asalto iban vestidos con la armadura antidisturbios, llevando bastones aturdidores y escudos blindados. ¿Se estaba preparando algo? Obi-Wan no estaba seguro, pero quería asegurarse de conseguir la información y marcharse antes de que ocurriese algo.

Siguió los signos en Aurabesh de UNIDAD de INTELIGENCIA/SEGURIDAD y encontró una oficina vacía. Obi-Wan cerró rápidamente la puerta, y usando el cilindro de códigos, accedió a la base de datos del ordenador. Introdujo el nombre ROAN LANDS.

Archivos de vigilancia se desplegaron. Obi-Wan había tenido suerte. El cilindro debía haber pertenecido a un comandante. Tenía acreditación de seguridad de alto nivel.

El descubrimiento de Inteligencia por pago operativo indica que Lands es un miembro fundador de los Once junto con Ferus Olin... considerado peligroso para los intereses del Imperio...

¿Pago operativo? ¿Un espía? Obi-Wan investigó, pero no pudo encontrar más referencias del operativo. Sólo una dirección a los ficheros de los Inquisidores. Cuando intentó acceder a ella, le denegaron el acceso. Su oficial no tenía acreditación tan alta.

Sujeto deja la oficina, se dirigió hacia el distrito Lago Piedra Azul. Sujeto perdido después de entrar en el gran mercado.

Sujeto sale de casa, se dirigió hacia el Parque Gree. Sujeto perdido entre los senderos forestales de excursionismo.

—Bien por tí, Roan —murmuró Obi-Wan. Roan Lands era obviamente bueno en despistar la vigilancia que sabía que estaba detrás de él.

El archivo era largo. Examinó el holograma rápidamente. Acababa con el arresto de Roan y Ferus. Se habían rendido ante todo un pelotón, en medio de la ciudad, y se habían entregado antes que poner en peligro a los civiles circundantes. Obi-Wan no pudo encontrar ninguna mención de los cargos. Pero por entonces, los imperiales no se preocupaban por lo que ellos consideraban mezquinos preceptos de la ley.

Ah, el registro médico. Obi-Wan bajó hasta una sección titulada TÉCNICAS de PERSUASIÓN. Su corazón se paró.

Roan había sido expuesto a muchas neurotoxinas. Había demostrado ser extraordinariamente fuerte. Obi-Wan se aprendió las drogas de memoria, concentrándose en las administradas durante los últimos días de Roan en prisión.

Podía escuchar más pisadas en los corredores y pudo captar el zumbido de energía en el exterior. Sintió que no le quedaba mucho tiempo, pero se le debía a los Once descubrir tanto como pudiera. Mientras pudiese seguir dentro de la base de datos, tenía que continuar mirando.

Salió del archivo de Roan y hojeó desde directivos hasta oficiales, la mayoría de ellos con la acreditación de seguridad de mayor nivel.

BARRIDOS de ARRESTO. Barrios alternantes Serán Determinados. Cualquier personaje sospechoso será recogido. Objetivos incluyen: periodistas, escritores, artistas, expertos en armas, antiguos oficiales del ejército y soldados...

El título de un directorio captó la atención de Obi-Wan.

ESCENARIOS PARA LA ELIMINACIÓN DE CUERPOS DESPUÉS DE LA ORDEN TREINTA Y SIETE.

Obi-Wan sintió un escalofrío. Accedió al archivo.

Es imperativo que los cuerpos no sean entregados a los miembros de la familia...Todas las comunicaciones de la HoloRed deben cortarse esa mañana y el silencio en las comunicaciones debe mantenerse durante el mes siguiente para que COMPNOR pueda controlar la información saliente... Ninguna historia será diseminada mientras puedan resultar en detrimento del control imperial de los sistemas circundantes... Prueba del documento de eliminación de cuerpos del Inquisidor Malorum pasará a LDV...

LDV... ¿Lord Darth Vader?

Cientos de cuerpos. Estaban planeando la eliminación de cientos de cuerpos. Obi-Wan investigó frenéticamente a través del documento, buscando pistas.

¿A quién cogerían? ¿Cuándo? No pudo encontrar ninguna información. Parecía que la orden ya se había dado...

Las tropas en los pasillos. La sensación de que algo estaba a punto de ocurrir...

De repente, Obi-Wan sintió una oleada de lado oscuro de la Fuerza.

Eso significaba que todo el poder de seguridad caería sobre su cabeza dentro de escasos segundos.

Apagó el ordenador. Obi-Wan mantuvo el cilindro en su mano y salió por la puerta. Una tropa de oficiales marchaba por ahí y se unió a ellos. Se perdió en un mar de uniformes. Mientras pasaban al lado de un contenedor de equipo, dejó caer el cilindro de códigos en su interior. Nadie debía saber que había estado allí. Nadie debía saber que había visto ese archivo. Sintió que Malorum estaba cerca.

Un ruido metálico llegó a través de los altavoces. Una voz anunció, —La Orden Treinta y Siete ha comenzado. Por favor diríjense a sus puestos. Repito: La Orden Treinta y Siete ha comenzado.

Los pasillos se llenaron de repente de soldados de asalto. Obi-Wan fue barrido hacia delante por la marea.

Salió de la guarnición. Permaneció con los soldados mientras marchaban a través de Los Comunes y se metían por las calles, separándose unas patrullas de otras para cubrir más terreno. Algunas personas se detuvieron para mirar mientras otras empezaban a apresurarse, intentando andar más deprisa que las botas atronadoras.

Un anciano bellasano se detuvo para observar a los soldados de asalto, con preocupación en el rostro. Para sobrecogimiento de Obi-Wan, un soldado le golpeó con un bastón aturridor. Cayó retorciéndose al suelo. El bastón estaba puesto en aturdimiento severo.

Obi-Wan fue hacia delante, pero sabía que no podía ayudarle. Una mujer se detuvo para intentarlo, y otro soldado de asalto la golpeó con el bastón. Cayó sobre el hombre paralizado.

Cercos de retención con motores de repulsión salieron de la guarnición, pilotados por más soldados. Uno tras otro rugieron por las calles. Mientras los soldados de asalto se movían, golpeando a cualquier peatón en su camino, los carros recogían los cuerpos. Los gritos llenaban el aire.

La rabia y la impotencia hicieron temblar a Obi-Wan. No había nada que pudiera hacer. Nunca se había sentido tan solo. Una vez él podría haber hecho algo, podría haber usado su posición como Jedi para interferir, para pedir refuerzos. Ahora sólo podía mirar.

Los llantos rodaban por las calles, desde los edificios, cuando familias enteras eran tomadas. Cualquiera que protestara era derribado.

Niños, ancianos, mujeres, hombres.

¿Eran esos los cuerpos de los que hablaba el archivo? ¿Realmente podía hacer esto el Imperio? ¿Podían asesinar a tantos sin ninguna razón? ¿O había una razón? Aplastar a Ferus y a cualquiera como él.

Obi-Wan se apresuró por las calles. Había trazado una ruta de escape de vuelta al refugio de los Once. Su uniforme le dio protección ante los soldados así como ante los peatones que se encontró. Aterrados, huían de él.

No podía esperar para quitárselo. Sentía como si le quemara la piel.

Después de encontrar sus ropas Jedi donde las había escondido, dio un rodeo hasta la parte trasera del refugio. La casa había sido escogida cuidadosamente pensando en la privacidad. No había ventanas, ni puertas mirando hacia la entrada trasera. Obi-Wan

introdujo el código que le habían dado y entró por la puerta. En un momento, Wil había abierto la puerta de la casa.

—Hemos oído las noticias. Arrestos en masa.

Obi-Wan respiró varias veces, tratando de recomponerse. —Están cogiendo a cualquiera que se cruza en su camino...

Wil le metió dentro y cerró la puerta. —Me alegro de verte a salvo.

Obi-Wan todavía sentía el ritmo de los pies marchando, veía las caras angustiadas, los todavía sacudidos cuerpos lanzados a los cercos de retención. —Deberíais preocuparos por vosotros —dijo.

Una sombra de profunda preocupación tiñó el rostro de Wil, y Obi-Wan se dio cuenta de que no era por él. — ¿Qué pasa?

—Hemos escuchado algo. Ferus corre más peligro del que pensábamos.

— ¿Qué?

—No han dado la información de que Roan ha escapado, para empezar. Quieren que Ferus crea que sigue retenido. Y nos han llamado varios clientes de Olin/Lands. Los soldados de asalto están visitándolos a todos, inspeccionando y en algunos casos destruyendo sus casas. Sólo podemos asumir que los imperiales tienen la lista secreta de clientes de Olin/Lands. No sabemos cómo. Si lo que sospechamos es cierto, si Ferus está escondido con uno de ellos...

—No les llevará mucho tiempo encontrarle —terminó Obi-Wan.

CAPÍTULO ONCE

Obi-Wan se apresuró a entrar en la habitación interior donde Amie Antin estaba sentada con Roan.

—Usaron una combinación de Loquasin y Titroxinato —dijo Obi-Wan. Le repitió los niveles a la doctora—. Después, el último día, le administraron Skirtopanol.

—No era una nueva droga. Era una nueva combinación —jadeó la doctora Antin—. Eso explica su estado actual. Pero esa combinación... deben estar locos.

—Están desesperados —dijo Obi-Wan.

—Esto me proporciona lo que necesitaba —dijo ella, yendo a por su kit médico—. Vosotros dos, id a descansar o algo. Os encontraré si se despierta. Necesito tranquilidad aquí.

Obi-Wan siguió a Wil pasillo abajo hasta la cocina. La casa estaba insonorizada, pero todos ellos sabían lo que estaba pasando en el exterior.

Wil apoyó la cabeza en sus manos durante un momento. —Salir allá afuera sería una locura. Quedarse dentro... me va a volver loco.

—No hay nada que podamos hacer —dijo Obi-Wan—. Sólo podemos esperar más momentos oportunos.

Wil alzó la cabeza. Sus ojos grises estaban desolados. —¿Por qué ahora? —preguntó suavemente—. No hay desordenes ni batallas. No entiendo los arrestos en masa.

—¿Está tu gente a salvo? —preguntó Obi-Wan.

—Todo el grupo central estaba aquí para una reunión. Y trasladamos a nuestras familias fuera de la ciudad hace mucho tiempo. También fui capaz de sacar al hijo de Amie. Está a salvo. Pero hay muchos otros, dispersos por toda la ciudad... No sabremos nada hasta después —se sentó en la mesa, con las manos agarrando el bláster—. No sé cuándo acabará todo esto.

Obi-Wan no sabía qué decir. No tenía respuestas. La galaxia estaba agarrada por una oscuridad que era vasta y completa. Los Sith habían triunfado.

—No creo que gobiernen para siempre —dijo finalmente.

Wil hizo un gesto hacia algo de comida, pero Obi-Wan negó con la cabeza. De alguna manera parecía mal estar cómodos en una cálida cocina, cuando en el exterior estaba teniendo lugar tanto horror.

—No. Y derrotarlos nos llevará más de lo posiblemente podamos imaginar —dijo Wil—. Más de lo que pensamos que estamos preparados para realizar. Y aun así espero seguir aquí para verlo.

Obi-Wan asintió silenciosamente. Pensó en los niños, Luke y Leia, creciendo en planetas separados. Esperaba verlos como adultos, comprometidos con la lucha. Ese pensamiento le alivió algo de la impotencia que había sentido antes, y también le hizo ser consciente de la necesidad de regresar pronto con Luke.

Amie Antin apareció en el umbral. —Está despierto.

Obi-Wan se levantó rápidamente. —Fue rápido.

—Es muy fuerte. Su mente está activa, pero su cuerpo necesita tiempo. Al menos una semana antes de que pueda ponerse en pie, creo. Las drogas eran potentes. Vamos. Puedo daros un minuto.

Obi-Wan y Wil la siguieron. Cuando entraron en la habitación, Roan estaba luchando por levantarse. —Ferus —dijo.

—No está aquí —dijo Wil—. Pero sabemos que está a salvo.

Amablemente, Amie empujó a Roan contra la almohada—. Estarás débil algún tiempo. Es mejor que te quedes tumbado.

Roan la obedeció. Su poderoso cuerpo debía de estar frágil, si el amable toque de Amie le enviaba de vuelta a la cama. La mirada que le lanzó a Obi-Wan desbordaba de la fuerza que su cuerpo no poseía. —¿Quién es este?

—Soy amigo de Ferus desde hace mucho tiempo —dijo Obi-Wan.

—Eres un Jedi —especuló Roan.

—He venido para ayudarlo, si puedo.

—No tengo nada que decirte.

Obi-Wan acercó una silla y se sentó. —Yo creo que sí —dijo—. Creo que sabes dónde está.

Roan se estiró con inquietud. —Me recuperaré pronto. Si necesita ayuda, yo puedo dársela.

—La doctora Antin cree que tardarás una semana.

—La doctora Antin se equivoca.

—Es una experta en neurotoxinas.

—Sin embargo no es experta en mí —la boca de Roan se ladeo, casi sonriendo abiertamente.

—Para que conste —interrumpió Amie—. Nunca me equivoco.

—¿Estas dispuesto a jugarle la vida de Ferus? —preguntó Obi-Wan.

—Roan, necesitamos saber dónde está —dijo Wil—. Tenemos razones para creer que los imperiales le están buscando en las casas de vuestros antiguos clientes. Tienen una lista.

—La lista no les servirá de nada —dijo Roan—. Él está a salvo donde está. Perdóname, Wil, pero Ferus y yo hicimos un juramento. Nadie debe saberlo. Ni siquiera los Once —su mirada se mantuvo fija, pero Obi-Wan vio como de repente el color abandonaba su cara, y cerró los ojos.

—Necesita descansar —dijo Amie.

Wil se dirigió de mala gana hacia la puerta. Obi-Wan se fue con él, pero se detuvo en la entrada. —Sólo necesito otro momento —les dijo en voz baja a Amie y a Wil.

—Sólo un momento —dijo Amie.

—Le conozco —dijo Wil—. No te dirá nada. ¿Puedes culparle? De algún modo los imperiales encontraron sus archivos. Podríamos tener un espía en la organización. Debemos investigarlo.

Tranquilamente, Wil y Amie dejaron la habitación.

—Creo que sé quien eres —dijo Roan, sin abrir los ojos—. Él no tenía secretos para mí. Eres el Maestro Jedi Obi-Wan Kenobi, miembro del Alto Consejo Jedi, antiguo miembro, quiero decir. Te describió perfectamente.

—¿Cómo lo hizo?

—Alto y testarudo. Y estirado.

—¿Estirado?

—Estirado —Roan se giró en la cama y abrió los ojos, con la mirada repentinamente penetrante—. Los Jedi fueron exterminados, y aun así tú estás vivo. ¿Por qué?

—Fui capaz de... evitar lo que ocurrió. —Roan no apartó la mirada. —Qué afortunado.

— ¿Qué intentas decir?

—He oído que algunos Jedi se convirtieron... se pasaron al lado oscuro. ¿Cómo sé que no lo hiciste?

—No lo sabes —dijo Obi-Wan—. Pero el Ferus que yo conocí tenía buenos instintos. Una vez, no le escuché, ya estoy más arrepentido de lo que puedas imaginar. El sabía, mejor que yo, cómo escuchar los instintos. Si le conoces bien, también sabrás eso.

Vio que Roan estaba vacilando. A pesar de las palabras de Roan, Obi-Wan vio que el joven hombre era consciente de que no sería capaz de dejar la cama por un tiempo.

—No se lo diré a los Once. No se lo diré a nadie. Debes confiar en mí —dijo Obi-Wan—. Ferus confió en mí una vez. Soy yo quien tiene que hacer esto. La lucha en este planeta podría ser el reflejada en miles de planetas. Ahora necesitamos hacer un movimiento decisivo, que muestre que el Imperio no puede destruir la voluntad de las personas.

—Ferus y yo teníamos un pacto...

— ¿Y crees que va a mantenerlo? Él cree que todavía sigues en prisión. ¿Crees que va a quedarse al margen?

Roan cerró los ojos de nuevo. —No —dijo suavemente—. No se quedará al margen.

—No puedo darte hechos. Debes tomar esta decisión basándote únicamente en tus sentimientos.

—Ahora sueñas como Ferus —Roan respiró profundamente, y miró al techo. Obi-Wan pudo ver la lucha en su cara—. Está en la región montañosa de Arno —dijo—. Te daré las coordenadas. Encuéntrale. Él no lo admitirá, pero estoy seguro que puede necesitar la ayuda.

Esperó hasta el anochecer. Durante el día, las calles eran demasiado peligrosas. Rilla le dio nuevos documentos de identidad y consiguió un caza para transportarle, algo que requirió que ella utilizase todos sus favores. Sería un hombre de negocios de Raed-7. Los Once no sabían dónde iba, pero le ayudarían a llegar hasta allí. Todos estuvieron de acuerdo que hasta que supiesen si les habían infiltrado, era mejor mantener la información a salvo.

—Todavía hacemos muchos negocios con Raed-7 —le explicó ella—. Están construyendo una red de tuberías fuera de la ciudad. Te preguntarán, pero tus papeles están en regla. Si piensan que no tienes ninguna razón para estar aquí, podrían detenerte en el espaciopuerto.

—Esta es la mejor manera de salir de Ussa —estuvo de acuerdo Wil—. Estoy seguro que después de hoy, los extranjeros querrán dejar la ciudad. Habrá otros allí para cubrirte.

Obi-Wan deslizó los papeles dentro de su túnica de viaje.

—Buen viaje —dijo Rilla.

—Dile a Ferus que no regrese —dijo Wil—. Si está a salvo, entonces deja que siga a salvo. Dile que le mandaremos a Roan camuflado. No necesita volver. Debe saber que Roan está a salvo.

—Le encontraré —prometió Obi-Wan.

Caminó hasta el espaciopuerto. Las calles estaban oscuras; la luna estaba cubierta con nubes. Había luces dentro de los edificios, pero eran débiles, como si los bellassanos del interior tuvieran miedo de mostrar demasiadas evidencias de su presencia.

Ocasionalmente escuchaba alguna patrulla y se fundía en los portales o callejones.

Cuando llegó al espaciopuerto, Obi-Wan se quedó sorprendido al ver la agitación. Seres presionando hacia el punto de control, muchos con bultos y equipajes.

Un oficial imperial con expresión maliciosa caminó hacia el frente. —Todos los bellassanos deben volver a sus hogares. A ningún bellassano se le permitirá abandonar el planeta. Ussa está clausurada. Los extranjeros pueden aproximarse al punto de control.

— ¡Pero mi mujer está en el sistema Anturus!

— ¡Yo tengo papeles de salida del gobierno imperial de Coruscant!

Los gritos hicieron erupción desde la multitud.

El oficial y sus soldados sacaron sus rifles láser y apuntaron directamente a la multitud. — ¡Volved a vuestros hogares!

Obi-Wan vio a una mujer temblando a su lado. Un hombre puso su mano sobre el hombro de su joven hijo. Lentamente, los residentes empezaron a retirarse, colgándose al hombro el equipaje y reuniendo a sus niños.

No podía imaginar por qué pensaban que podrían salir. Pero estaban desesperados y deseosos de intentar cualquier cosa.

Obi-Wan vio un escuadrón de hombres vestidos con ropas oscuras de viaje apartándose de los pocos seres restantes en el punto de control. Supo inmediatamente que eran espías imperiales, vestidos para mezclarse. Los bellassanos se dirigieron hacia la salida sin darse cuenta mientras los hombres se deslizaban entre ellos. Les seguirían hasta sus casas. Conseguirían sus nombres. Los bellassanos que habían intentado salir irían a una lista, una lista que les señalaría ahora como posibles amenazas al Imperio.

— ¡Tu, el de ahí! —el oficial le señaló.

Obi-Wan avanzó, tendiendo sus documentos de identidad. El oficial sacudió la cabeza, señalando el punto de control. Obi-Wan entregó sus documentos.

Respiró lisamente mientras el oficial los examinaba. Tenía que confiar en Rilla y en Wil. Había pasado algún tiempo desde que había confiado en alguien que no fuera el mismo.

—Tiene el Explorador DP-X —dijo el oficial—. Bonito transporte para un empresario.

—Lo obtuve en la venta del espaciopuerto de Raed-7 después del fin de las Guerras Clon —replicó Obi-Wan, adoptando una voz cordial—. Qué trato tan dulce. Montones de bellezas a la venta por aquél entonces. Los pilotos están muertos, malo para ellos, ¡bueno para mí!

—Bien —dijo el oficial inexpresivamente—. Puede proceder.

Obi-Wan se marchó, metiendo sus documentos de identidad de nuevo en su cinturón. Sólo había dado unos pocos pasos antes de escuchar que decían su nombre.

— ¡Ronar Hanare!

Se detuvo y se giró. Podría haber sido un truco; no estaba seguro. A veces los sujetos podían pasar un punto de control con falsos documentos de identidad, entonces olvidaban sus nombres falsos por el alivio de haber pasado. El oficial diría el nombre para ver cuán rápido reaccionarían... o no.

—Tiene que dejar un plan de vuelo antes de marcharse —dijo el oficial. Su mirada era cautelosa. ¿Sospecharía algo?

—Entendido —dijo Obi-Wan.

Dejó escapar una lenta respiración mientras caminaba hacia su crucero, una nave de recreo que había sido adaptada con capacidad para el espacio profundo. Examinó sus alrededores sin que pareciese que miraba, una técnica Jedi. Nada parecía fuera de lugar.

No sintió ninguna perturbación en la Fuerza, advirtiéndole. Otro hombre solitario, grande y de apariencia prospera, estaba conferenciando con su piloto. Sin duda era otro empresario, ansioso por escapar del turbulento planeta. Una figura más baja en un traje oscuro de vuelo, de espaldas a Obi-Wan, estaba realizando rápidamente una comprobación de los motores en un crucero gris. Obi-Wan la reconoció como una nave clase Firespray, un raro modelo que parecía haber sido hecho a medida.

Obi-Wan subió a su transporte. Tecleó rápidamente un plan de vuelo hasta Raed-7 y lo envió al sistema de control. Cuando la aprobación para el despegue se iluminó, no perdió el tiempo, y salió disparado hacia la atmósfera del planeta.

Siguió el plan de vuelo hasta el espacio. Haría una órbita del planeta y entonces regresaría a la atmósfera para dirigirse a las coordenadas de Arno.

Bajó la mirada hacia la pantalla rastreadora. Una nave había despegado detrás de él. Iba en su dirección, pero quedándose atrás, acechando. Raro. Tenía una identidad camuflada. Se giró, intentando tener contacto visual a través de la cabina.

Era la nave de ataque Firespray. Alguien le estaba siguiendo, alguien, se dio cuenta de repente, con una conexión con su pasado.

CAPÍTULO DOCE

Según su plan de vuelo, Obi-Wan tenía programado saltar al hiperespacio. Decidió desviarse ligeramente de ese plan, y ver lo que pasaba.

Permaneció en el espacio real, trazando una órbita perezosa alrededor de Bellassa. Cuando llegó el momento saltar al hiperespacio, mantuvo velocidad de crucero.

La nave Firespray aumentó la velocidad. Obi-Wan siguió su ejemplo.

El piloto debía haber modificado el motor al igual que el casco de la nave.

Obi-Wan aumentó su velocidad al máximo. Pasó rugiendo a través del cielo, y la otra nave seguía acercándose. Pronto estaría dentro de su campo de tiro. Pero seguramente no le dispararía...

Una explosión sacudió la nave. Los controles se retorcieron entre sus manos y estuvo a punto de caerse de su asiento. La Firespray obviamente también había modificado sus sistemas de armamento. Mortíferos. Un torpedo de protones acababa de detonar al lado de la nave.

Obi-Wan lanzó su nave en maniobras evasivas mientras los cañones láser enviaban andanadas de fuego mortífero hacia la nave. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había hecho esto, aunque no había olvidado nada, la sensación de los controles, el conocimiento de hasta dónde podía forzar la nave, la sensación en su estómago si un picado era demasiado pronunciado.

La Firespray continuó disparándole. No eran disparos de advertencia. Quien quiera que fuera el piloto, quería derribar a Obi-Wan.

Obi-Wan forzó la nave a través de más giros en espiral y picados, pero sabía que sólo era cuestión de tiempo antes de que la Firespray acertara un disparo.

Si Anakin estuviera aquí, estaría pilotando. Este era la clase de desafío con el que disfrutaba.

El pensamiento había surgido espontáneamente. Parecía no poder detener tales pensamientos. Todavía tenía el hábito de pensar en su aprendiz, su amigo, Anakin. No en quien se había convertido.

No quería recordar. Le producía demasiado dolor.

Con un rápido vistazo al ordenador de navegación, vio que estaba cerca de la remota cordillera de Arno. No quería conducir a su perseguidor hasta allí, pero si tenía éxito no sabrían que había aterrizado. Ahora forzó los motores ese poquito extra que sabía que podrían aguantar, hasta que estuvo momentáneamente fuera del alcance de su perseguidor. Entonces, hizo un picado hacia la superficie. Si su perseguidor le tenía en su ordenador de seguimiento, meramente pensaría que Obi-Wan estaba intentando perderle en las montañas, donde los sensores tendrían problemas fijando el blanco en él.

Sólo tenía unos pocos segundos antes de que la Firespray le siguiera la pista visualmente. Obi-Wan se ciñó a la ladera de la montaña, moviéndose rápidamente hacia arriba, hacia abajo y entrando en el valle, pasando tan cerca que casi pudo contar los cristales de nieve de los picos. La pendiente se inclinaba y los profundos valles creaban corrientes de aire que azotaban la nave.

El hielo había buscado las profundas grietas de las rocas y brillaba azul por debajo de él. Aparecieron puentes gigantescos hechos de hielo, y pasó zumbando a través de ellos.

Mantuvo su velocidad, pero eso hacía que la nave fuese difícil de manejar. Mantuvo sus ojos en la superficie de la nieve debajo de él.

Al final descubrió lo que estaba buscando, lo que muy probablemente era una pradera en verano, ahora era un vasto campo de nieve. Cómo de profundo, no estaba seguro, estaba obteniendo una variedad de lecturas, lo que significaba que se habían formado depósitos. En algunos lugares la nieve tenía cincuenta metros de profundidad. Miró cuidadosamente la superficie. No podía ver ninguna capa de hielo, lo que significaba que no dejaría evidencia de su aterrizaje. Aun así, la nieve tenía que estar lo suficientemente compacta para que la nave se posase sin hundirse demasiado. Eso esperaba.

Conteniendo el aliento, Obi-Wan apuntó la nave directamente hacia abajo a toda velocidad y después cortó la energía. La nave navegó con lo que parecía gran gentileza hacia la cama de nieve.

Entonces chocó. La cabeza de Obi-Wan se sacudió hacia atrás por el impacto. El sonido también parecía haber quedado absorbido dentro de la nieve. Escuchó la nieve de encima caer con un susurro sobre la parte de arriba de la cabina. La blancura le rodeó.

La nave enterrada, la nieve cayendo, cayendo a todo su alrededor. Era como ser enterrado vivo. La nave se enterró unos pocos metros más, y entonces se detuvo.

Estaba oscuro, pero la luz tenía una curiosa cualidad, levemente luminosa a pesar de la penumbra. Vio su aliento empañando el aire. Esperó. Tendría que usar sus sentidos, no sus instrumentos.

Llamó a la Fuerza. Su conciencia se movió hacia arriba, a través de las moléculas de nieve, a través de los espacios entre las moléculas, arriba hacia el tenue aire superior. Podía oírlo o sentirlo —no estaba seguro, pero sabía que la Firespray estaba ahí, buscándole, volando adelante y atrás sobre las montañas, descendiendo hacia las praderas de nieve y elevándose de nuevo, zumbando como un insecto frustrado.

Después de un momento sintió el vacío de su marcha. La Fuerza se alisó. Estaba solo.

Obi-Wan miró fuera de la cabina. No sería capaz de despegar desde aquí. Incluso esta nave, poderosa como era, no sería capaz de abrirse paso por la nieve. Tendría que arrastrarse. Activó el control de la carlinga. Forcejeó contra la nieve pero no se elevó. Respiró profundamente y soltó el aire. No se permitiría considerar la posibilidad de que estaba atrapado.

Se puso su capa térmica y se ató su mochila de supervivencia. Entonces sacó su sable láser e hizo un agujero en la carlinga. La nieve entró en el interior, pero fue capaz de salir arrastrarse hacia afuera. Su aterrizaje había creado una pequeña burbuja, suficiente para respirar. Metió una mano en la nieve e intentó asirse. No le aguantaría.

Intentó recordar lo que había encima. Sacó el cable de ascensión de su cinturón de utilidades. Tenía función retráctil, así que podía disparar un filamento hacia arriba, pero el extremo de agarre tenía que engancharse a algo. Despejó un espacio por encima con su sable láser, entonces disparó el cable hacia arriba en un ángulo, intentando precisar el lugar donde recordaba haber visto un pequeño grupo de rocas.

El cable falló, y se retrajo en la pistola de ascensión. Lo intentó de nuevo. La función retráctil trajo de vuelta el cable.

Una y otra vez Obi-Wan disparó el cable hacia el aire. La nieve estaba empezando a derretirse debido a su calor corporal y al mortecino calor de la nave. Pedazos de nieve se desprendieron encima de él. Si seguía así, provocaría una avalancha sobre él, pequeña, pero suficiente para enterrarle definitivamente.

Disparó de nuevo. Esta vez, se sujetó. Lo comprobó. Tenía que funcionar. Activo el mecanismo, y el cable se recogió, sacándole a través de la nieve. La tenía en el pelo, en los ojos y en la boca, pero no paró de moverse.

Atravesó la superficie y saludó al cielo gris. Obi-Wan yació tendido en la nieve. Apretó el mecanismo y el filamento se retrajo. Volvió a meter el cable de ascensión en su cinturón. Entonces se levantó lentamente, contemplando sobrecogido las vastas montañas por encima y por debajo de él.

Se sacudió la nieve de la túnica y empezó a caminar.

La noche estaba cayendo el segundo día mientras escalaba el último risco hacia las coordenadas que Roan le había dado. Había tomado la ruta más directa, lo que significaba que la mayor parte del tiempo avanzaba verticalmente, subiendo por las caras de los riscos y escalando enormes peñascos. Estaba exhausto y helado. Su capa térmica estaba tesa por el hielo. Se habían formado cristales de hielo en su creciente barba y en sus pestañas. Pero estaba decidido a terminar su viaje esa noche.

Por fin la vio, una pequeña cabaña de piedra blanca fundiéndose con la nieve. Aliviado, caminó hacia ella.

Una voz llegó desde su espalda. Era femenina y concisa.

—Tienes un rifle láser apuntando a tu espalda. No te muevas.

—Soy un amigo.

—Yo no tengo amigos.

—Me envía Roan.

—Nunca he oído hablar de él.

Escuchó el inconfundible sonido de un rifle láser al colocarlo contra el hombro. Su mano fue hacia su sable láser. La puerta de la cabaña se abrió.

—Dona, no dispaes —dijo Ferus después de una larga pausa—. Me temo que mi amigo se lo tomaría de manera muy personal si lo hicieras.

CAPÍTULO TRECE

Obi-Wan caminó hacia delante. La visión de Ferus le golpeó como algo ligeramente irreal.

—Pensé que estabas muerto —dijo Ferus.

—Tal vez lo estaba —respondido Obi-Wan.

Para sorpresa de Obi-Wan, Ferus fue hacia él y le abrazó. Ferus, que siempre había sido tan correcto. Había pasado tanto tiempo desde que Obi-Wan había sentido una emoción como esta que temió quedar abrumado. Tragó saliva y abrazó a Ferus a su vez. La oleada de sensaciones era como agua fresca bajando por una garganta deshidratada. Ferus estaba vivo, y eso quería decir que el pasado no había muerto. No completamente.

Ferus dio un paso atrás y sonrió abiertamente. —Y yo que pensaba que era inmune a las sorpresas —se giró hacia Dona—. Entonces, ¿qué dices? ¿Crees que deberíamos invitarle a entrar? Tú eres la jefa.

La mujer no sonrió, pero Obi-Wan pudo ver que disfrutaba con el buen humor de Ferus. —Parece que podría usar un descongelante —dijo ella—. Pero no dejes charcos en mi suelo.

—Te diré una cosa —le dijo Ferus por lo bajo a Obi-Wan—. Sé que habrá sopa.

Ferus le metió al calor de la casa. Ahora que estaban a la luz, Obi-Wan pudo ver los cambios en él. Estaba más delgado, más musculoso. Su cara había madurado; sus rasgos estaban más marcados. Todavía estaba en el inicio de los veinte, pero el ancho mechón dorado de su oscuro cabello se había vuelto plateado. Daba la impresión de ser un hombre que había pasado por cosas sobre las que no querría hablar.

Pero también había holgura en él, lo que era nuevo. Incluso su forma de andar era diferente. Una vez, Ferus se había movido con la rígida seguridad que se consigue con una mente disciplinada. Ahora enganchó una silla con su pie y la arrastró frente al fuego y le hizo un gesto a Obi-Wan para que se sentara. El viejo Ferus nunca habría hecho algo tan casual, y tan... grácil. Y Obi-Wan nunca antes había escuchado bromear a Ferus. Había cambiado en maneras que Obi-Wan todavía no había descubierto.

—Me estas mirando fijamente —dijo Ferus.

—Lo siento, es que pareces tan diferente.

—Tu también. Has encanecido completamente. Pareces más viejo. De hecho, no pareces estar nada bien.

—Gracias.

Tan pronto como Dona se deshizo de las cosas mojadas de Obi-Wan, y estuvo sentado en frente del cálido fuego, Ferus dejó que surgiera su ansiedad.

—Dijiste que te envía Roan —dijo Ferus.

—Él está bien —dijo Obi-Wan—. Fue sacado a escondidas de la clínica médica y llevado con los Once. Le... dieron algunas neurotoxinas mientras estaba en prisión.

Ferus asintió torvamente.

—Pero fuimos capaces de descubrir cuales eran, y ahora ya está despierto. Haciéndose más fuerte a cada minuto. Me pidió que te dijera que no regreses a Ussa. Hubo arrestos en masa el día que me marché. No es seguro estar allí.

Ferus suspiró y se hundió en una silla en frente de Obi-Wan. —Odio el Imperio. Y odio este exilio.

—No puedes quedarte aquí —dijo Obi-Wan—. Los imperiales están comprobando vuestra lista de clientes. Roan piensa que estás a salvo, pero no estoy seguro...

—Dona no está en la lista de nuestros archivos del ordenador.

—Me siguieron desde Ussa. No sé por qué o por quién. No sé si tiene algo que ver contigo, pero no podemos arriesgarnos.

Ferus asintió, frunciendo el ceño. —¿Dónde está tu transporte?

—Enterrado bajo un banco de nieve.

—Dona tiene herramientas, podemos sacarlo. Tienes razón, debería marcharme. Los acontecimientos han cambiado las cosas. Tendré que ponerme de nuevo en contacto con los Once. Tendremos que esperar un poco más para tener nuestra oportunidad, pero deberíamos estar haciendo planes.

Obi-Wan tendió una mano hacia el tazón que le trajo Dona. Sus dedos helados se cerraron alrededor del calor. También había olvidado esto, cómo se sentía el calor y la seguridad después de un viaje imposible. —Francamente, ¿qué esperas conseguir?

—Espero derrocar al Imperio, planeta a planeta —respondió Ferus—. Nada menos que eso.

Mientras Ferus se recostaba en la silla, Obi-Wan pudo ver que todavía estaba sufriendo.

—No es nada —dijo Ferus, viendo que Obi-Wan le miraba la pierna—. Me hirieron al escapar. Me acertó un poco de fuego láser. Dona ha estado tratándolo, y está casi curado.

—Siento algo que me sorprende —dijo Obi-Wan lentamente—. No esperaba que la vida fuera de la Orden Jedi te gustase.

—Yo habría dicho lo mismo —dijo Ferus riendo—. Pero me adapté. Siri solía decirme siempre que debía aceptar los cambios. Dales la bienvenida, decía ella, los cambios son lo que mantiene a la galaxia girando. Es lo que la hace hermosa —Ferus miró al fuego—. Me enteré de su muerte, antes que todas las otras. Lo siento, Obi-Wan.

—Hubo muchas muertes —dijo Obi-Wan. Ferus no lo sabía, pero Obi-Wan echaba de menos a Siri constante e intensamente, incluso aún.

—Lo siento, tengo que preguntar, Obi-Wan, Anakin. ¿Tampoco sobrevivió?

Obi-Wan no podía decírselo. Le diría una versión de la verdad. —No sobrevivió, el Anakin que ambos habían conocido está muerto. Fue capturado por el Imperio.

Ferus asintió, con el dolor en su mirada, aún cuando él y Anakin habían sido rivales más que amigos. —Había pensado que dejar a los Jedi sería el acontecimiento más terrible de mi vida —dijo—. Resultó haber salvado mi vida. No estaba entre los que atraparon en el Templo, o en otro planeta. No me cazaron. Pero escuchar todo eso... fue difícil de soportar. Traición. Y ver la galaxia en el puño del Emperador, eso es algo que me devora. ¿Qué podríamos haber hecho, qué podríamos haber visto?

—No miramos atrás. Vivimos cada momento.

Ferus estiró las piernas. —Ah sí, eso dicen los Jedi. ¿Y dónde has estado este último año?

—Aquí y allí —dijo Obi-Wan. Confiaba en Ferus, pero no le hablaría de Luke y Leia. Cuanto más se contaba un secreto, menos secreto se volvía.

—Ah, no preguntaré —dijo Ferus—. Simplemente me alegro de verte. ¿Sabes si sobrevivió algún otro Jedi?

Obi-Wan vaciló. El hecho de que Yoda todavía estuviera vivo era otro secreto. —Sólo sé de uno con seguridad, al cual no puedo mencionar —dijo—. Podría haber algunos que han pasado a la clandestinidad. No hay forma de saberlo. Había una baliza llamando a los

Jedi de vuelta al Templo, para ser masacrados. Conseguimos reemplazarla con una señal diciendo que se alejaran, pero en ese momento, podría haber sido demasiado tarde. Podría no quedar ningún otro.

Ferus se inclinó hacia delante, con los antebrazos en sus rodillas y la manos entrelazadas. —Me cuesta creerlo. Tiene que haber una forma de encontrarlos. Los Jedi eran demasiado poderosos para ser completamente exterminados. Tiene que haber otros que sobrevivieran, igual que hiciste tu. Pienso en esa cuestión. Me obsesiona.

Obi-Wan sacudió la cabeza. —Lo siento Ferus. Es imposible de creer, pero debes creerlo. Los Jedi se han ido.

La luz del fuego brillo en la oscura mirada de Ferus, tiñéndola de naranja. —Nunca lo creeré —dijo—. Y ahora que estás aquí, podemos hacer algo al respecto.

Obi-Wan ya estaba sacudiendo la cabeza. —Tengo que cumplir mi propia tarea. Te ayudaré ahora, pero después debo marcharme y no regresar jamás.

—No puedes hablar en serio.

—Así es.

—Pero hay tanto por lo que luchar.

—Mis días de luchar se han acabado, por ahora.

—¿Qué puede ser más importante?

Obi-Wan no respondió.

—No me gusta tener que cuestionar a un Maestro Jedi —dijo Ferus—. Los viejos hábitos son difíciles de quitar. Pero ¿estás tomándome el pelo? ¿Preferirías esconderte antes que luchar?

Las palabras y la forma aturdieron a Obi-Wan. Guardó silencio a modo de desaprobación.

—Ahora no me vengas con la corrección Jedi —dijo Ferus—. Puedo verlo en tu cara. No soy tu aprendiz, Obi-Wan. Mereces mi respeto, por supuesto. Pero he aprendido a hablar francamente. Esta es una nueva realidad, una nueva galaxia.

—Luchamos y morimos en la nueva galaxia —dijo Obi-Wan, sintiendo un pinchazo de irritación.

—Lo sé —dijo Ferus—. Lo que quiero decir es que la galaxia ha cambiado. Elegir el exilio en lugar del enfrentamiento nos condena a todos a la dominación y a la desesperación.

—Ferus, no soy uno de los Once —dijo Obi-Wan—. Soy un viejo amigo. No he venido aquí para ser reclutado.

—¿Entonces cuál es tu respuesta al Imperio?

Obi-Wan miró hacia el fuego. Podía sentir la palabra en sus labios, pero no quería decirla. Sabría que haría que Ferus se pusiera furioso. —Esperar.

—¿Esperar?

Ferus parecía como si quisiera saltar de la silla y estrangular a Obi-Wan. Obi-Wan le sostuvo la mirada firmemente. Puede que la galaxia fuera diferente, pero él todavía sabía como doblegar a un aprendiz turbulento.

Ferus sonrió de repente y se recostó en su asiento. Dona se había colocado a su lado. —Recuerdo cuando esa mirada solía asustarme. Casi me asusta ahora. Casi, Obi-Wan.

Ferus habló tan amablemente que Obi-Wan sintió desaparecer su irritación. Por supuesto Ferus no entendería su decisión.

Obi-Wan sorbió su sopa. —Hay algo más que debo decirte —dijo—. Hay un oficial de seguridad imperial, un Inquisidor llamado Malorum...

—Sí, le he conocido —dijo Ferus—. Estaba allí durante los interrogatorios, aunque no hablaba.

—Tiene una conexión con la Fuerza.

Ferus asintió lentamente. —Lo sospechaba... no estaba seguro. Ha pasado mucho tiempo desde que use la Fuerza. Todavía es parte de mí, pero no accedo a ella.

—¿Sabes algo sobre él?

—Sé que se distingue a si mismo con el más alto nivel —dijo Ferus—. Se dice que es la mascota especial de Lord Vader. Puede escoger sus propias tareas.

—Está muy interesado en capturarte, eso lo sé —dijo Obi-Wan.

—Bueno, va estar desilusionado —dijo Ferus—. No tengo intención de volver a visitar una celda de la prisión imperial —cogió su cuchara—. Ahora, sugiero que hagamos lo que hacen los Jedi...

Obi-Wan sonrió. —Cuando la comida llega, come.

Obi-Wan pensaba que tendría problemas para dormir, pero el descanso que su cuerpo deseaba le alcanzó. Envuelto en las mantas que aparecieron en la mano de Dona, se quedó dormido al calor del fuego.

Por la mañana, Obi-Wan tuvo una visión momentánea a través de la ventana de un imposible amplio cielo azul, con las montañas cubiertas de blanco a lo lejos.

—A Dona no le gusta que abra las cortinas de tejido blindado, pero aquí no pueden vernos desde la ladera de la montaña —dijo Ferus, una vez que Obi-Wan se hubo levantado—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —dijo Obi-Wan. Le pareció que era extraño estar teniendo una conversación tan corriente, de invitado a anfitrión, bajo esas circunstancias. Parecía tan normal, cuando la situación era cualquier cosa menos normal. Obi-Wan todavía no estaba acostumbrado a la nueva posición en la que se encontraba. Ferus ya no era un Pádawan. Cada norma que les había unido había desaparecido.

Dona entró rápidamente a la cocina, cerrando su túnica matinal hasta el cuello. —Hay noticias —dijo—. Conseguí acceder a la HoloRed.

Ferus bufó. —No podemos creer nada que oigamos ahí. Está controlada por el Imperio.

—Me temo que esto es demasiado cierto —dijo Dona—. Los arrestos en masa de Ussa... el Imperio ha emitido un ultimátum. Si la ciudad no entrega a Ferus Olin en veinticuatro horas, todo el mundo apresado durante los arrestos en masa será ejecutado. La orden se dio hace seis horas.

El color abandonó la cara de Ferus. Su cuerpo se puso rígido.

—Así que para eso lo hicieron —dijo Obi-Wan—. Arrestaron a tantos para poder capturar a uno solo.

—Tengo que volver —dijo Ferus—. Tengo que entregarme.

CAPÍTULO CATORCE

No tenía elección. Si no lo hacía, moriría gente inocente. Incluso mientras se levantaba de la mesa, Ferus empezó a calcular frenéticamente cuánto tiempo tardaría en llegar a Ussa. Dona no tenía un transporte capaz de llegar tan lejos, pero tenía un amigo en el pueblo...

—Espera —dijo Obi-Wan, poniendo una mano sobre su brazo.

Toda la furia que Ferus sentía hacia el Imperio se canalizó hacia el hombre parado delante de él, bloqueando su camino.

—¿Eso es todo lo que puedes hacer? ¿Esperar? ¡Tengo que marcharme ya! —Ferus no podía creer que Obi-Wan fuera el mismo Jedi que conoció una vez. Recordaba a Obi-Wan como alguien precavido, pero esto era ridículo.

—Sólo digo que deberías considerar cómo regresar —empezó Obi-Wan—. Podría haber una manera de...

Una alarma suave sonó de repente en el panel de datos de la cocina de Dona. —Infiltración —dijo ella—. Alguien en el espacio aéreo. Dejadme examinar...

Una explosión envió una lluvia de escombros sobre ellos mientras una pared de aire los lanzó volando. Ferus botó hacia atrás como si fuera a cámara lenta, cabalgando encima de un cojín de aire. Aterrizó duramente en el suelo de la cocina, golpeándose la cabeza en el mostrador de su espalda. Vio la mesa volando hacia él, y supo con la fría certeza de lo que puedo captar en menos de un segundo, que le caería sobre la pierna herida. Intentó alcanzar la Fuerza, pero fue un gesto ciego e instintivo, sin ningún poder detrás. Podía sentir la Fuerza, pero no acceder a ella.

Para su sorpresa, la mesa flotó por la habitación. Vio que Obi-Wan le había dado un empujón de Fuerza aun cuando él mismo caía al suelo. Calló dentro del pequeño cráter donde una vez había estado una alfombra hecha a mano.

Sobre su cabeza podía ver el cielo azul. El ataque había abierto un agujero en el tejado reforzado.

Obi-Wan ya estaba en movimiento, mirando a través de la ventana mientras Dona movía una mano frenética sobre el sensor de las cortinas blindadas.

—Es la Firespray que me siguió desde Ussa.

Ferus cogió la mano de Dona amablemente. —Es demasiado tarde —dijo—. No creo que las cortinas vayan a detener esto.

Ella alzó la mirada al espacio donde había estado la mayor parte del tejado. —Por supuesto.

—¿Tienes algún transporte? —le preguntó Obi-Wan. —Nada que pueda correr más que eso —dijo Dona.

—Y no tendríamos cobertura si corremos —dijo Obi-Wan.

—No tenemos que correr —dijo Dona—. La casa puede resistir el ataque durante un tiempo, pero será mejor que no nos quedemos. Por aquí.

Fue entonces cuando la puerta se abrió con una explosión que les envió de cabeza a refugiarse.

Detrás de una silla volcada, Ferus miró fijamente hacia la puerta. Una criatura bloqueaba la luz del exterior. Era un cíborg, con el cuerpo cubierto por una armadura. Pero

había un cañón láser donde debería haber estado la cabeza. Le apuntó a él directamente. Vio la luz roja parpadeando.

Así que había dos. Uno en el aire, otro en el suelo. Estas definitivamente no eran buenas noticias.

Obi-Wan era un borrón en movimiento, su sable láser era un brillo mortal. Rodó hacia delante, apuntando a la cabeza de la criatura. El ser había retrocedido, arruinando su puntería. El cañón láser disparó, pero no acertó a Ferus y el disparo fue a parar a la fregadera de la cocina.

El agua salió disparada por los aires, y brotaron llamas.

— ¡Vamos! —gritó Obi-Wan.

Ferus ayudó a Dona a levantarse. Juntos salieron rápidamente de la cocina. Mientras se movía para poner a Dona a salvo, la mente de Ferus trabajaba furiosamente. No podía dejar a Obi-Wan.

Ferus corrió hacia un compartimento secreto en la pared del pasillo. Sabía donde estaba escondido todo el armamento en la casa. Cargó un rifle láser sobre su brazo y llenó los bolsillos con granadas C16. Le pasó unas pocas a Dona, y ella las guardó en su cinturón. Él sabía que ella siempre tenía un bláster pegado a las costillas. Sacó una electrovara y la sujetó a su lado mientras se apresuraban por el pasillo, el fuego láser caía a través del techo sobre sus cabezas y destrozaba el entarimado. Dona alcanzó la trampilla oculta en el suelo y apretó el interruptor que la abría. Ferus la ayudó a introducirse por la abertura. —Vete —dijo—. Ve hasta el pueblo. Ellos no te quieren a tí. Sólo a mí.

—No puedo dejarte.

Él tomo sus manos entre las suyas mientras la casa temblaba con el impacto de otro disparo del cañón láser. —Ya has hecho suficiente. Más que suficiente. Nunca lo olvidaré. Además, esta casa está a punto de ser destruida. Ahora lárgate de aquí.

Ella soltó sus manos y se deslizó por la rampa.

Ferus corrió de vuelta a la cocina. De un vistazo, vio que Obi-Wan había tenido éxito en mantener atrapado al intruso en el umbral. El intruso, mientras tanto, había tenido éxito destruyendo la cocina. El fuego llameaba a lo largo de una pared, y las otras estaban parcialmente demolidas. Obi-Wan estaba ocupado evitando en intenso fuego de la nave atacante de arriba y el golpeteo del cañón láser de la cabeza de la criatura.

Ferus usó la electrovara como una jabalina, y la lanzó. Se estrelló contra el pecho de la criatura y se quedó allí. Aunque el ciborg estaba blindado, la fuerza del impacto le envió tambaleándose hacia atrás y lo paralizó momentáneamente. Cayó de rodillas.

— ¡Por aquí! —le gritó Ferus a Obi-Wan.

Había dejado la trampilla abierta. Obi-Wan se metió dentro y se deslizó por la rampa. Ferus le siguió, golpeando el control mientras lo hacía.

La trampilla se cerró suavemente detrás de ellos.

El sonido se amortiguó mientras se deslizaban hasta el suelo y se ponían de pie.

—Hay una entrada a los viejos túneles mineros a la que podemos acceder por aquí.

— ¿Dónde está Dona? —preguntó Obi-Wan.

—La envié hacia el pueblo. Será mejor que no vayamos por ese camino. Si consiguen encontrar los túneles, deberíamos alejarlos de ella.

Obi-Wan asintió. —Movámonos.

Ferus puso su mano en lo que parecía ser una roca escarpada. El sensor estaba exactamente donde Dona le había indicado. La puerta oculta se abrió suavemente y ellos entraron.

—Estas solían ser minas de mutonio, antes de que el mineral se agotara. Hay un laberinto de túneles a través de las montañas. Dona los exploró cuando llegó aquí por primera vez, ella los conoce como la palma de su mano. Me dio una lección sobre dirección un par de días después de que llegué, por si tenía que escapar solo. Tengo una idea general de como llegar al otro lado de la montaña. Tal vez no descubran cómo llegar aquí abajo.

—De alguna manera lo dudo —dijo Obi-Wan—. Guíanos.

Ferus empezó a moverse por el túnel. Los mineros habían hecho estallar la roca para formar los túneles, y los reforzaron con enormes vigas de duracero que servían de soporte. Las lámparas luminosas ya no funcionaban, pero los ojos de Ferus se ajustaron rápidamente, y fueron capaces de moverse más rápido.

—¿Crees que te siguieron hasta aquí?

—No —dijo Obi-Wan—. Nadie me siguió desde el lugar de aterrizaje. Te encontraron de otra manera. El ciborg con el cañón láser por cabeza.

—Bonita criatura. Una forma encantadora de presentarse. ¿Por qué llamar cuando puedes volar la puerta?

—¿Alguna idea de quién lo envió?

—Escuché un rumor en prisión, que Malorum tenía un equipo de cazarrecompensas trabajando para él. Uno se llamaba D'harhan, un ciborg que era más como un arma de asalto andante. Debe ser él. Nunca oí nada de una Firespray.

Pero Obi-Wan tenía una idea sobre el segundo...

—Me gustaría saber lo que está ocurriendo allá arriba —dijo Obi-Wan, dando un vistazo hacia el techo del túnel.

—Una vez que cierras la puerta de las minas detrás de tí, activa un aviso. El próximo que intente abrirla detonará una pequeña carga explosiva —explicó Ferus mientras se apresuraban por el túnel—. Deberíamos poder oírlo desde aquí. Entonces sabremos si encuentran el túnel.

El corazón de Ferus martilleaba, pero no era consecuencia del asalto. Todo en lo que podía pensar era en la gente de Ussa esperando su ejecución. —Cada minuto que paso aquí abajo es un minuto que no estoy viajando hacia Ussa. La ejecución está programada para comenzar en menos de un día.

—Debes centrarte en el momento presente —dijo Obi-Wan—. No en lo que podría pasar.

—Obi-Wan, te lo advierto —dijo Ferus—. Si sigues hablando como un documento del Código Jedi, no vamos a llevarnos bien.

—Entonces, ¿qué estamos buscando? —preguntó Obi-Wan—. Agua. Sé que hay una salida por un lago subterráneo.

Siguieron adelante, avanzando. De repente, escucharon un golpe amortiguado.

—Supongo que han encontrado la entrada —murmuró Ferus.

Aceleraron el paso, casi corriendo.

Ferus dudaba de que la explosión les hubiese detenido. Aunque sería una bonita bonificación si había convertido ese cañón láser en delicadas piezas de chatarra.

—Aunque hayan sobrevivido a la explosión, no hay forma de que puedan encontrarnos —dijo Ferus finalmente—. Los túneles son un laberinto, y se perderán. Yo estoy perdido. No hay forma de que ellos...

Escucharon el silbido de un cohete detrás de ellos. Se tiraron al suelo cuando pasaba zumbando por encima de ellos y golpeaba en la roca. El techo vibró, y llovieron rocas, pero el túnel no se hundió.

— ¿Qué decías? —preguntó Obi-Wan.

— ¿Quiénes son estos tipos? —preguntó Ferus, tosiendo y sacando arena de sus pulmones, y empezaron a correr.

CAPÍTULO QUINCE

El más bajo llevaba armadura, un casco, y cohetes en la muñeca y la rodilla. Obi-Wan podía desviar el fuego láser con su sable, pero eso significaba que tendría que seguir girando, y lo único que podría protegerlos del cañón láser sería correr. Afortunadamente, sus perseguidores habían sido de alguna forma cuidadosos. Demasiado fuego del cañón podría derrumbar el túnel sobre todos ellos.

No había usado su sable láser en muchos largos meses. Pero lo sentía perfectamente equilibrado en su mano, y sus movimientos eran rápidos y gráciles. Fue capaz de correr y girarse para desviar el fuego, capaz de saltar y dar vueltas, moviendo su sable láser en un controlado arco, y no tener que pensar cómo realizarlo. Estaba luchando de nuevo como un Jedi.

Ferus corría rápido, pero Obi-Wan pudo detectar una leve dificultad en su paso, prueba de que su pierna no estaba lo suficientemente curada para mantener un paso constante. Necesitaban perder a sus perseguidores, no correr más que ellos.

—¿Lo hueles? —Dijo Ferus por encima del sonido del fuego láser—. Agua.

—No podemos ir directamente hacia ella —dijo Obi-Wan girando su sable láser—. Necesitamos conseguir una ventaja.

—Uno o dos de esos túneles laterales deben conducir también allí —dijo Ferus—. Sólo es cuestión de elegir el correcto.

Obi-Wan accedió a la Fuerza. El olor del agua, de la humedad, era débil. Estaba sorprendido de que Ferus lo hubiese captado, pero también podía sentir la presencia de la Fuerza en él. Mientras corría y mantenía su sable láser girando, se concentró en el olor hasta que este llenó una parte de su conciencia tan completamente que pudo rastrearlo. —Tercer túnel a la izquierda, ahí adelante —dijo—. Después de la curva. Intentemos una distracción.

Ferus lanzó una granada hacia atrás con tal puntería que impresionó a Obi-Wan. La había programado para explotar en poco tiempo, pero los dos atacantes no sabían eso. La granada golpeó, volando un enorme agujero en el duro suelo y enviando al cazarrecompensas más joven volando hacia atrás. El cíborg era más fuerte y absorbió el impacto, pero se tambaleó hacia delante y cayó en el agujero.

El humo y las partículas de suciedad llenaron el túnel. Ferus y Obi-Wan lo usaron como cobertura para precipitarse hacia el túnel lateral. Se alejaron silenciosamente por el pasaje más estrecho. Apenas podían discernir el sonido de sus perseguidores corriendo por el túnel principal. Los habían perdido... por ahora.

El oscuro y estrecho túnel se había deteriorado durante años. Se abrieron paso entre charcos de agua y tuvieron que pasar por encima de vigas caídas. La oscuridad era completa. Era como si hubiesen sido enterrados en el corazón de la montaña. Pero al menos no estaban esquivando fuego láser.

El olor a humedad se hizo más fuerte. Al fin Obi-Wan vio un resplandor adelante. El lago.

Emergieron en una enorme caverna arqueada de oscura piedra roja. Imponentes agujas de roca les rodeaban como un bosque. Un lago con agua tan negra como el petróleo lamía las suaves piedras del suelo. Al otro lado del lago podían ver la continuación del túnel, con su entrada parcialmente bloqueada con soportes caídos.

—La buena noticia es que lo hemos encontrado —dijo Ferus—. La mala noticia es que tenemos que cruzarlo a nado.

Obi-Wan le tendió a Ferus un respirador aquata. —Tendremos que compartir este. Tendremos que quedarnos bajo el agua para evitar que nos detecten. Por el aspecto del agua, no podremos ver nada. ¿Crees que puedes acceder a la Fuerza?

Ferus sacudió su cabeza. —Lo he intentado, pero... —Obi-Wan metió la mano en su cinturón y sacó el cable de ascensión. Dejó salir un trozo corto del fuerte filamento y enganchó el agarre al cinturón de Ferus. —Agárrate a esto, entonces.

El agua estaba pasmosamente fría. Obi-Wan se deslizó bajo la superficie. Sintió como se encogía su piel por el terrible frío. Esperaba que Ferus pudiera hacerlo. El agua tan fría podía causar calambres o parálisis. Sin la Fuerza para ayudarlo, Ferus podría tener problemas para nadar.

Empezó a avanzar a través del lado, sintiendo el tirón ocasional del cable que significaba que Ferus nadaba detrás de él. Ocasionalmente Ferus tiraría del cable y le pasaría el respirador a Obi-Wan. Buceó tan profundo como se atrevía, no queriendo formar ni una onda que anunciara su presencia bajo el agua.

A mitad de camino a través del lago sintió que el cable se ponía más tenso. Se giró, apenas capaz de divisar la sombra que era Ferus detrás de él.

Ferus tenía problemas. La combinación del frío y su herida le entorpecía al nadar. Estaba luchando, y Obi-Wan podía ver el esfuerzo que le costaba.

Agarró a Ferus por debajo de los brazos y empezó a nadar con una mano, arrastrando a Ferus a través del agua. El esfuerzo era agotador. Alcanzó la Fuerza, recogiéndola del agua, las rocas y el aire de arriba. Quería cabalgarla como una ola hacia la seguridad de la orilla opuesta. No quería coger el respirador aquata de Ferus; podía sentir a Ferus luchando por respirar. Pero no podría aguantar mucho más sin él.

Entonces Obi-Wan sintió una cosa sorprendente. La Fuerza estaba encontrándose con la Fuerza, un débil intento, eso seguro, pero Ferus estaba accediendo a ella, alimentándola, intentando usarla para unirse con Obi-Wan. Tal vez le ayudaba el tener sus cuerpos unidos, pues Obi-Wan sintió crecer la Fuerza. Y entonces la Fuerza pulsó entre ellos y a su alrededor, uniéndolos, a los dos, y haciéndolos uno con las moléculas del agua del lago, a fin de que se deslizasen a través del agua con facilidad.

Obi-Wan miró a Ferus. Éste asintió, complacido por lo que había ocurrido, aun en medio del agua helada y el peligro. Había encontrado la Fuerza de nuevo. Le pasó el respirador a Obi-Wan y empezaron a compartirlo otra vez.

Pronto Obi-Wan pudo sentir más que ver, que estaban cerca del otro lado. Ahora tendrían que arriesgarse y exponerse. Había luz suficiente para que sus perseguidores les vieran si estaban mirando se esa dirección. Tendrían que hacerlo silenciosamente.

Obi-Wan emergió del lago, sólo la cabeza encima de la superficie. Vio a los dos cazarrecompensas inmediatamente. Estaban de espaldas al lago, y lo estaban rodeando, intentando descubrir donde habían ido Obi-Wan y Ferus.

La memoria de Obi-Wan le dio un pinchazo. Conocía al pequeño. Algo en la manera en la que se comportaba... Su casco tapaba su cara, pero a Obi-Wan le era familiar. Estudió su armadura. Era una armadura verde de combate mandaloriana, y aquellos eran sistemas de cohetes Kelvarek en las protecciones de las muñecas.

Parecía una versión más pequeña de Jango Fett. Pero Jango Fett estaba muerto.

Pero tenía un hijo... un clon. Bobba.

Boba no debía verle. Le reconocería. Había conocido a Boba cuando sólo era un niño, en Kamino, pero Obi-Wan todavía podía sentir la contundente mirada del chico, cómo parecía apropiarse de todo él. Y después de la batalla de Geonosis, cuando había visto a su padre decapitado por Mace Windu, sin duda los Jedi no eran amigos de este chico. ¿Cuántos años tendría ahora? ¿Trece, catorce? Sólo un niño, por más que un niño. Otro huérfano de las Guerras Clon, otro niño convertido en adulto antes de tiempo.

Recordaba la nave de Jango Fett, había sido una Firespray. Reconstruida con armamento incrementado, velocidad, sistemas de puntería. Había sido repintada.

Todos estos pensamientos pasaron rápidamente por la mente de Obi-Wan mientras avisaba a Ferus que emergía silenciosamente. Se movieron a través del agua, caminando ahora, empujando amablemente contra el agua, pero sin dejar que sonase la más mínima salpicadura.

Estaban casi en la entrada del túnel cuando fueron detectados. El cañón láser entró en erupción. El fuego láser vaporizó el agua, obligándolos a sumergirse bajo la superficie de nuevo, intentando mantener sus cuerpos bajo las aguas poco profundas.

Obi-Wan escuchó la explosión cuando el fuego del cañón golpeó los soportes del túnel. El agua rodó hacia atrás, una ola que los barrió hacia aguas más profundas. El momento de hacer su movimiento era ahora, antes de que quedasen atrapados bajo el agua mientras Boba Fett conseguía llegar hacia ellos. Tenían que correr.

Ferus estaba sincronizado con él. No necesitaban mirarse o hacer una señal. Ahora eran una sola mente, un propósito.

Ferus atravesó la superficie del agua al mismo tiempo que Obi-Wan, y cargó a través del agua que les llegaba por las rodillas. Detrás de ellos, Boba Fett activó su mochila propulsora. Ascendió en el aire hacia ellos.

Usando la Fuerza, Obi-Wan creó una ola detrás de ellos. Alcanzó cada molécula de agua, pidiéndole a la Fuerza que las uniera en una creciente ola negra gigante. Sintió a Ferus unirse a su esfuerzo, y el poder de la ola los elevó y los lanzó hacia el túnel.

El túnel estaba ya casi completamente colapsado, con dos columnas de duracero derribadas, formando una cruz que bloqueaba la abertura. La tierra y las rocas estaban cayendo del techo creando más obstáculos.

Boba Fett colocó un misil de impacto, apuntando a la entrada del túnel. El impacto fue tremendo. El otro soporte empezó a caer, el techo estaba parcialmente desplomándose.

Obi-Wan y Ferus pasaron a través, llevados por la creciente ola. Nadaron a través del espacio restante del túnel derrumbado mientras la entrada se cerraba detrás de ellos, sellándolos en el interior.

La cara de Obi-Wan se estrelló contra el barro, y probó el agua del lago, la tierra, y la roca metálica en su boca. Sintió tierra golpeando sobre su espalda y esperó no haber sido enterrado vivo.

El ruido paró. Lentamente, se dio la vuelta, la tierra y las rocas cayeron de él.

— ¿Ferus?

Los ojos de Ferus estaban cerrados. Su cara estaba cubierta de tierra, su mejilla contra la roca. Obi-Wan puso una mano en su brazo.

— ¡Ferus!

Sus ojos se abrieron. —Eso fue... un buen viaje —consiguió decir.

—Vamos. Ni siquiera un túnel bloqueado detendrá a esos dos. Reconocí al otro. Boba Fett, un cazarrecompensas. Es sólo un niño, tal vez de catorce o quince años.

—Menudo niño —dijo Ferus, haciendo una mueca de dolor al ponerse en pie.

— ¿Por dónde?

—No estoy seguro... a la izquierda, creo.

Avanzaron hacia delante. Habían recorrido menos de cien metros cuando escucharon otra explosión.

—No están intentando perseguirnos —dijo Ferus—. Van a derrumbar el túnel.

Podrían estar teniendo éxito. Obi-Wan vio temblar los soportes de duracero. Las rocas cayeron sobre el camino. El suelo tembló.

Detrás de ellos, el túnel se desplomó. Sobre sus cabezas, los soportes gimieron.

— ¡Corre! —gritó Ferus.

Corrieron, acelerando túnel abajo mientras las vigas se fracturaban sobre sus cabezas y los soportes empezaban a venirse abajo.

Delante, vieron un destello de color. Era Dona, todavía vestida con su túnica matinal, violeta como la nieve al atardecer. Su pelo gris fluía por su espalda.

— ¡Rápido! —les llamó—. ¡Por aquí!

— ¿Qué estás haciendo? —le preguntó Ferus, mientras corrían—. Te dije que podíamos encargarnos de esto.

—Y lo estáis haciendo muy bien —replicó ella.

Otra explosión sacudió el túnel. El soporte de duracero de su espalda se vino abajo. Obi-Wan agarró a Dona y dio un salto de Fuerza, con Ferus a su lado. Aterrizaron en el túnel siguiente mientras las rocas y la tierra llovían detrás de ellos.

—Este túnel no aguantará mucho más —dijo Dona—. Vamos.

Con Dona para dirigirlos, fueron capaces de correr por los túneles más rápido que antes. El suelo vibraba con cada explosión, pero ella les llevó rápidamente por un túnel lateral hasta un elevador con una cabina abierta.

— ¿Funciona? —preguntó Ferus.

—Eso espero. Entrad —Dona saltó al interior y tiró de la palanca. Mientras la cabina ascendía lentamente, ella sonrió ampliamente—. Sólo bromeaba. Mantengo este funcionando, por si acaso.

El zumbido de la maquinaria era reconfortante. Obi-Wan miró hacia abajo, Contento de dejar los túneles debajo. El elevador salió a la superficie, temblando con cada nueva explosión.

Dona los condujo fuera del tubo, dentro de una pequeña estructura construida en la roca de la montaña. Salieron andando a la brillante luz del sol. Estaban a mucha altura por encima del pueblo.

—Bajaremos caminando hasta el pueblo. Tengo un amigo con un deslizador veloz. Os llevará hasta Ussa.

—Tenemos menos de dieciséis horas —dijo Ferus.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Les llevó más tiempo que el que la impaciencia de Ferus podía soportar, pero por fin estaban en el deslizador de dos asientos, moviéndose a gran velocidad hacia Ussa. No había ningún signo de Boba Fett y de su compañero letal. Pero Obi-Wan sabía que tendría que arreglar las cosas aquí, y luego regresar tan sigilosamente como fuera posible a Tatooine.

—Tengo que advertirte —le dijo Obi-Wan a Ferus—, puedes entregarte, pero no hay garantía de que Malorum liberará a los prisioneros. Me temo que podría ser justo o lo contrario.

—¿Qué quieres decir? No pueden echarse atrás en un trato.

—Pueden hacer lo que les plazca —dijo Obi-Wan quedamente—. Seguramente ya sabes eso a estas alturas. Son perfectamente capaces de ejecutar a cada prisionero. Incluyéndote a ti. Saben que tienen que meter el miedo en los corazones de cada persona en Ussa. Quieren destruirte, y quieren destruir el espíritu de los ciudadanos. Entregarte no les salvará. Vi un archivo en la guarnición. Trataba de... cómo ocultar una gran cantidad de muertes. Deshacerse de cuerpos.

Ferus le miró horrorizado. —No pueden asesinarlos a todos.

—Ferus, la extensión de su maldad es mayor de lo que crees —dijo Obi-Wan—. El mal comienza en la cima y gotea hacia abajo. El Emperador Palpatine es un Lord Sith

—¿Un Sith? —Ferus le miró conmovido. El conocimiento chasqueó tras sus ojos—. Los Sith que estábamos rastreando... mi última misión en Korriban.

—Sí, pero mantenlo en secreto. Fue el Conde Dooku quien se reunía con Granta Omega. Por eso, cuando Omega moría, me dijo que desearía saber lo que él sabía. Acerca de la identidad del Lord Sith.

Ferus estuvo en silencio durante un momento. —Así que planeó esto durante algún tiempo. Y Darth Vader...

—Es su aprendiz —Obi-Wan sintió un espasmo de dolor. No sabía si revelarle la identidad de Vader a Ferus. No había necesidad de lo supiera.

—Los Sith controlan la galaxia —dijo Ferus—. Es mucho, mucho peor de lo que pensaba. Pensaba que estábamos luchando... contra un mal ordinario. Así que por eso los Jedi fueron destruidos. Erais los únicos con poder para derrotarle

—Sí. Así que ya lo ves, les creo capaces de cualquier cosa. Malorum no es un Sith, pero el lado oscuro es parte de él. Encontrarán alguna excusa para las ejecuciones. Luego planean cortar todos los sistemas de comunicación en Bellassa. Embargar cualquier información saliente durante un mes. Cerrar el espaciopuerto, aislar el planeta completamente. Eliminar toda evidencia. Después, si las noticias salen fuera, pueden negarlas. Ussa será un ejemplo para el resto de galaxia. Esto es parte de un plan mucho más grande.

Ferus guardó silencio durante un largo momento. Habían atravesado las montañas y ahora corrían rápidamente a lo largo de una vasta llanura vacía. Ferus parecía concentrarse en pilotar, como si estuvieran moviéndose a través del tráfico espacial en lugar de por el aire vacío.

—Primero debo ver a Roan. Después contactaré con ellos. Me creo todo lo que me has contado, Obi-Wan, pero tengo que entregarme. ¿Qué elección tengo?

—Siempre hay más de una elección. Aun a riesgo de irritarte otra vez, quiero recordarte cierta sabiduría Jedi —dijo Obi-Wan.

—Ya no soy un Jedi.

— ¿En serio? —dijo Obi-Wan—. Entonces debo haberte imaginado manejando la Fuerza allá en los túneles.

—Yo no usaría la palabra manejar —dijo Ferus—. Fui como una cría de bantha.

—Puedes hacer que vuelva —dijo Obi-Wan—. Ya has comenzado. Lo que sabes no se ha perdido.

—Tal vez quise que se perdiera —dijo Ferus—. Tal vez tener la Fuerza como una parte de mí fue demasiado duro después de que dejase a los Jedi.

—Ahora puedes usarla. La necesitas. Estará ahí.

—Entonces, dame tu sabiduría, Obi-Wan —dijo Ferus. Apoyó un pie en la cabina mientras agarraba los controles.

—Haz lo que debes, pero de una manera inesperada.

—Ah. La primera lección del entrenamiento con sable láser.

—No, la primera lección del entrenamiento con sable láser era no te caigas.

Ferus se rió suavemente. —Lo recuerdo.

—Entonces debes recordar esto, todo lo que aprendes en el entrenamiento con sable láser...

—Puede ser usado en el entrenamiento de la vida —completó Ferus.

Hubo un corto silencio. — ¿Pero cuál —dijo Ferus—, sería una forma inesperada de entregarme?

—Por fin —dijo Obi-Wan—, has hecho la pregunta correcta.

Ferus estaba de pie al lado de la cama de Roan.

—Hey, socio.

—Hey, socio.

—Cualquier excusa para estar tumbado, diría yo.

Roan sonrió. —Bueno, lo que es seguro es que nunca tuve un día de descanso, trabajando contigo.

—Está mejor cada hora —dijo Amie Antin.

Roan miró duramente a Ferus. — Vas a entregarte ¿verdad?

—Sí, pero no de la forma que esperas —Ferus se giró hacia Obi-Wan—. Mi viejo amigo tiene un plan —Wil, Rilla, y Amie miraron por encima de él.

—No podemos tomar literalmente el trato —dijo Obi-Wan—. Si lo hacemos, todo el mundo morirá. En lugar de eso, nos aseguraremos de que todo el mundo vivirá.

— ¿Cómo? —preguntó Wil.

—Usando lo que ya tenéis, no lo que pensáis que necesitáis —dijo Obi-Wan.

— ¿Qué tenemos? —Preguntó Wil—. No tenemos muchas armas, o naves...

—Todo lo que tenemos es unos a otros —dijo Rilla.

—Exactamente —dijo Obi-Wan—. Y eso es todo lo que necesitáis.

CAPÍTULO DIECISIETE

Obi-Wan llevó a Ferus a las estrechas calles entrelazadas del Distrito Piedra Lunar. Envuelto en una capa, Ferus atravesó las calles sin ser reconocido.

— ¿Qué estamos haciendo aquí? —Preguntó Ferus, con un indicio de impaciencia en su voz—. Me estoy quedando sin tiempo.

—Tienes siete horas más.

— ¿Así que quieres ir de compras?

—Vamos a encontrarnos con alguien —dijo Obi-Wan—. Un amigo tuyo, el que, a propósito, me pidió que te diera un mensaje

— ¿Qué mensaje?

—Apesta como un bantha.

Ferus asumió eso, después se rió. — ¿Trever? ¿El niño que siempre estaba rondando por la oficina? —giraron una esquina entrando en el callejón y vieron al chico, forcejeando para sacar su trineo gravitatorio fuera de su plaza de aparcamiento detrás de un contenedor de basura.

Trever alzó la mirada y vio a Obi-Wan.

—No —dijo Trever—. No, no, y no

Ferus echo hacia atrás la capucha de su capa.

Trever palideció, y dio un paso hacia atrás. —Estás vivo —el alivio inundó su cara, y esto le dijo a Obi-Wan todo lo que necesitaba saber.

—Tenemos que hablar —le dijo Obi-Wan a Trever.

Trever les llevó al lugar donde dormía por las noches, Obi-Wan no creía que la palabra "hogar" lo describiera. Les condujo por otro callejón hasta una puerta gris, la cual abrió con un código.

—El capataz me deja dormir aquí —dijo él—. Le pago con mercancía —abrió la puerta de un armario. El cuarto estaba sorprendentemente caliente.

—Está al lado de los calentadores —explicó Trever—. Agradable en invierno. Sentaos.

El cuarto estaba provisto de una colchoneta para dormir enrollada en un rincón y una silla. El otro lugar para sentarse era el suelo, así que Ferus y Obi-Wan se sentaron. Trever se sentó a su lado.

— ¿Puedo traeros algo? ¿Pasteles escarchados? ¿Zumo de flor de rocío? —Trever sonrió abiertamente—. Sólo bromeaba. No tengo nada.

Su broma parecía forzada, Obi-Wan pensó que sabía por qué.

— ¿Qué robaste de la oficina Olin/Lands? —le preguntó a Trever.

El gesto de Trever desapareció completamente. —Nada —Ferus siguió en silencio. Trever no le miró.

—Justo antes de que Ferus y Roan fuesen detenidos.

—Ya te lo he dicho, nada —dijo Trever—. ¿Para eso habéis venido? Porque...

—Trever, está bien —dijo Obi-Wan—. Creo que necesitas decírselo a Ferus. ¿Era algo pequeño, algo que pensaste que no echarían en falta?

—Pensé que no era gran cosa —dijo Trever rápidamente—. Pensé... pensé que era algo que iban a tirar. Un viejo droide generador con un motivador estropeado. Solían usarlo como energía de soporte, pero lo pusieron en el montón de chatarra.

Ferus puso la cabeza entre las manos.

— ¡Lo estabais tirando! Dejé todo lo demás, para que si regresaban, lo encontrasen como estaba. Los imperiales se llevaron sus datapads y sus archivos, así que pensé que un droide estropeado... podría venderlo en el mercado negro.

—El droide —dijo Ferus—. Pusimos nuestros archivos codificados en el motivador. Hay una forma de acceder a una tarjeta de datos... hace que el motivador parezca estropeado. Era nuestro sistema secreto.

— ¿A quién se lo vendiste?

—A otro niño. Yo estaba en el distrito, y me preguntó si tenía algún equipo en venta. No pensé...

Obi-Wan miró a Ferus —Creo que ese niño era Boba Fett. Creo que descubrió que Trever entraba y salía de vuestra oficina. Creo que encontró los archivos, y se los llevó a Malorum, y pudieron descifrar el código. Así es cómo Malorum supo que tu y Roan habíais fundado los Once. Así es cómo encontraron vuestra lista de clientes. No la lista de tu datapad, sino la lista real... la lista que incluía a Dona —se giró hacia Trever—. Y tú lo sabías. Sospechabas que habías vendido el droide a la persona equivocada

—No lo sabía con seguridad —refunfuñó Trever—. Pero sí, lo suponía. Quiero decir que Ferus y Roan fueron arrestados justo después. Siempre fuiste bueno conmigo, Ferus. No te habría hecho esto a propósito, ni por todos los créditos de Bellassa. Quiero decir, te he robado de vez en cuando, pero no te delataría.

—Ahora puedes compensarlo —dijo Obi-Wan—. Puedes ayudar a Ferus.

— ¿Cómo?

Obi-Wan le explicó lo que necesitaba. Trever ya estaba sacudiendo la cabeza antes de que Obi-Wan hubiese terminado.

—Ésta es la idea más loca que he oído nunca —dijo él—. De todas formas, ¿por qué me necesitáis?

—Porque tú conoces la rutina de Mariana —dijo Obi-Wan—. Y sabes dónde, y cómo, robar lo que necesitamos.

—Mira —dijo Trever—. Siento lo que te hice, Ferus. Pero no me juego el cuello. Así es cómo sobrevivo.

Ferus se inclinó hacia él. —Te estamos pidiendo que hagas algo que es difícil —dijo—. Piensas que la resistencia es inútil. Eso es lo que quieren que pienses. Piensas que si sólo te preocupas por ti, es suficiente. Eso es lo que quieren que pienses. De esta manera haces que tu vida sea segura, y sigues sus reglas. Eso es lo que quieren que hagas. Y mientras tanto, saquean tu planeta natal delante de tus narices. Y te dicen que tu vida es mejor. Te cuentan que te están dando paz y libertad, y esperan que compres lo que te vendan. Cuentan con que guardes silencio, escuches su HoloRed y creas sus mentiras. ¿Vas a darles lo que quieren?

Obi-Wan miró a Ferus. Éste era el líder carismático del que los demás habían hablado, el hombre que hablaba claramente pero podía inspirar. Podía ver el cambio en Trever, podía ver cómo el chico alzaba la cabeza mientras el propósito le inundaba de nuevo.

—Lo haré —dijo él. Sus ojos brillaban en Ferus—. Pero no creas que es porque me has convencido. Es porque me gusta un buen espectáculo.

En la superficie, la ciudad no había cambiado. Los ussanos volvían a casa del trabajo, comían sus cenas, cuidaban de sus niños. Pero bajo estas cosas ordinarias bullía otro

propósito. Después de meses y meses de impotencia, a la gente de Ussa se le pidió que arriesgara. Y respondieron.

Ferus envió un mensaje a la guarnición. Se rendiría al amanecer, pero con una condición, que todos los prisioneros fueran liberados primero.

Él esperaría fuera de las puertas de la guarnición, en los Comunes. Cuando cada uno de los prisioneros hubiese salido, él entraría.

Poco antes de amanecer, Obi-Wan estaba sentado en un pequeño deslizador aéreo en un callejón fuera de los Comunes.

La gente de Ussa poblaba las calles. El área de los Comunes frente a la guarnición había sido despejada por los soldados de asalto, quienes estaban parados en el exterior de las puertas de la guarnición, con las picas de fuerza apuntando hacia la muchedumbre.

La multitud estaba en silencio, pero no se movió. Arrebujados contra del frío en sus capas, miraban hacia las puertas, contemplando a través de la verde capa de hierba la guarnición, negra y ominosa bajo las primeras luces. Más allá de esas puertas estaba la prisión donde sus seres queridos estaban siendo retenidos.

Wil había estado preocupado por si recibían órdenes de dispersarse, pero Obi-Wan había sospechado correctamente que los oficiales imperiales querrían que cada ussano viese la extensión de su crueldad. Fingirían soltar a los prisioneros, pero una vez que tuvieran a Ferus, los atraparían en la red de soldados de asalto que rodeaban los Comunes. Estaba seguro de eso. Su trabajo era sincronizar el rescate de Ferus perfectamente. Si la gente de Ussa llegaba hasta el final, él tendría una oportunidad clara.

La niebla se levantó de la hierba. El cielo estaba gris oscuro, pero las sombras comenzaron a esclarecerse cuando un repentino silencio se hizo entre la multitud. Ferus caminaba lentamente a través de las calles, y ellos se apartaban ante él.

Fue andando por el largo prado cubierto de hierba a solas, una figura alta en una capa de viaje marrón. Se detuvo a las puertas de la guarnición.

El silencio aumentó hasta que ni siquiera una tos o un paso pudieron oírse. Ni siquiera una respiración.

Las puertas se abrieron lentamente. Un hombre apareció en la entrada, llevando puesto su brillante uniforme amarillo de la prisión. Otro apareció. Después una mujer. Y luego todos ellos salieron en tropel hacia los Comunes. Un escuadrón de soldados de asalto caminaba a su lado, manteniéndolos unidos.

Los prisioneros se arremolinaron en la plaza cubierta de hierba, confundidos, con el miedo en las caras. Registraron la multitud ansiosamente buscando las caras familiares de familia y amigos.

Malorum apareció en la entrada. Habló, y su voz fue amplificada para que cada ciudadano pudiese oírlo. —Agradecemos a los ciudadanos de Ussa su cooperación en entregar al criminal Ferus Olin

Un murmullo se elevó de las voces del gentío. ¡Entregado! ¡No le habían entregado! Vino por voluntad propia.

Un escuadrón de soldados de asalto rodeó a Ferus, con sus rifles láser apuntados hacia él.

—Desafortunadamente, a causa del revoltoso gentío, entregaremos a los prisioneros uno por uno a sus familias, pero sólo después de que realicen comprobaciones adicionales de seguridad...

Un gemido creció desde la multitud y ganó intensidad. Alguien gritó ¡No! Tan cerca de la libertad, los prisioneros comenzaron a avanzar. Nada yacía entre ellos y las calles llenas con sus familias.

—No —murmuró Obi-Wan—. No os mováis. Todavía no...

— ¡Los prisioneros se están amotinando! ¡Apresadlos! —llamó Malorum.

Aquí está, pensó Obi-Wan. La traición. Salió disparado hacia el cielo en el deslizador, pero lo mantuvo flotando. Si salía antes de tiempo, los soldados se volverían contra los prisioneros. Era agonizante, pero tenía que esperar unos segundos más.

La gente de Ussa gritó a modo de protesta, y comenzó a moverse hacia los prisioneros. Los soldados de asalto alzaron sus picas de fuerza.

Sus manos se apretaban a los controles de deslizador. Tenía que esperar hasta que los soldados de asalto estuviesen distraídos. Si pensaban que llegaba para atacar, comenzarían a disparar.

La gente de Ussa se quitó las capas.

Se arrojaron hacia delante como una ola. Los soldados de asalto estaban abrumados. Y confusos —repentinamente había uniformes en todas partes. Un vasto mar de uniformes amarillos de prisionero, pero también oficiales imperiales, aquí y allá. No podían disparar sus blasters o usar sus picas de fuerza si había alguna posibilidad de que algún oficial imperial pudiera estar entre la muchedumbre.

Obi-Wan salió disparado hacia delante mientras los ciudadanos fluían por los Comunes. Se entremezclaban con los prisioneros, envolviéndoles hasta que en cuestión de segundos fue imposible decir quién había sido un prisionero y quién no. Y había centenares más detrás de ellos, todos de uniforme, atestando las calles, saliendo a raudales de los portales.

Trever había robado los uniformes que Mariana había recogido para lavar, e incluso el material que la prudente modista había almacenado. Trabajando toda la noche, cada ciudadano había encontrado o modelado un uniforme hasta que la ciudad entera estuvo lista para reunirse con los imperiales.

La idea de un prisionero se volvió un sin sentido. Cada ciudadano en Ussa era un prisionero. Y con lo que Obi-Wan había contado ocurrió —Malorum no podría dar la orden de disparar, porque no podía —todavía no, en cualquier caso— exterminar a los ciudadanos de toda una ciudad.

Ascendiendo en lo alto, Obi-Wan pensó que nunca había visto tal coraje. Cada ciudadano estaba dispuesto a dar su vida.

Todo el mundo estaba comprometido.

Malorum, pudo ver, estaba furioso —y frustrado. Con una orden precisa, se giró, y los soldados de asalto rodearon a Ferus colocándole repentinamente esposas aturdidoras y empujándole hacia la entrada.

¡No! exclamó Obi-Wan en su mente. Si metían a Ferus dentro de esa guarnición, nunca volvería a salir. Era demasiado peligroso para permitirle vivir.

Habían estado corriendo un riesgo, por supuesto. Habían contado con la distracción para asegurar que Obi-Wan podría llegar a Ferus a tiempo. Pero las palabras de Malorum habían encendido al gentío, y se habían lanzado hacia delante unos segundos cruciales antes de tiempo. Obi-Wan todavía estaba demasiado lejos.

Las puertas de la guarnición estaban cerrándose. Obi-Wan no permitiría que esto acabara así. No perdería a Ferus. No de esta manera.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Obi-Wan colocó el deslizador de lado e hizo un picado, apuntando directamente al hueco que se cerraba en las puertas principales de la guarnición. Oyó el chirrido del metal cuando se metió con dificultad por la abertura, y escuchó un golpe apagado como si algo en el lateral del deslizador hubiera sido arrancado completamente. Sólo esperaba que no fuese algo importante; no tenía tiempo de mirar.

Estaban llevando a Ferus por un amplio pasillo, rodeado por soldados de asalto. Afortunadamente, el techo ahí era muy alto para permitir circular transportes y maquinaria. Con las esposas aturdidoras atando sus muñecas, si hacía un movimiento en falso podrían enviarle una descarga que le pondría de rodillas. Había sentido a Obi-Wan, aunque los soldados de asalto no le habían visto, todavía no. Obi-Wan sintió una oleada de Fuerza cuando Ferus la envió volando hacia él.

Malorum se giró de repente. Estaba vestido con una túnica con capucha, como siempre, y Obi-Wan sólo podía ver dos pozos oscuros por ojos, el negro mortal del odio.

Sacó su sable láser. No tenía alternativa. Ahora Malorum sabría con seguridad, si Fett no le había dicho aún, que un Jedi todavía estaba vivo. No le gustaba exponerse de esa forma.

Pero Obi-Wan sabía que tenía que hacerlo. Eran los seres como Ferus los que allanarían el camino, los que continuarían luchando, los que debilitarían al Imperio de mil pequeñas formas que alcanzarían la victoria final. Ahora entendía las palabras de Qui-Gon. Él había visto de primera mano la lealtad que Ferus podría inspirar.

Mientras el deslizador descendía, cortó las esposas aturdidoras. Sintió la sacudida desde la mano hasta el hombro cuando la carga pasó a través de él, pero las esposas aturdidoras cayeron al suelo. No se sobresaltó, no se detuvo. Podía sentir la

Fuerza moviéndose, palpitando, y la usó para dar un empujón de Fuerza a los soldados de asalto mientras extendía una mano hacia Ferus.

Ferus agarró su mano. La Fuerza corrió a través de ellos, una cadena que no se quebraría.

Tiró, y Ferus subió, propulsado por su propia fuerza y por la de la Fuerza. Ferus pasó una pierna sobre el deslizador y Obi-Wan aceleró los motores. El deslizador salió disparado, bamboleándose un poco por el peso añadido de Ferus y por lo que sea que hubiese caído que había comprometido su equilibrio.

El fuego láser comenzó. Obi-Wan tenía que ocuparse del deslizador. Le lanzó el sable láser a Ferus. Ferus se puso en pie sobre el deslizador.

Podía ver, por el rabillo del ojo, qué rápido y preciso era Ferus, devolviendo el fuego láser desde el ondeante vehículo. Mantuvo su posición en las curvas, asombrosamente capaz de equilibrarse sin caerse. Obi-Wan corrió por el amplio pasillo. Era difícil moverse en un espacio tan apretado con un deslizador, especialmente uno que no estaba equilibrado, y tenía miedo de derribar a Ferus.

Alguien disparó un cohete. Oyeron el zumbido del aire al desplazarse.

— ¡Izquierda! —gritó Ferus, mirando hacia atrás, y Obi-Wan giró bruscamente el deslizador hacia la izquierda.

El ordenador de rastreo envió el cohete tras ellos. El deslizador hizo un baile salvaje en el aire, zigzagueando locamente por el vestíbulo mientras oficiales y soldados se

lanzaban al suelo buscando protección. El cohete falló por un milímetro y explotó contra un muro, enviando a varios soldados de asalto por los aires. Obi-Wan sitió como eso agitaba su pelo. Eso estuvo demasiado cerca para su gusto.

El motor comenzó a echar humo. Obi-Wan lo forzó una última vez, haciendo un repentino giro rápido hacia la derecha entrando en un pasillo vacío. El deslizador hizo el giro pero entonces la dirección se averió. Obi-Wan y Ferus bajaron de un salto y el deslizador se estrelló violentamente contra la pared.

El vehículo estalló en llamas. El pasillo se llenó de humo. Las alarmas se apagaron. Los aspersores rociaron agua por el pasillo.

Tenían segundos. Menos que segundos.

Por encima de sus cabezas, Obi-Wan vio un conducto de ventilación. Quitó la cubierta.

Ferus no necesitó que le dijese nada. Se impulsó hacia arriba y metió sus piernas adentro. Obi-Wan le siguió, elevándose y metiéndose por el ancho conducto de plastoide en el sistema de control de aire. Volvió a colocar la cubierta. No tardarían mucho tiempo en descubrir por dónde habían ido, pero esto debería proporcionarles algunos minutos.

Ferus comenzó a gatear por el conducto, moviéndose tan silenciosamente como un Jedi.

Sólo habían gateado unos pocos metros cuando escucharon el fuego láser acribillando la tapa del respiradero. Escucharon el ruido metálico cuando cayó.

No habían conseguido minutos, después de todo. Sólo unos pocos segundos. Los cuales, considerando que estaban en medio de una guarnición imperial, no fueron suficientes en absoluto.

Rápidamente correataron por una curva. Ferus apuntó hacia una pantalla filtrante. Obi-Wan asintió.

Cuidadosamente, Ferus la levantó y desapareció a través del agujero. Obi-Wan le siguió. Ferus estaba manteniendo el equilibrio sobre una cañería de agua, sujetando la pantalla. Obi-Wan se impulsó hacia afuera, y Ferus volvió a colocar la pantalla. Ahora estaban fuera del circuito de aire y en el medio de una matriz de tuberías. Algunas de las tuberías estaban calientes, y el aire se sentía cerrado, húmedo y caluroso.

Tendrían que moverse agarrándose a las tuberías. Eso requeriría una resistencia extraordinaria, pero los soldados de asalto no pensarían buscarlos allí.

Ferus se movió rápidamente mano sobre mano. Obi-Wan le siguió. Se movieron velozmente a través del edificio hasta que no pudieron oír a sus perseguidores en los conductos adyacentes de ventilación.

Ferus se impulsó y se sentó a horcajadas en una tubería. Obi-Wan hizo lo mismo. La frente de Ferus estaba húmeda por el sudor. —¿Alguna idea de a dónde vamos después?

—Nunca saldremos de aquí si no sabemos dónde estamos —dijo Obi-Wan—. Tenemos que encontrar una salida.

—Si encontramos una oficina vacía con un datapad, podemos consultar diagramas del edificio —dijo Ferus—. Necesitamos un par de estrategias de salida.

—Intentémoslo —estuvo de acuerdo Obi-Wan.

Continuaron hasta que encontraron un panel de servicio debajo de ellos. Obi-Wan se colgó por las rodillas. Cerró los ojos, escuchando, buscando la Fuerza viva. Cuando estuvo seguro, extrajo el panel. Más allá del espacio del sensor interior, pudo ver una oficina vacía. Había espacio suficiente para gatear por ahí. Cuidadosamente Obi-Wan pasó por el espacio del sensor y después se dejó caer en el cuarto. Ferus le siguió. La habitación sólo tenía una

mesa compuesta por una losa de piedra pulida y una silla. Una capa con una capucha profunda estaba tirada sobre la silla. Era del marrón más oscuro, el rojo de una magulladura terrible.

—Tengo un mal presentimiento sobre esto —dijo Obi-Wan.

—Creo que hemos aterrizado en la oficina privada de Malorum —los ojos de Ferus brillaron—. Por fin tenemos suerte.

—Mi opinión es, apresúrate.

Ferus se movió inmediatamente hacia el datapad sobre la mesa. Obi-Wan hizo guardia en la puerta.

—Encuentra el esquema del edificio primero —dijo Obi-Wan—. Si no salimos de aquí, no podemos hacer nada.

—Cierto. Descargaré los diagramas del edificio —Ferus accedió rápidamente al archivo y lo descargó en su datapad de bolsillo. Se lo lanzó a Obi-Wan mientras él entraba a los archivos.

—Tiene toneladas de archivos de vigilancia, pero poco de Bellassa... hey, ¿alguna vez has oído algo de un lugar llamado Polis Massa?

Obi-Wan sintió que se convertía en hielo. —Sí.

Ferus comenzó a desplazarse a través del archivo. Hay colocados aproximadamente diez niveles de seguridad en el archivo. Debe ser algo importante.

—Intenta descifrarlo.

—De acuerdo... —los dedos de Ferus volaban sobre las teclas. —Tengo el primero... contrató a un investigador para examinar registros médicos de la clínica. Pero no hay registros de qué estaba buscando. O si encontró algo.

Obi-Wan cerró los ojos brevemente. Polis Massa era donde habían llevado a Padme para poner a sus niños a salvo. Era donde ella había muerto.

Aquí estaba. Aquí estaba la conexión que andaba buscando. Ferus era la clave, porque el hombre que estaba buscando a Ferus también estaba buscando información sobre la muerte de Padme. El rumor era que la había matado un Jedi durante la "rebelión".

—Está reuniendo información para Lord Vader, pero no ha transmitido nada —dijo Ferus—. No puedo hacerlo. Los controles de seguridad son demasiado estrechos.

—Viene alguien.

—Aw, iba a quitar las ruedas de su silla.

—Ferus, ¿vienes? —Obi-Wan saltó detrás de las cortinas. No era el mejor escondite, pero no tenían mucha elección. No tenían tiempo de meterse por el techo otra vez.

Escucharon la puerta abrirse con un crujido. Botas pesadas entraron con estruendo.

Obi-Wan miró a través de la cortina. Tuvo que suprimir un gemido. Era Malorum y... Boba Fett.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Ferus escuchó resonar la voz de Malorum a través del cuarto. Él y Obi-Wan podían ver a través de una rendija en las pesadas cortinas.

—Me arriesgué contigo —siseó la voz de Malorum como una criatura reptante—. A pesar de que no pudiste traermelo lo que necesitaba de Polis Massa, o de Naboo. Tus antecedentes, a pesar de tu juventud, eran impresionantes.

Boba Fett ya no llevaba puesto el casco. Permanecía de pie, sujetándolo bajo un brazo. Sus ojos oscuros no titilaron a pesar del ultraje. Ferus había visto antes esa mirada, en otros seres jóvenes después de las guerras.

Habían visto demasiado y habían sufrido demasiado a una edad temprana. Niños como Trever. Aunque Trever, a pesar de sus formas criminales, tenía buen corazón. Éste, pensó Ferus, estaba dañado.

— ¡Dejaste que se escaparan! —Malorum alzó la voz y remarcó duramente cada palabra.

Aun así, Boba no dijo nada. Ferus estaba impresionado y un poco desconcertado por el silencio de Boba. El joven tenía demasiada seguridad. Era inquietante.

Incluso Malorum parecía inquieto. — ¿No vas a decir nada? Por tu culpa, Ferus Olin escapó y pudo regresar a Ussa. ¡Ahora está en alguna parte de este edificio!

— ¿No es eso lo que quiere? —preguntó Boba—. Quería mostrar a los ciudadanos de Ussa que podría atraparlo. Le tiene. Si está en el edificio, le encontrará. No puede salir.

Malorum se inclinó acercándose. —Fuiste contratado para encontrarlo. Te digo que está aquí. Tráemelo.

—Le dije cuando acepté el trabajo que necesitaba saberlo todo —dijo Boba—. No me dijo que habría Jedi involucrados.

—No lo sabía.

—Era cosa suya saberlo.

— ¿Le reconociste?

—No. Pero es muy experto.

—Interesante —murmuró Malorum—. ¿Estás usando al Jedi como una excusa por tu fracaso?

—No —dijo Boba—. Eso solo hace el trabajo más desafiante. Y más caro.

—Ya se te ha pagado la tasa máxima —dijo Malorum—. No estoy autorizado a pagar nada más.

—Entonces consiga autorización —dijo Boba.

— ¡Necesito que los busques ahora mismo! ¡Podrían estar en cualquier lugar!

Boba siguió sin contestar.

—Éste será tu último trabajo para mí —siseó Malorum coléricamente—. Considérate autorizado. Ahora trae a ese compañero letal tuyo y encuentra a esos dos. Y no falles esta vez.

La puerta se abrió. Boba Fett salió. Malorum le siguió, la parte baja de su túnica se movía dando sacudidas como una cola.

—Ese Boba parece ser misteriosamente competente —murmuró Ferus—. ¿Puedes imaginarte cómo era su padre?

—Demasiado bien —dijo Obi-Wan, recordando cierta batalla en Kamino.

Obi-Wan accedió a los diagramas del edificio y los estudió rápidamente. —Hay una plataforma de aterrizaje al lado de la zona de la prisión. Sirve como entrada de servicio y también para el registro de transferencia de prisioneros. Creo que deberíamos probar esa. Podemos llegar allí a través del sistema de tuberías.

—No es por discutir contigo, Obi-Wan, pero ¿no crees que podría haber seguridad adicional en la prisión?

—Trever me dijo que los imperiales no podían hacer que los ciudadanos de la ciudad les ayudasen con la recolección de basura, la lavandería, cosas como esas, era difícil encontrar personas que se beneficiasen de la ocupación de su planeta.

—Sí. Volvía locos a los imperiales. Tienen que importar la mayor parte de sus servicios de apoyo. Odian eso.

—Trajeron droides para realizar toda la extracción residual interna y los sistemas de recolección de lavandería. Según Trever, Mariana recoge la ropa sucia de los droides a las nueve cada mañana. Eso significa que los droides tienen que acceder a la puerta de servicio...

—...que da a la plataforma de aterrizaje, donde podría haber un vehículo para liberarnos. Eso es dentro de seis minutos —Ferus se pasó las manos por el pelo—. ¿Me estás diciendo que para salir de aquí, tengo que colarme en prisión?

Obi-Wan asintió.

—Me gusta tu razonamiento, Maestro Kenobi.

De vuelta en el respiradero, se metieron por la diminuta abertura que daba a las tuberías. Había una tubería más grande de desagüe por la que pudieron gatear por encima. Obi-Wan había memorizado la ruta, y dirigió el camino hasta la prisión.

Repentinamente se detuvo. —Debemos estar entrando en la prisión ahora —dijo él—. Hay un sistema de seguridad ahí adelante.

—¿Puedes ver de qué tipo?

—Infrarrojo. Escanea todas las temperaturas conocidas del cuerpo y pasa por encima de sistemas mecánicos de calefacción. Por si uno de los prisioneros decide meterse en un respiradero para esconderse, supongo. Una alarma se activará.

—Déjame desconectarlo.

—No, precisamente eso les avisará. Vamos a tener que utilizar la Fuerza para retardar nuestros procesos corporales. No tenemos otra opción. ¿Crees que podrás conseguirlo?

Ferus vaciló. —Tal vez. Pero si no puedo, estarás atrapado. Todavía estoy oxidado, y si fallo, ambos fallamos. Ve tú, Obi-Wan. Encontraré otro camino.

Obi-Wan mantuvo su mirada. —Puedes hacerlo. Lo he sentido. Sé que puedes hacerlo. Sé que puedes ser un Jedi otra vez.

Ferus tragó. ¿Qué pasaría si era responsable de que atrapasen a Obi-Wan? Le había metido a la fuerza en esto.

Vamos, Ferus, puedo verte pensando. La sonrisa torcida de Siri surgió en su mente. Parece como si pudiese dolerte pensar con tanta fuerza. Simplemente sigue adelante y hazlo. Deja a tus pensamientos ser acciones hasta que no pienses en absoluto. Simplemente muévete.

—Hagámoslo —dijo él.

Alcanzaron la Fuerza conjuntamente, y la sintió crecer.

Sé que puedes ser un Jedi otra vez.

Cerró los ojos, llamando a la Fuerza y deseando que su temperatura corporal descendiera. Sintió su piel, y estaba fría.

Obi-Wan empezó a moverse. Ferus le siguió. Se movieron rápidamente, sus cuerpos se enfriaban a pesar del calor procedente de las tuberías. Ferus no lo sentía. Sólo sentía la Fuerza, y la conexión con Obi-Wan.

Recordando el diagrama, Obi-Wan quitó un respiradero y aterrizaron en un armario. Miraron a hurtadillas por la puerta. Vieron un droide con un carro repulsor lleno de ropa sucia. Se detuvo fuera de una habitación y entró, dejando el carro afuera.

Ferus y Obi-Wan se deslizaron fuera y se metieron de un salto en el carro, excavando debajo de sabanas y colchas. Un momento después un cargamento de toallas fue descargado sobre sus cabezas. El carro siguió hacia delante.

El carro avanzaba lentamente pasillo abajo mientras el droide se detenía cada pocos metros para recoger más ropa sucia. Por fin salieron delante de la puerta que conducía a la plataforma privada de aterrizaje.

El droide avanzó hacia adelante para acceder al panel de control.

Repentinamente surgió el sonido de pies calzados con botas golpeando el suelo con fuerza. Una voz gritó: ¡Alto! Era un oficial imperial de rango inferior, acompañado sólo por un soldado de a salto.

El droide se giró. —Accedo diariamente a la plataforma de aterrizaje a esta hora.

—Estamos en la alerta máxima. Ninguna salida. Eso incluye utilidades del edificio en servicio.

La luz del sensor destelló.

—El servicio del lavandería a requerido la entrega —dijo el droide.

—Diles que se vayan —dijo bruscamente el oficial. El droide avanzó hacia adelante y presionó un botón en el panel de seguridad. —Ningún servicio de lavandería hoy. Prohibida la entrada en la plataforma de aterrizaje.

— ¡Aw, vamos, jefe!

Ferus y Obi-Wan intercambiaron una mirada. Era Trever.

—No soy un jefe, soy un droide de servicio. Prohibida la entrada —repitió el droide.

—No voy a irme.

El oficial imperial avanzó hacia delante. —Entonces te desintegraremos. Muevete —presionó un botón, y una pantalla se llenó repentinamente con la imagen de Trever.

—Mire, tengo aquí las túnicas del General Malorum —dijo Trever.

—No es un general, es el Inquisidor Malorum.

—Lo que sea. Tengo sus ropas, y pidió específicamente esta entrega matutina.

—Estamos en la alerta máxima...

—Sí, sí, lo he oído. Entonces dígame que no recibirá sus cosas. ¿Le ha dicho alguna vez que no se había seguido una de sus órdenes? —Trever se encogió de hombros—. Mejor usted que yo.

—Espera.

Obi-Wan podía ver un chorrillo sudor surgiendo en el nacimiento del pelo del oficial y goteando por un lado de su cara. Podía rechazar la entrega, y Malorum le culparía. O podía simplemente dejar pasar la entrega, y Malorum obtendría sus ropas.

—Solamente esta entrega —le dijo el oficial al droide mientras apretaba el botón de apertura.

El droide activó el carro y comenzó a moverse hacia las puertas.

Estaban casi allí. Casi libres.

Una alarma sonó repentinamente, y la puerta dejó de abrirse.

—Algo anuló la puerta —dijo el oficial nerviosamente

Ferus y Obi-Wan salieron de un salto del carro al mismo tiempo. Esta era su única oportunidad, y tenían que aprovecharla.

El oficial se giró, con la boca abierta, y comenzó a buscar a tientas su bláster. Obi-Wan saltó y empujó con la Fuerza al oficial contra la pared.

El soldado de asalto tenía su bláster desenfundado. Ferus alzó una mano para darle un empujón de Fuerza alejándole de la puerta, pero no ocurrió nada.

—Bueno, no es que pudiese esperar conseguirlo todo el tiempo.

Cargó hacia delante, con su hombro adelantado, y embistió contra el oficial, derribándolo. Obi-Wan saltó a través de la abertura, y Ferus le siguió.

El trineo gravitacional estaba vacío. Trever debía haber salido corriendo cuando sonó la alarma. Ferus vio la Firespray en un extremo de la plataforma. Otro crucero plateado estaba junto al punto control. A pesar de lo mucho que Ferus habría disfrutado robando el de Boba Fett, el otro estaba más cerca. Corrieron hacia ese.

El fuego láser acribilló repentinamente el casco del crucero. Soldados de asalto salían a raudales detrás de ellos. El sable láser de Obi-Wan era un arco danzante de luz.

Ferus se metió de un salto en la cabina del piloto. Apuntó los cañones hacia la línea de tropas de asalto y disparó.

Obi-Wan saltó dentro del crucero. A través del hangar, un haz oscuro salió disparado. Era Boba Fett, corriendo hacia su Firespray. Ferus despegó.

Salieron disparados hacia el cielo. Debajo, la ciudad de Ussa se convirtió en un pequeño punto azul. En pocos segundos, habrían salido de la atmósfera y estarían en el espacio.

—Tenemos que saltar al hiperespacio. Es la única forma de perder a Fett —dijo Obi-Wan.

—Lo sé.

—Mientras permanezcas en el planeta, el Imperio te usará para amenazar a los ciudadanos. Una vez que nos marchemos, no podrás volver durante mucho tiempo. Tal vez nunca.

Ferus echó una mirada por encima del hombro a Bellassa. Pensó en todo lo que estaba dejando. Pensó en Roan.

—Lo sé —dijo de nuevo.

CAPÍTULO VEINTE

Una vez que estuvieron en el hiperespacio, no hablaron durante un rato. Ferus sentía un enorme dolor en su corazón. No era un bellassano nativo, pero había adoptado ese mundo. Era su mundo natal. Había hecho una vida allí. Sentía como si hubiese sido cortado en dos.

Obi-Wan introdujo las coordenadas de un espaciopuerto que orbitaba alrededor de un par de estrellas moribundas llamadas Gemelos Rojos. El alcance del Imperio no se extendía hasta allí, al menos en términos de vigilancia constante. Realizó comprobaciones en los sistemas, dándole a Ferus tiempo para recobrase. Ferus había llegado a conocer mejor a Obi-Wan durante dos días de lo que le había conocido en todos sus años en el Templo Jedi. Siempre había sabido que Obi-Wan tenía coraje, pero también había visto su sensibilidad para emocionarse.

— ¿Qué era eso de Polis Massa? —preguntó Ferus, rompiendo el silencio—. Parecías tan azul como un twi'lek cuando leí el nombre.

Obi-Wan miró fijamente a las profundidades del ordenador de navegación. El brillo de la pantalla le hacía verse repentinamente ojeroso.

—No puedo decírtelo —dijo—. Tiene que ver con cierta... información que debo mantener en privado. Si lo contase, podría ponerte en peligro, y no sólo a ti... podría poner en peligro en lo que crees —Obi-Wan se giró para mirarle a la cara—. No se trata de confianza. Confío en ti, Ferus. Pero regreso donde hago mi exilio. Si me necesitas, podemos idear una manera para que me avises. No lo entiendes, pero creo que el futuro de la galaxia radica en mi habilidad para esperar.

—De acuerdo —dijo Ferus—. Ésta es tu tarea. Pero la mía es localizar a tantos Jedi como pueda encontrar. Debe de haber otros. Seres sensibles a la Fuerza que necesitan ayuda. Jedi que han pasado a la clandestinidad. Sé que están ahí fuera. Los encontraré. Si puedo establecer un lugar seguro, podemos estar preparados para lo que viene.

— ¿Otra guerra?

—Es inevitable. Especialmente desde que me has contado que el Emperador es un Sith

—Razón de más para esperar —dijo Obi-Wan suspirando—. Pero antes de que partamos, quiero preguntarte algo. Siempre sospeché que Anakin jugó un papel en tu marcha de los Jedi.

—Todo el mundo desempeñó un papel —dijo Ferus, evitando la pregunta—. ¿Qué más da? Ahora están todos muertos.

Había visto qué difícil era para Obi-Wan decir el nombre de Anakin. Debía echar de menos a su aprendiz. Ferus se preguntaba cómo habría muerto Anakin, pero no quería preguntar. No quería remover un recuerdo doloroso para Obi-Wan.

Y él no quería contarle la historia real de su marcha de los Jedi. Cómo sospechaba que Anakin había ocultado información deliberadamente acerca del sable láser de Tru Veld, sabiendo que fallaría en combate. A causa de eso, Darra Thel-Tanis había muerto. Pero Ferus se había sentido responsable. Había arreglado el sable láser de Tru y lo había guardado en secreto, una violación de las reglas entre Maestro y Páawan. Anakin lo había sabido, y también había guardado el secreto.

Todo había ocurrido hacía mucho tiempo. Errores cometidos por niños, por Pádawans con sueños de convertirse en grandes Maestros Jedi.

Los sueños habían muerto. Era muy duro para Ferus aceptar que la Orden Jedi también había muerto. No lo creería. No se permitiría creerlo. Buscaría por todos los sitios de la galaxia hasta que los encontrase a todos y cada uno de ellos. Su causa había sido Bellassa. Ahora era la supervivencia de la propia galaxia.

—Debería haberme dado cuenta —dijo Obi-Wan. Ferus se percató de que todavía estaba pensando acerca de la marcha de Ferus de la Orden—. Debería haber hecho más preguntas. Algo no parecía correcto en ese momento.

—No importa —dijo Ferus—. Me marché. Fue la cosa más difícil que tuve que hacer alguna vez, pero en cierto modo me alegro de que ocurriera.

—Todavía eres un Jedi, Ferus.

—No —dijo Ferus lentamente—. No lo soy. Nunca podré ser realmente un Jedi de nuevo. No sólo porque dejé la Orden —miró hacia atrás, en la dirección de Bellassa—. Tengo apegos.

—Una vez había algo de quería, algo prohibido por el código Jedi —dijo Obi-Wan—. Qui-Gon me dijo algo entonces. Dijo, puede que en una galaxia diferente las cosas cambiarán. Los Jedi cambiarán. Aquí está el cambio, Ferus. Y creo que... en el nuevo orden, los apegos serán una fuerza. Tal vez así es como la galaxia se salvará. Así que sí, sigues siendo un Jedi.

Repentinamente, una cabeza con erizado pelo azul salió de un armario de almacenamiento. —¿Eres un Jedi, Ferus? ¡Tú mono lagarto...esto es galáctico!

Ferus se levantó de su asiento. —¡Trever! ¿Qué haces aquí?

Trever salió del diminuto espacio y cayó en el suelo de la cabina. Se levantó, quitando el polvo de sus pantalones. — ¿Qué esperabas que hiciera cuando las alarmas empezaron a sonar? Me escondí.

—Sabías que nos dirigiríamos a este crucero —dijo Obi-Wan severamente—. Podías haber dicho algo antes de que saltáramos al hiperespacio. ¿Por qué te quedaste escondido?

— ¿Necesito unas vacaciones? —dijo Trever.

—Genial. Disfruta del paseo —dijo Ferus—. Tan pronto como aterrizamos te pondré en el primer transporte de vuelta.

—No puedes —dijo Trever—. Me reconocieron en el punto de control. Tienen mi imagen en su banco de datos. Me meterán en prisión. Probablemente me ejecutarán por ayudarte a escapar —sonrió abiertamente ante la expresión molesta de Ferus—. Parece que estás atrapado conmigo.

— Qué afortunado eres —dijo Ferus.

Así que a pesar de sus mejores esfuerzos para convertirse en exiliado, había logrado convertirse en un Jedi otra vez. Obi-Wan miraba fijamente su sable láser. Algo profundo se removió en su interior, y por primera vez en mucho tiempo, no era dolor o arrepentimiento. Era un propósito. Ahora entendía, más completamente de lo que lo había hecho, que la justicia se alzaría de nuevo. No podía predecir cuándo o cómo, pero sabía que los seres como Ferus serían una parte de eso. Cuando le había dicho a Ferus que los apegos podrían ser una fuente de fuerza, también había estado hablando para sí mismo. El tirón que le había llevado al lado de Ferus había sido más que una preocupación por Luke. Le había reconectado con algo que había perdido. Había pasado tantos meses pensando en los muertos. Soñando con ellos. Ahora era tiempo de unirse a los vivos.

Eso era por lo que velar por Luke era tan crucial. Eso era por lo que no podía perder la esperanza, no podía vacilar. Todo lo que sabía se había ido, y cuando las cosas cambiaban, no cambiaban de la forma que él quería. No recuperaría todo lo que había perdido. Se percató ahora de cuánta de su amargura había estado atada en ese simple deseo infantil, recuperar lo que había amado.

Lo que había amado se había ido para siempre.

Lo que vendría no lo podía ver.

Lo que tenía que hacer para lograr que ocurriera, lo haría. Lo haría como algo más que su deber. Lo haría con el corazón.

Salieron de hiperespacio cerca de su destino. Los Gemelos Rojos estaban escondidos en una densa nebulosa, y tuvieron que usar el ordenador de navegación para abrirse paso. Después, repentinamente, tuvieron contacto visual, una neblina rojiza que parecía una débil estrella.

Obi-Wan dio su posición al espaciopuerto, y les concedieron permiso para aterrizar. Ferus posó el crucero pulcramente en el área de aterrizaje y después manualmente lo guió hasta una plaza de aparcamiento. Se estiró.

—Podría tomar una comida y un descanso —dijo él.

—Me temo que tendrás que esperar un poco más para eso —dijo Obi-Wan.

El presentimiento reptó a través de Ferus. Siguió la mirada fija de Obi-Wan fuera del parabrisas hacia el abarrotado espaciopuerto. Estacionada a escasos metros estaba la nave de ataque Firespray.

Boba Fett les había encontrado.